

**DENIS DIDEROT**

**LA RELIGIOSA**

La respuesta del señor marqués de Croismare, si es que me responde, me suministrará las primeras líneas de esta narración. Antes de escribirle quise conocerle. Es un hombre de mundo, que ha adquirido ilustración durante el servicio; es de edad, ha estado casado; tiene una hija y dos hijos a los que ama y de los que es querido. De buena familia, es inteligente, agudo, alegre, tiene gusto para las bellas artes y, sobre todo, originalidad. Me han elogiado su sensibilidad, su honor y su probidad, y yo he juzgado, por el vivo interés que ha tomado en mi asunto, y porque me han dicho que en modo alguno me había comprometido al dirigirme a él: no es de presumir, sin embargo, que se decida a cambiar mi suerte sin saber quien soy, y éste es el motivo que me impulsa a vencer mi amor propio y mi repugnancia al iniciar estas memorias donde describo parte de mis desgracias, sin talento y sin arte, con la ingenuidad de una chica de mi edad y la franqueza de mi carácter. Como mi protector podría exigir, o tal vez la fantasía podría moverme a acabarlas en un tiempo en que los hechos lejanos habrían cesado de estar presentes en mi memoria, he pensado que el resumen que las cierra, y la profunda impresión que de ellos quedará en mí mientras viva, bastarán para recordármelos con exactitud.

Mi padre era abogado. Casó con mi madre a una edad ya bastante avanzada; tuvo tres hijas. Tenía más fortuna de la necesaria para dotarlas sólidamente; pero para ello era menester, al menos, que hubiese repartido equitativamente su ternura, y estoy bastante lejos de poder hacer este elogio. Ciertamente, yo valía más que mis hermanas por las dotes, adornos de espíritu y de figura, carácter y talento; parecía que mis padres se afligieran por ello. Lo que la naturaleza y la aplicación me habían concedido por encima de ellas, convertíase para mí en una fuente de penalidades. A fin de ser amada, querida, festejada, excusada siempre como lo eran ellas, desde mis primeros años he deseado parecérmeles. Si alguien decía a mi madre: «Tiene usted unas hijas encantadoras...» nunca se refería a mí. Algunas veces resultaba bien vengada por esa injusticia; pero las alabanzas recibidas me costaban tan caras, cuando estábamos a solas, que hubiese preferido la indiferencia e incluso las injurias; cuanto más los extraños me mostraban su predilección, mayor era el odio cuando aquellos marchaban. Cuántas veces he llorado por no haber nacido fea, estúpida, tonta, orgullosa; en una palabra, con todos los defectos que les hacían agradables ante mis padres. Me pregunté de dónde venía esta excentricidad en un padre y una madre, por lo demás honestos, justos y piadosos. ¿Se lo confesaré, señor? Algunas expresiones escapadas a mi padre en un raptó de cólera,

pues era violento; algunas circunstancias acumuladas en intervalos diferentes, palabras de los vecinos, comentarios de los criados, me han hecho sospechar una razón que les excusaría un poco. Tal vez mi padre tenía cierta incertidumbre sobre mi nacimiento; quizá yo recordaba a mi madre una falta que había cometido, y la ingratitud de un hombre al que ella había escuchado demasiado; ¡qué sé yo! En caso de que estas sospechas estuvieran mal fundadas, ¿qué arriesgo al confiárselas? Usted quemará este escrito y yo prometo quemar su contestación.

Como habíamos venido al mundo a poca distancia unas de las otras, crecimos las tres juntas. Surgieron buenos partidos. Mi hermana mayor fue solicitada por un joven encantador; pronto noté que él me distinguía y adiviné que ella no era más que el incesante pretexto de sus asiduidades. Presentí las penas que podía causarme esta preferencia y advertí a mi madre. Esta ha sido tal vez la única cosa que he hecho en mi vida que le agradó, y he aquí cuál fue mi recompensa. Cuatro días después, o al menos a los pocos días, me dijeron que habían encargado plaza para mí en un convento y fui conducida a él al día siguiente. Estaba tan mal en casa, que este suceso no me entristeció en absoluto y fui a Santa María, mi primer convento, con gran regocijo. El novio de mi hermana, al no verme más, me olvidó y convirtiéndose en su esposo. Se llama M. K.; es notario y vive en Corbeil, donde lleva una vida más que mediocre. Mi segunda hermana casó con un tal señor Bauchon, comerciante de sedas en París, rue Quincampoix, y vive bastante bien con él.

Una vez establecidas mis dos hermanas, creí que pensarían en mí y que no tardaría mucho en salir del convento. Tenía entonces dieciséis años y medio. Mis hermanas habían recibido unas dotes considerables y yo prometíame una suerte igual a la suya. Mi cabeza estaba llena de seductores proyectos cuando me llamaron al locutorio. Era el padre Serafín, director espiritual de mi madre; había sido también el mío y no tuvo así dificultad para explicarme el motivo de su visita: se trataba de decidirme a tomar el hábito. Yo protesté contra esta extraña proposición y le declaré abiertamente que no sentía ningún gusto por el estado religioso. «Tanto peor —me dijo—, ya que sus padres se han despojado por vuestras hermanas y no veo ya qué podrían hacer por usted, en la estrecha situación a la que han quedado reducidos. Reflexione, señorita; es preciso o entrar para siempre en esta casa o ir a algún convento de provincia en el que será usted recibida por una módica pensión y del que no saldrá usted hasta la muerte de sus padres, que aún puede hacerse esperar mucho tiempo...» Yo me quejé con amargura y derramé un torrente de lágrimas. La superiora había sido advertida; me esperaba a la vuelta del locutorio.

Yo me debatía en una confusión inexplicable. Ella me dijo: «¿Qué tienes, querida hija? (Sabía mejor que yo lo que tenía.) ¡Cómo tú así! Nunca se ha visto tamaña desesperación, me haces temblar. ¿Acaso has perdido a tu madre o a tu padre?» Yo pensaba responder arrojándome a sus brazos. ¡Pluguiera a Dios!..., me contenté con gritar: No tengo ni padre ni madre; soy una desgraciada a la que detestan y quieren enterrar aquí toda la vida. Ella dejó pasar el torrente y aguardó un momento de tranquilidad. Le expliqué más claramente lo que me acababan de anunciar. Pareció tener compasión de mí; me tuvo lástima; me animó a no abrazar un estado por el que no sentía vocación alguna, prometióme rezar, exponer, solicitar. ¡Ay, señor, cuan fingidas son las superiores de los conventos! No tiene idea de ello. Escribió, en efecto. No ignoraba las respuestas que recibiría; me las comunicó y fue sólo al cabo de mucho tiempo cuando empecé a dudar de su buena fe. No obstante, llegó el plazo fijado a mi resolución, vino a participármelo con la más estudiada tristeza. Al principio permaneció sin hablar, luego lanzóme unas palabras de conmiseración; no tendré que pintarle muchas más. Saber contenerse es su gran arte. A continuación me dijo, creo en verdad que fue llorando: «Y bien, hija mía, ¡nos abandonarás, pues! Querida hija, ¡no nos volveremos a ver!...» Y otras cosas que no escuché. Yo estaba recostada en una silla; guardaba silencio, sollozaba, permanecía inmóvil, o me levantaba, e iba unas veces a apoyarme en los muros, otras a exhalar mi dolor sobre su seno. He ahí lo sucedido, cuando añadió: «¿Por qué no haces una cosa? Escucha y no vayas a decir a los monjes que fui yo quien te dio el consejo; cuento con una inviolable discreción de tu parte, pues por nada del mundo quisiera que pudieran hacerme algún reproche. ¿Qué es lo que te piden? ¿Que tomes el velo? ¡Y bien! ¿Por qué no lo tomas? ¿A qué te obliga esto? A nada, a permanecer dos años más con nosotras. No se sabe quién muere y quién vive; dos años son bastante tiempo, pueden suceder muchas cosas en dos años...» Juntó a estos insidiosos argumentos tantas caricias, tantas protestas de amistad, tantas dulces falsedades: «Sabía dónde estaba, no sabía a dónde me conducirían», y me dejé persuadir. Ella escribió, pues, a mi padre; su carta estaba muy bien, estas cosas nadie las hace mejor: En ella mi pena, mi dolor, mis reclamaciones no quedaban disimuladas; os aseguro que una joven más sutil que yo hubiese sido engañada; sin embargo, acababa dando mi consentimiento. ¡Con qué rapidez fue preparado todo! Fijóse el día, hicieron mi hábito, llegó la fecha de la ceremonia sin que perciba hoy el menor intervalo entre estas cosas.

Olvidaba decirlos que vi a mi padre y a mi madre, que no ahorré nada para conmoverles y que los encontré inflexibles. Fue un tal padre Blin, doctor por la Sorbona, quien me hizo la exhortación, y el señor obispo de Alep quien me dio el hábito. Esta

ceremonia no es por sí misma alegre; aquel día fue de las más tristes. Pese a que las religiosas se apretujaron en torno mío para sostenerme, veinte veces sentí doblarse mis rodillas y me vi a punto de caer sobre los peldaños del altar. No oí nada, no vi nada, estaba atontada; me conducían y andaba; me preguntaban y contestaban por mí. No obstante, esta cruel ceremonia acabó; todo el mundo se retiró y yo quedé en medio del rebaño al que me acababan de asociar. Entonces, mis compañeras, me abrazan y dicen: «¡Ved, hermana, qué hermosa es! ¡De qué manera el velo negro hace destacar la blancura de su tez! ¡Qué bien le sienta el tocado, cómo le redondea el rostro! ¡Cómo alarga sus mejillas! ¡Cómo este hábito resalta su talle y sus brazos!...» Yo apenas las escuchaba; estaba desolada; no obstante, debo reconocer que cuando estuve sola en mi celda, recordé sus adulaciones; no pude evitar el comprobarlas ante mi pequeño espejo, y me pareció que no estaban del todo fuera de lugar. Hay unos honores que van ligados a este día; los exageraron para mí, aunque hice poco caso de ellos, pero fingieron creer lo contrario y me lo dijeron, pese a que estaba claro que no era verdad. Por la noche, al salir de la oración, la superiora se presentó en mi celda. «En verdad —dijo, después de contemplarme un poco— no sé por qué tiene usted tanta repugnancia hacia este hábito; le sienta de maravilla y está encantadora; sor Susana es una religiosa muy hermosa y será más amada por ello. Así, veamos un poco, ande. No se mantiene lo suficiente derecha; no es preciso estar así, encorvada...» Me compuso la cabeza, los pies, las manos, el talle, los brazos; fue casi una lección de Marcel<sup>1</sup> sobre las gracias monásticas: cada estado tiene las suyas. Luego sentóse y me dijo: «Está bien, pero ahora hablemos un poco más en serio. Hemos ganado dos años; sus padres pueden cambiar de resolución; usted misma tal vez desee quedarse aquí cuando ellos quieran sacarla, no sería nada imposible; ha estado mucho tiempo entre nosotras pero no conoce aún nuestra vida; tiene sin duda sus penas, pero también sus dulzores...» Usted puede imaginarse bien lo que añadió sobre el mundo y el claustro, esto está escrito en todas partes y en todas de la misma manera; gracias a Dios me han hecho leer numerosos párrafos sobre lo que los religiosos han recitado de su estado, que conocen bien y detestan, contra el mundo que aman, destrozan y desconocen.

No os daré detalles de mi noviciado; si se observara en toda su austeridad, nadie podría resistirlo; sin embargo, es el tiempo más dulce de la vida monástica. Una madre de novicias es la hermana más indulgente que se haya podido encontrar. Su preocupación es ocultaros todas las espinas del estado; es un curso de la mejor y más sutil seducción.

---

<sup>1</sup> Maestro de baile contemporáneo de Diderot (*Nota del traductor*)

Es ella quien disipa las tinieblas que os rodean, la que os acuna, os duerme, os impone, os fascina. La nuestra se interesó particularmente por mí. No creo que exista un alma joven y sin experiencia capaz de resistir la prueba de este arte funesto. El mundo tiene sus precipicios, pero no imagino que nadie caiga en ellos por una pendiente tan fácil. Si estornudaba dos veces seguidas, era dispensada del oficio, del trabajo, de la oración; me acostaba más pronto, me levantaba más tarde: las reglas conventuales cesaban para mí. Imaginad, señor, que había días en que yo suspiraba por el momento de sacrificarme. No sucede una historia desagradable en el mundo, de la que no os hablen; se desvirtúan las verdaderas, se inventan *otras* falsas y después hay alabanzas sin fin y acciones de gracias a Dios, que nos ponen a cubierto de estas humillantes aventuras. No obstante, acercábase el momento que algunas veces había acertado con mis deseos. Entonces tórneme meditabunda, sentí despertar y crecer mi repugnancia. Iba a confiarla a la superiora o a nuestra madre de novicias. Estas mujeres se vengan bien de la molestia que les ocasionáis: no hay que creer que les divierta el papel hipócrita que desempeñan, ni las imbecilidades que se ven forzadas a repetiros; esto, al fin, llega a ser bastante frecuente y desagradable para ellas; pero se deciden a hacerlo por un millar de escudos que proporcionan así a su casa. He aquí el importante motivo por el que mienten toda su vida e inducen a jóvenes inocentes a una desesperación de cuarenta, cincuenta años, y quizás a la desgracia eterna; pues es seguro, señor, que de cien religiosas que mueren antes de los cincuenta años, hay exactamente cien de condenadas, sin contar las que se vuelven locas, estúpidas o rabiosas durante la espera.

Sucedió un día que una de estas últimas escapó de la celda en que la tenían encerrada. Yo la vi. He ahí señor la época de mi felicidad o de mi desgracia, según la manera como decidiréis en mi caso. Nunca he visto nada tan espantoso. Iba desmelenada y casi sin vestido; arrastraba cadenas de hierro; sus ojos, extraviados; se arrancaba los cabellos; se golpeaba el pecho con los puños, corría, gritaba; descargaba sobre sí misma y las otras las más terribles imprecaciones; buscaba una ventana para precipitarse. El terror se apoderó de mí, temblaban todos mis miembros, vi mi suerte en la de aquella infortunada, y allí mismo quedó decidido en mi corazón que moriría mil veces antes que exponerme a aquello. No dejaron de presentir el efecto que este suceso podía hacer en mi espíritu; creyeron un deber prevenirlo. Me contaron no sé cuántas mentiras ridículas, que se contradecían, sobre esta religiosa: que ya tenía el espíritu quebrantado cuando la recibieron; que había sufrido un gran susto en un tiempo crítico; que había tenido visiones; que creía estar en contacto con los ángeles; que había leído cosas perniciosas, que le habían turbado el espíritu; que había escuchado a innovadores de

moral exagerada, los cuales le habían atemorizado tanto de los juicios de Dios, que su cabeza había quedado trastornada; que no veía nada más que demonios, el infierno y los abismos de fuego; que ellas eran muy desgraciadas; que era inaudito que hubiese habido nunca un personaje parecido en la casa; y ¡qué sé yo más! Todo aquello no me impresionó. En todo momento la religiosa loca retornaba a mi espíritu y yo renovaba en mí misma el juramento de no hacer voto alguno.

He aquí llegado el momento en el que se trataba de mostrar si sabía mantener mi palabra. Una mañana, después del oficio, vi entrar a la superiora en mi habitación. Llevaba una carta. Su rostro expresaba tristeza y abatimiento; los brazos le colgaban; parecía que su mano no tuviese fuerza para levantar aquella carta; me miraba; parecía que en sus ojos rodaban las lágrimas; callaba, yo también. Ella esperaba que yo fuese la primera en hablar; estuve tentada de hacerlo, pero me retuve. Preguntóme cómo estaba; díjome que el oficio fue bien largo aquel día; que yo había tosido un poco y le parecía indispueta. A todo aquello respondí: no, mi querida madre. Ella sostenía la carta en la mano que colgaba; a mitad de estas preguntas la puso sobre sus rodillas y su mano la ocultaba en parte; por fin, después de un circunloquio sobre mi padre y mi madre, al ver que yo no le preguntaba lo que era aquel papel, me dijo: «He aquí una carta...»

Al oír esta palabra sentí turbarse mi corazón y añadí con voz entrecortada y con los labios temblorosos: ¿es de mi madre? «Usted lo ha dicho; tenga, léala.»

Me recuperé un poco, tomé la carta, la leí enseguida con bastante seguridad; pero a medida que avanzaba, el temor, la indignación, la cólera, el despecho, diferentes pasiones iban sucediéndose en mí, tenía voces diferentes, tomaba rostros diferentes y hacía diferentes movimientos. A veces apenas podía sostener aquel papel, o lo sostenía como si lo hubiese querido desgarrar, o lo estrechaba violentamente como si estuviese tentada de arrugarlo y arrojarlo lejos de mí.

—Bien, hija mía, ¿qué responderemos a esto?

—Usted lo sabe, señora.

—No, no lo sé. Los tiempos son malos, tu familia ha sufrido pérdidas; los negocios de tus hermanas van mal; ambas tienen muchos hijos, la familia se arruinó para dotarlas; se arruina aún para mantenerlas. Es imposible proporcionarte cierta dote; tú tomaste el hábito y esto supuso gastos; con este paso fundaste esperanzas; el rumor de tu próxima profesión se ha extendido por el mundo. Por lo demás, cuenta siempre con todo mi apoyo. Jamás he atraído a nadie a la religión, es un estado al que Dios llama, es muy peligroso mezclar la voz a la suya. No intentaré hablar a tu corazón, si la gracia nada le dice; hasta ahora no debo reprocharme la desgracia de otra; ¿querría yo comenzar

contigo, hija mía, a quien tanto amo? No he olvidado que fue debido a mi persuasión por lo que diste los primeros pasos, y no sufriré que abusen para comprometerte más allá de tu voluntad. Veamos, pues, juntas; pongámonos de acuerdo. ¿Quieres profesar?

—No, señora.

—¿No sientes gusto alguno por el estado religioso?

—No, señora.

—¿No obedecerás a tus padres?

—No, señora.

—¿Qué quieres ser, pues?

—Cualquier cosa, excepto religiosa. No quiero serlo y no lo seré.

—Bien, no lo serás. Veamos, preparemos una respuesta para tu madre... —

Convinimos en algunas ideas. Ella escribió y me mostró la carta, que me pareció muy bien. No obstante, me enviaron al director de la casa, el doctor que me había predicado el día de mi toma de hábito; me recomendaron a la madre de novicias; vi al señor obispo de Alep; tuve que romper lanzas con señoras piadosas que se mezclaron en mi asunto sin que yo las conociese; era un continuo conferenciar con monjes y curas; vino mi padre, mis hermanas me escribieron; mi madre fue la última en aparecer. Yo resistía a todo. Sin embargo, fijaron un día para la profesión; no olvidaron nada para obtener mi consentimiento; pero cuando vieron que era inútil solicitarlo, decidieron prescindir de él.

A partir de este momento fui recluida en mi celda; me impusieron silencio; fui separada de todo el mundo, abandonada a mí misma, y vi claramente que estaban dispuestos a disponer de mí sin mí. Yo no quería comprometerme, era asunto decidido, y todos los terrores, verdaderos o falsos, que continuamente arrojaban sobre mí no me conmovían. Mi estado era, empero, deplorable; no sabía cuánto podía durar, y en caso que cesara, sabía aún menos lo que podría sucederme. En medio de estas incertidumbres tomé una decisión de la que juzgaréis, señor, como queráis. Yo no veía a nadie, ni a la superiora, ni a la madre de novicias, ni a mis compañeras. Fingí acomodarme a la voluntad de mis padres pero mi propósito era acabar con aquella persecución y le hice saber a la directora que aceptaba los deseos de ellos, y protestar públicamente contra la violencia que meditaban; dije, pues, que eran dueños de mi suerte, que podían disponer de ella como quisieran; que exigían que tomara los hábitos y que lo haría. He aquí el gozo extendido una vez más en toda la casa, el retorno de las caricias con todas las adulaciones y toda la seducción. Dios había hablado a mi corazón; nadie estaba más hecho para el estado de perfección que yo. Era imposible que no hubiese sido así, todo el mundo lo había esperado siempre. Nadie cumple sus deberes con tanta

edificación y constancia cuando no ha sido verdaderamente llamado. La madre de novicias no había visto en ninguna de sus pupilas una vocación más evidente; estaba muy sorprendida del sesgo que habían tomado las cosas, pero ella siempre había dicho a nuestra madre superiora que era preciso aguardar, y que aquello pasaría; que las mejores religiosas habían pasado por momentos como aquellos; que se trataba de sugestiones del maligno espíritu que redoblaba sus esfuerzos cuando estaba a punto de perder su presa; que yo iba a escapar de éste; que ya sólo había rosas para mí; que las obligaciones de la vida religiosa me parecerían tanto más soportables cuanto más me las había exagerado; que esta súbita pesadez del yugo era una gracia del cielo que se servía de este medio para aligerarlo... Me parecía bastante singular que la misma cosa venga de Dios o del Diablo, según les gustara enfocarlo a ellos. Hay muchas circunstancias parecidas en la religión; y los que me han consolado, con frecuencia me han dicho, refiriéndose a mis pensamientos, unos que eran instigaciones de Satanás, otros que se trataba de inspiraciones de Dios. El mismo mal viene o de Dios, que nos prueba, o del Diablo, que nos tienta.

Me conduje con discreción; creí poder responder de mí. Vi a mi padre, me habló fríamente; vi a mi madre, me abrazó; recibí cartas de congratulación de mis hermanas y de muchos otros. Supe que sería un tal señor Sornin, vicario de San Roque, quien haría el sermón, y el señor Thierry, canciller de la Universidad, quien recibiría mis votos. Todo fue bien hasta la víspera del gran día, excepto que habiendo tenido noticia de que la ceremonia sería clandestina, que habría muy poca gente y que la puerta de la iglesia no se abriría más que a los parientes, llamé por el torno a todas las personas de la vecindad, amigos y amigas míos; obtuve permiso para escribir a algunas de mis amistades. Todo este concurso de gente que nadie esperaba, se presentó; hubo que dejarles pasar, y la asamblea fue, más o menos, tal como la necesitaba para mi proyecto. ¡Oh!, señor, qué noche aquella que precedió. No me acosté; estaba sentada sobre la cama; llamaba a Dios en mi auxilio; elevaba mis manos al cielo, lo tomaba como testigo de la violencia que me hacían; me imaginaba mi papel al pie del altar, una joven protestando en alta voz contra una acción a la que parecía haber consentido, el escándalo de los asistentes, la desesperación de las religiosas, el furor de mis padres. Oh, Dios, ¿qué será de mí?... Al pronunciar estas palabras se apoderó de mí una debilidad general, caí desmayada sobre mi almohada; un temblor que hacía golpear mis rodillas y rechinar mis dientes con estrépito siguió a este desmayo; al temblor, un calor terrible; mi espíritu se turbó. No recuerdo ni haberme desnudado ni haber salido de mi celda; sin embargo, me encontraron desnuda, en camisa, extendida en tierra a la puerta de la superiora, inmóvil y

casi sin vida. Estas cosas las supe después. Por la mañana hálleme en mi celda, rodeada mi cama de la superiora, la madre de novicias y de las llamadas asistentes.<sup>2</sup> Estaba muy abatida; me hicieron algunas preguntas; vieron por mis respuestas que no tenía noción alguna de lo que había sucedido y no me hablaron más de ello. Me preguntaron cómo estaba, si persistía en mi santa resolución y si me sentía en estado de soportar la fatiga del día. Respondí que sí; y en contra de lo que esperaban, nada fue aplazado.

Todo había sido dispuesto desde la víspera. Tocaron las campanas para comunicar a todo el mundo que iban a hacer una desgraciada. El corazón aún palpité de nuevo con fuerza. Vinieron a prepararme; este día es un día de *toilette*. Ahora que recuerdo, todas estas ceremonias me parece que tenían algo de solemne y emocionante para una joven inocente que no sintiera inclinación hacia otra cosa. Me condujeron a la iglesia; celebróse la santa misa; el buen vicario, que me creía dotada de una resignación que no tenía, me echó un largo sermón en el que no había ni una palabra que no fuera un contrasentido; era bien ridículo todo lo que decía de mi felicidad, de la gracia, de mi valor, de mi fervor y de todos los hermosos sentimientos que suponía en mí. El contraste entre su elogio y el paso que iba a dar me turbó; tuve momentos de incertidumbre, pero duraron poco. Sentí mucho mejor aun que carecía de todo lo que era preciso tener para ser una buena religiosa. Por fin llegó el momento terrible. Cuando fue necesario entrar en el lugar donde debía pronunciar los votos de mi compromiso, no sentí ya mis piernas; dos de mis compañeras me sostuvieron por debajo de los brazos; tenía la cabeza apoyada sobre una de ellas y me arrastraba. No sé lo que pasaba en el alma de los asistentes pero veían a una joven víctima, moribunda, que era llevada al altar. De todas partes escapaban suspiros y sollozos, entre los que estoy bien segura que nadie pudo escuchar los de mi padre y mi madre. Todo el mundo estaba de pie; había gente joven aupada sobre sillas, y agarrados a los barrotes de la verja; se hizo un gran silencio cuando el que presidía mi profesión me dijo:

—María-Susana Simonin, ¿prometéis decir la verdad?

—Lo prometo.

—¿Estáis aquí de grado y por vuestra libre voluntad?

—Yo respondí «no»; pero las que me acompañaban respondieron por mí «sí».

—María-Susana Simonin, ¿prometes a Dios castidad, pobreza y obediencia?

Yo titubee un momento; el sacerdote esperó y respondí:

—No, señor.

---

<sup>2</sup> Consejeras. (Nota del traductor)

Insistió, otra vez:

—María-Susana Simonin, ¿prometes a Dios castidad, pobreza y obediencia?

Le respondí con voz más firme:

—No, señor, no.

El se detuvo y me dijo:

—Hija mía, tranquilízate y escúchame.

—Señor —le contesté—, me preguntáis si prometo a Dios castidad, pobreza y obediencia; os he oído bien, y os respondo que no...

Volviéndome enseguida hacia los asistentes, entre los que se había elevado un murmullo bastante grande, hice signo de querer hablar. El murmullo cesó y dije:

—Señores, y especialmente a mi padre y a mi madre, os tomo a todos como testigos...

A estas palabras, una hermana dejó caer el velo de la verja, y vi que era inútil continuar. Las religiosas me rodearon y me colmaron de reproches; yo las escuché sin decir una palabra. Fui conducida a mi celda, donde me encerraron bajo llave.

Allí, sola, abandonada a mis reflexiones, comencé a reafirmarme en mí misma, volví a considerar mi decisión y no me arrepentí en absoluto de ella. Vi que después del escándalo que había dado era imposible que permaneciese allí mucho tiempo, y que tal vez no se atreverían a volverme a internar en un convento. No sabía qué harían conmigo; pero no veía nada peor que ser religiosa contra la propia voluntad. Permanecí bastante tiempo sin oír hablar de nada. Las que me traían la comida entraban, ponían los alimentos en el suelo y se marchaban en silencio. Al cabo de un mes me trajeron vestidos de seglar; me quité los de la casa; vino la superiora y dijo que la siguiese. La seguí hasta la puerta del convento; allí subí en un coche donde encontré a mi madre, que me esperaba sola; me senté en la parte delantera y la carroza partió. Permanecimos frente a frente durante algún tiempo, sin decir nada; yo tenía los ojos bajos y no osaba mirarla. No sé lo que pasaba en mi alma, pero de repente me arrojé a sus pies y apoyé mi cabeza sobre sus rodillas; no le hablaba, pero sollozaba y me ahogaba. Ella me rechazó duramente. No me incorporé; comenzó a salirme sangre por la nariz; tomé a pesar suyo una de sus manos y mojándola con mis lágrimas y con mi sangre que corría, con la boca apoyada en aquella mano, la besaba diciendo: Seréis siempre mi madre, y yo seré siempre vuestra hija... Ella respondió (rechazándome aún más duramente y liberando su mano de entre las mías): «Levántate desgraciada, levántate.» La obedecí, me senté y cubrí el rostro con el velo. Había tanta autoridad y firmeza en el tono de su voz que creí un deber apartarme de su vista. Mis lágrimas y la sangre que fluía de mi nariz se mezclaban, bajaban a lo largo de

mis brazos y me cubrían totalmente sin que me hubiese dado cuenta. A juzgar por unas palabras que dijo, deduje que su vestido y su ropa habían quedado manchados y que aquello le disgustaba. Llegamos a casa, donde me condujeron enseguida a una pequeña habitación que habían preparado para mí. Me abracé una vez más a sus rodillas en la escalera; la retuve por sus vestidos; pero todo lo que obtuve fue que se volviera hacia mí y me contemplara con un movimiento de indignación de la cabeza, la boca y los ojos, que usted puede imaginar mejor que yo describir.

Entré en mi nueva cárcel, en la que pasé seis meses solicitando cada día inútilmente la gracia de hablar con ella, de ver a mi padre o de escribirles. Me llevaban la comida, me servían; una criada me acompañaba a misa los días de fiesta y volvía a encerrarme. Yo leía, trabajaba, lloraba, cantaba algunas veces y así pasaban mis días. Me sostenía un sentimiento secreto, el de que estaba libre y que mi suerte, por dura que fuese, podía cambiar. Pero estaba decidido que sería religiosa y lo fui.

Tanta inhumanidad, tanta obstinación por parte de mis padres, han acabado de confirmarme lo que ya sospechaba sobre mi nacimiento; nunca he podido encontrar otros medios de excusarles. Mi madre temía que yo figurara en la repartición de los bienes; que exigiera mi legítima y asociara así un hijo natural a los hijos legítimos. Pero lo que era una conjetura, convirtiéndose en realidad.

Mientras estaba encerrada en casa, hacía pocos ejercicios externos de religión, pero me enviaban a confesar la víspera de las grandes fiestas. Ya os he dicho que tenía el mismo director que mi madre; le hablé, le expuse la dureza de la conducta que habían tenido hacia mí desde hacía unos tres años. El lo sabía. Me quejé sobre todo de mi madre con amargura y resentimiento. Este cura había abrazado tarde el estado religioso; tenía humanidad; me escuchó tranquilamente y me dijo: «Hija mía, compadécete de tu madre, compadécela mucho más que la recriminas, tiene el alma buena; puedes estar segura que a pesar suyo ella actúa así.»

—¡A pesar suyo, señor! Y qué puede obligarla, ¿no fue ella quien me puso en el mundo? ¿Qué diferencia hay entre mis hermanas y yo?

—Mucha.

—¡Mucha! No comprendo vuestra respuesta...

Iba a entrar en una comparación entre mis hermanas y yo cuando me detuvo y dijo:

«Ve, ve, la falta de humanidad no es el vicio de tus padres; intenta aceptar tu suerte con paciencia y convertirla al menos en mérito delante de Dios. Yo veré a tu madre y estáte segura que emplearé en tu servicio todo el ascendiente que yo pueda tener sobre su espíritu...»

Ese *mucha* con que me respondió, fue para mí un rayo de luz; no dudé más sobre la verdad de lo que había pensado respecto a mi nacimiento.

El sábado siguiente, hacia las cinco y media de la tarde, la criada que cuidaba de mí subió y me dijo: «Su señora madre ordena que se vista...» Una hora más tarde: «La señora quiere que descienda usted conmigo.» Encontré en la puerta un carruaje, al que subimos la criada y yo; supe que íbamos a los Bernardos, a ver al padre Serafín. Nos aguardaba; estaba solo. La criada se alejó; yo entré en el locutorio. Me senté inquieta y curiosa por saber lo que iba a decirme. Háblome así:

«Señorita, va usted a descubrir el enigma de la severa conducta de sus padres; he obtenido para ello el permiso de su señora madre. Usted es discreta; tiene valor, firmeza; está en una edad en que se le podría confiar un secreto que incluso en nada le atañera. Hace mucho tiempo que exhorté a su señora madre a que le revelara lo que ahora va a saber; ella nunca pudo decidirse a hacerlo: es duro para una madre confesar una falta grave a su hija. Usted conoce su carácter no muy en consonancia con cierto tipo de humillaciones. Ella creyó poder reducirla a usted a sus designios sin necesidad de este recurso; se equivocó, lo siente; volvió a pedirme consejo... Me ha encargado que le diga a usted que no es hija del señor Simonin.»

Le respondí en seguida que ya me lo parecía.

«Ahora, señorita, vea, considere, sopesese, juzgue si su señora madre puede sin el consentimiento e incluso con el consentimiento de su señor padre unirla a hijos de los que usted no es hermana; si puede manifestar a su señor padre un hecho del que tiene ya sospechas.»

—Pero, señor, ¿quién es mi padre?

—Señorita, esto no me ha sido confiado. Es demasiado cierto que sus hermanas han sido prodigiosamente preferidas, y que han sido tomadas todas las precauciones imaginables, por los contratos matrimoniales, la desnaturalización de bienes, por estipulaciones, fideicomisos y otros medios, para reducir a la nada su legítima en el caso de que usted pudiera algún día invocar las leyes para reclamarla. Si pierde usted a sus padres, encontrará poca cosa; usted rehúsa un convento y tal vez sentirá no estar en él.

—Esto no puede ser, señor; yo no pido nada.

—Usted no sabe lo que es la pena, el trabajo, la indigencia.

—Conozco al menos el precio de la libertad y el peso de un estado al que uno no ha sido llamado.

—Le he dicho lo que debía decirle; es usted, señorita, la que debe reflexionar...

En seguida se levantó.

—Señor, una pregunta aún.

—Todas las que usted quiera.

—¿Saben mis hermanas lo que acaba de decirme?

—No, señorita.

—¿Cómo, pues, han podido resolverse a despojar a su hermana, si ellas me consideran así?

—Ah, señorita, ¡el interés!, ¡el interés! Ellas no hubiesen obtenido los considerables partidos que encontraron. Cada cual piensa en sí mismo en este mundo, y no le aconsejo a usted que cuente con ellas si pierde a sus padres. Esté segura que le disputarán hasta un óbolo, la exigua parte que tendrá que partir con ellas. Tienen muchos hijos; esto será un pretexto muy honesto para reducirla a usted a la mendicidad. Además, ellas no pueden nada; son los maridos los que lo hacen todo; si ellas tuviesen algunos sentimientos de conmiseración, la ayuda que le diesen a escondidas de sus maridos sería una fuente de divisiones domésticas. Yo sólo veo esto: o hijos abandonados, o hijos, incluso legítimos, socorridos a expensas de la paz doméstica. Y además, señorita, el pan recibido es bien duro. Si me cree, reconcíliese con sus padres y haga lo que su madre espera que haga; entrar en religión; se le asignará una pequeña pensión con la que pasará días, si no felices, al menos soportables. Por lo demás, no le ocultaré que el aparente abandono de su madre, su obstinación en encerrarla y algunas otras circunstancias que no recuerdo ahora, pero que he sabido a su tiempo, han producido en su padre exactamente el mismo efecto que en usted. Su nacimiento le era sospechoso, ahora ya no lo es; y sin estar en el secreto, no duda ya que no le pertenece usted como hija más que por la ley que los atribuye al que detenta el título de esposo. Señorita, usted es buena y prudente; reflexione sobre lo que acaba de saber.

Me levanté y me puse a llorar. Vi que él estaba también conmovido; levantó dulcemente los ojos al cielo y me acompañó. Me reuní con la criada, subimos de nuevo al coche y regresamos a casa.

Era tarde. Soñé durante parte de la noche en lo que acababa de serme revelado; volví a soñar con ello al día siguiente. No tenía padre; el escrúpulo me había privado de madre; estaban tomadas las precauciones para que no pudiese pretender los derechos de mi nacimiento legal; una cautividad doméstica muy dura; ninguna esperanza, ningún apoyo. Es posible que si hubiesen hablado mucho antes conmigo después del casamiento de mis hermanas y me hubiesen tenido en la casa, que no dejaba de ser frecuentada, hubiera habido alguien a quien mi carácter, mi temperamento, mi figura y mi talento hubiesen parecido suficiente dote; la cosa no era aún imposible, pero el escándalo

que había dado yo en el convento lo hacía más difícil: nadie concibe cómo una muchacha de diecisiete a dieciocho años ha podido llegar a este extremo, sin una firmeza poco común; los hombres elogian mucho esta cualidad, pero me parece que prescinden de ella gustosamente en aquellas que se proponen hacer sus esposas. Era por tanto un recurso que había que intentar antes que soñar en otro partido; decidí confiarme a mi madre y solicité de ella una entrevista, que me fue concedida.

Era invierno. Estaba sentada en un sillón delante del fuego; tenía un rostro severo, la mirada fija y los rasgos inmóviles; me acerqué a ella, me arrojé a sus pies y le pedí perdón de todas mis culpas.

«Lo merecerás —me dijo— según lo que vayas a decirme. Levántate; tu padre está ausente, tienes todo el tiempo que quieras para explicarte. Viste al padre Serafín, sabes por fin quién eres y qué puedes esperar de mí, si tu proyecto no es castigarme durante toda la vida por una falta que he expiado en exceso. Pues bien, ¿qué quieres? ¿Qué has decidido?»

—Mamá, sé que no tengo nada y que no debo pretender nada. Estoy bien lejos de querer aumentar sus penas, sean de la naturaleza que sean; quizá me hubiera encontrado usted más sumida a su voluntad si me hubiese informado antes de algunas circunstancias que era difícil que yo pudiera sospechar, pero por fin lo sé, me conozco y sólo me resta conducirme de acuerdo con mi estado. Ya no me asombro de las distinciones entre mis hermanas y yo; reconozco que son justas, las suscribo; pero sigo siendo su hija, me ha llevado usted en el seno y espero que no lo olvide.

—¡Maldita sea —replicó vivamente— si no te concedo todo cuanto me sea posible!

—Pues bien, mamá, devuélvame su favor; devuélvame su presencia; devuélvame la ternura de aquel que cree ser mi padre.

—Poco falta —replicó— para que él no esté tan seguro de tu nacimiento como tú y yo. No te veo nunca a su lado sin oír sus reproches; me los dirige a través de la dureza con que te trata; no esperes de él los sentimientos de un tierno padre. Y, además, te lo confesaré, me recuerda una traición, una ingratitud tan odiosa por parte del otro que no puedo soportar la idea; este hombre se muestra continuamente entre tú y yo; me repugna, y el odio que le tengo recae sobre ti.

—¿Qué? —le dije—, ¿no puedo esperar que usted y el señor Simonin me traten como a una extranjera, una desconocida acogida por humanidad?

—No podemos hacerlo ni el uno ni el otro. Hija mía, no envenenes mi vida por más tiempo. Si no tuvieses hermanas sabría qué hacer, pero tienes dos y ambas tienen una familia numerosa. Hace tiempo que se ha extinguido la pasión que me sostenía; la

conciencia ha vuelto por sus fueros.

—Pero aquel a quien debo la vida...

—No existe ya; murió sin acordarse de ti, y ésta es la menor de sus iniquidades...

Al llegar aquí su figura se alteró, sus ojos se iluminaron, la indignación apoderóse de su rostro; quería hablar, pero ya no articuló, el temblor de sus labios se lo impedía. Estaba sentada, inclinó la cabeza sobre las manos para ocultarme la violenta conmoción que sufría. Permaneció algún tiempo en este estado, luego se levantó, dio algunas vueltas a la habitación sin decir una palabra; contenía sus lágrimas, que corrían penosamente, y decía:

—¡Monstruo! No dependió de él el que no te ahogara en mi seno, con todas las penas que me causó; pero Dios nos ha conservado a las dos para que la madre expiara su falta en la hija. Hija mía, no tienes nada y nunca tendrás nada. Lo poco que yo puedo hacer por ti lo robo a tus hermanas; he aquí las consecuencias de una debilidad. Espero, no obstante, no tener que reprocharme nada al morir; habré ganado tu dote gracias a mis economías. No abuso de las facilidades que me da mi esposo, pero guardo cada día lo que de tanto en tanto obtengo de su liberalidad. He vendido las joyas que tenía, y él me ha concedido disponer, a mi antojo, del precio obtenido. Me gustaba jugar, no juego más; me gustaban los espectáculos, me he privado de ellos; me agradaba la compañía, vivo retirada; amaba el fasto, he renunciado a él. Si tú entras en vida de religión, como es mi voluntad y la del señor Simonin, tu dote será el fruto de mis sacrificios cotidianos.

—Pero mamá —le dije yo—, vienen aún por aquí algunas gentes de bien; tal vez haya uno que, satisfecho de mi persona, no exija siquiera los ahorros que habéis destinado a mi dote.

—No hay que pensar en ello. Tu escándalo te ha perdido.

—¿El mal no tiene, pues, remedio?

—No tiene remedio.

—Y si no encuentro esposo, ¿es necesario que me encierre en un convento?

—A menos que no quieras perpetuar mi dolor y mis remordimientos hasta que cierre los ojos. Tendré que enfrentarme con este momento; tus hermanas estarán alrededor de mi cama en este instante terrible; si yo te viera en medio de ellas; ¡cuál sería el efecto de tu presencia en aquellos momentos! Hija mía, mal que me pese, tus hermanas han obtenido de la ley un nombre que tú has recibido del crimen, no aflijas a una madre que expira; déjala descender en paz a la tumba: que pueda decirse a sí misma cuando esté a punto de comparecer ante el gran juez, que ha reparado su falta en cuanto podía, que pueda alegrarse de que después de su muerte tú no causarás disturbios en la

casa y que no reivindicarás unos derechos que no tienes.

—Mamá —le dije—, esté tranquila en este aspecto; haga venir un abogado que prepare un acta de renuncia; yo firmaré todo lo que usted quiera.

—Esto no es posible: un hijo no puede desheredarse a sí mismo; esto es el castigo de un padre o de una madre justamente irritados. Si pluguiera a Dios llamarme mañana, mañana me vería necesariamente en este extremo y sería preciso que me confiara a mi marido para tomar las medidas de común acuerdo. No me expongas a una indiscreción que me haría odiosa a sus ojos y que acarrearía consecuencias para ti deshonrosas. Si me sobrevives, quedarás sin nombre, sin fortuna y sin estado; ¡desgraciada!, dime que será de ti; ¿qué ideas quieres que lleve conmigo al morir? Será necesario que diga a tu padre... ¿Qué le diré? ¡Que no eres hija suya!... Hija mía, si bastara arrojarse a tus pies para obtener de ti... Pero tú no oyes nada, tienes el alma inflexible de tu padre...

En este momento entró el señor Simonin; vio la conmoción de su mujer; la amaba; era violento; detúvose un instante y dirigiendo hacia mí una terrible mirada me dijo:

«¡Sal!»

Si hubiese sido mi padre, no le hubiese obedecido, pero no lo era. Dirigiéndose al criado que me alumbraba, añadió:

«Decidle que no vuelva más.»

Me encerré de nuevo en mi pequeña cárcel. Soñaba en lo que mi madre me había dicho; me arrodillaba, rogaba a Dios que me inspirase; rezaba largamente; permanecía con el rostro contra el suelo; nadie invoca casi nunca la voz del cielo más que cuando no sabe a quién dirigirse, y es extraño que él entonces no nos aconseje obedecer. Fue la decisión que tomé yo. Quieren que sea religiosa; puede que ésta sea también la voluntad de Dios. ¡Pues bien!, lo seré; ya que es preciso que sea desgraciada, ¡qué importa dónde!... Encargué a la que me servía que me advirtiera de la ausencia de mi padre. Al día siguiente solicité una entrevista a mi madre; encargó me contestaran que había prometido lo contrario al señor Simonin, pero que podía escribirle con un lápiz que me dieron. Escribí, pues, en un trozo de papel (este papel fatal ha sido hallado y se han servido muy bien de él contra mí):

«Mamá, siento todas las penas que le he causado; le pido perdón: mi decisión es acabar con ellas; si es su voluntad que yo entre en vida de religión, deseo que ésta sea también la voluntad de Dios...»

La criada tomó este escrito y lo llevó a mi madre. Subió poco después y me dijo transpuesta:

«Señorita, ya que sólo era preciso una palabra para hacer felices a su padre y a su

madre, ¿por qué la ha diferido tanto tiempo? El señor y la señora tienen una cara como no había visto nunca desde que estoy aquí; disputaban continuamente sobre usted. Gracias a Dios ya no lo verá más...»

Mientras hablaba yo pensaba que acababa de firmar mi condena de muerte, y este presentimiento se realizará, señor, si me abandona usted.

Pasaron algunos días sin que oyese hablar de nada. Una mañana, hacia las nueve, mi puerta abrióse bruscamente; era el señor Simonin, que entró con bata y gorra de dormir. Desde que sabía que no era mi padre, su presencia sólo me causaba espanto. Me levanté y le hice una reverencia. Me parecía tener dos corazones; no podía pensar en mi madre sin enternecerme, sin sentir deseos de llorar; no sucedía lo mismo con el señor Simonin. A buen seguro, un padre inspira un tipo de sentimientos que no tenemos para nadie en el mundo más que para él; nadie sabe esto sin haberse encontrado como yo frente a frente con el hombre que ha estado investido durante mucho tiempo, y que acaba de perder, este augusto carácter. Si pasaba de su presencia a la de mi madre, me parecía ser otra. Me dijo:

—Susana, ¿reconoces este escrito?

—Sí, señor.

—¿Lo has escrito libremente?

—Sólo podría decir que sí.

—¿Estás dispuesta, al menos, a ejecutar lo que promete?

—Lo estoy.

—¿Tienes predilección por algún convento?

—No, me son todos indiferentes.

—Está bien.

Esto fue lo que respondí; pero por desgracia no fue escrito. Durante unos quince días de entera ignorancia de lo que ocurría, me pareció que se habían dirigido a diversas casas religiosas, y que el escándalo de mi primera salida había impedido que me aceptaran como postulante. En Longchamp fueron menos exigentes, sin duda porque les insinaron que yo sabía música y tenía voz. Me exageraron mucho las dificultades que habían encontrado y la gracia que se me hacía al aceptarme en esta casa; consiguieron, incluso, que escribiera a la superiora. Yo no presentía las consecuencias de este testimonio escrito que me exigían: temían al parecer que me volviera un día contra mis votos; querían tener una prueba, de mi propia mano, de que estaban libres. Sin este motivo ¿cómo aquella carta, que debía quedar en manos de la superiora, pasó en seguida a las de mis cuñados? Pero cerremos rápidamente los ojos a todo esto, pues me

muestran al señor Simonin tal como no quiero verlo; ahora ya no existe.

Fui conducida a Longchamp; me acompañó mi madre. No pedí decir adiós al señor Simonin; confieso que el pensamiento sólo me vino en el camino. Me esperaban; había sido anunciada por mi historia y por mi talento: nada dijeron acerca de la primera, pero tuvieron mucha prisa en ver si la adquisición que hacían valía la pena. Luego, después de charlar de muchas cosas indiferentes, pues después de lo que me había sucedido puede usted pensar que nadie habló de Dios ni de la vocación, de los peligros del mundo, ni de la dulzura de la vida religiosa, y nadie se atrevió a pronunciar una de las piadosas banalidades con que se suelen llenar estos primeros momentos, la superiora dijo: «Señorita, usted sabe música, canta; nosotras tenemos un clavecín; si quiere, iremos a nuestro locutorio...» Tenía el alma contrahecha, pero no era el momento de mostrar mi repugnancia; mi madre pasó y yo la seguí; cerró la marcha la superiora con algunas religiosas que la curiosidad había atraído. Era el atardecer; trajeron unas bujías; me senté, me acomodé en el clavecín; preludí largamente buscando en mi imaginación un trozo de música, de los que tengo la cabeza llena, sin encontrarlo; sin embargo, la superiora me apremió y canté sin gusto alguno, por costumbre, porque el fragmento me era familiar: *Tristes apprêts, pâles flambeaux, jour plus affreux que les ténébres* (Tristes preparativos, pálidos cirios, día más pavoroso que las tinieblas...) No sé el efecto que aquello produjo, pero no me escucharon mucho tiempo; me interrumpieron con elogios, que estuve bien sorprendida de haber merecido tan prontamente y con tan poco esfuerzo. Mi madre púsome en manos de la superiora, diome su mano a besar y se marchó.

Heme, pues, en otra casa religiosa, postulanta y con todas las apariencias de postular con toda mi voluntad. Pero usted, señor, que conoce hasta el momento todo lo sucedido, ¿qué piensa de ello? La mayoría de estas cosas no fueron alegadas cuando quise renunciar a mis votos; unas porque eran verdades carentes de pruebas; otras porque me hubieran hecho odiosa sin servirme; no hubiesen visto en mí más que a un hijo desnaturalizado que deshonoraba la memoria de sus padres para obtener su libertad. Tenían pruebas de lo que era *contra* mí; lo que era en *mi* favor no podía alegarse ni ser probado. Yo no quería, incluso, que se insinuase a los jueces la duda respecto a mi nacimiento; algunas personas, ajenas a las leyes, me aconsejaron encausar al director de mi madre y mío; esto era imposible; y si no lo hubiese sido, no lo hubiese tolerado. Pero, a propósito, por miedo a que no se me olvide y que el deseo de ayudarme no le impida a usted reflexionar, salvo su mejor juicio, creo que es preciso callar que sé música y que toco el clavecín; no sería necesario más para descubrirme; la ostentación de tales cualidades no cuadra con la oscuridad y la seguridad que yo busco; las personas de mi

estado no saben nada de estas cosas, y es preciso que yo las ignore. Si me veo obligada a expatriarme, las convertiré en un medio para subsistir. ¡Expatriarme!, pero, dígame, ¿por qué me espanta esta idea? Es porque no sé a dónde ir; porque soy joven y sin experiencia; es porque temo la miseria, a los hombres y al vicio; porque he vivido siempre recluida y si estuviera fuera de París me creería perdida en el mundo. Todo esto puede que no sea verdad, pero es lo que siento. Señor, depende de usted el que yo no sepa qué hacer ni a dónde ir.

Las superiores en Longchamp, al igual que en la mayor parte de casas religiosas, cambian cada tres años. Cuando yo fui conducida al convento ocupaba el cargo una tal señora de Moni; no puedo hacerle a usted muchos elogios de ella. Fue, no obstante, su bondad lo que me perdió. Era una mujer de juicio que conocía el corazón humano; era indulgente pese a que era quien tenía menos necesidad de indulgencia; todas nosotras éramos sus hijas. Nunca veía más que aquellas faltas que no podía evitar percibir o cuya importancia no le permitía cerrar los ojos. Hablo sin interés; he cumplido mi deber con exactitud; y ella me hizo justicia, porque no cometí ninguna falta por la que tuviera que castigarme o se viese obligada a perdonar. Si tenía predilección, se la inspiraba el mérito; después de todo no sé si me está bien decirle que me amaba tiernamente, y que no fui la última entre sus favoritas. Sé que esto es un gran elogio que hago de mí misma, mucho más del que usted puede imaginar sin haberla conocido. El calificativo favorita es el que las demás dan por envidia a las preferidas de la superiora. Si tuviera que reprochar algún defecto a la señora de Moni, es el que su gusto por la virtud, la piedad, la franqueza, la dulzura, los talentos, la honestidad la arrastraban abiertamente, y que ella no ignoraba que las que no podían pretender a ello quedaban mucho más humilladas. Tenía también el don, que es quizá más común en el convento que en el siglo, de conocer prontamente a las personas. Era raro que una religiosa que no le gustaba la primera vez le gustase nunca. No tardó en apreciarme; yo en seguida confié totalmente en ella. ¡Desgraciadas de aquellas a quienes ella no las inspirara sin esfuerzo! Tenían que ser malas sin remisión. Me preguntó sobre mi aventura en Santa María; se la conté sin ocultar nada; como a usted, le dije todo lo que acabo de escribirle. No olvidé nada de lo concerniente a mi nacimiento ni a mis penas. Me compadeció, me consoló, hízome esperar un porvenir más dulce.

Pasó, sin embargo, el tiempo del postulante; llegó el de tomar el hábito, y lo tomé. Hice sin disgusto mi noviciado; paso rápidamente por encima de estos dos años, porque no tuvieron nada triste para mí, excepto el sentimiento secreto de que avanzaba paso a paso hacia la entrada en un estado para el que no estaba hecha. A veces se

renovaba con fuerza; pero recurría en seguida a mi buena superiora, que me abrazaba, desvelaba mi alma, me exponía fuertemente sus razones y acababa siempre por decirme: «¿Y los otros estados, no tienen también sus espinas? Cada cual siente sólo las suyas. Vamos hija mía, arrodillémonos y recemos...»

Entonces se arrodillaba y rezaba en voz alta, pero con tanta unción, elocuencia, dulzura, elevación y fuerza que hubiese creído que el espíritu de Dios la inspiraba. Sus pensamientos, sus expresiones, sus imágenes penetraban hasta lo profundo de mi corazón; al principio una la escuchaba; poco a poco sentíase arrastrada, uníase a ella; el alma se estremecía y compartía sus arrebatos. Su intención no era seducir, pero ciertamente esto era lo que hacía: salíamos de su celda con un corazón ardiente, el gozo y el éxtasis estaban pintados en el rostro; ¡las lágrimas derramadas eran tan dulces! Era una impresión que ella misma fomentaba, que guardaba durante largo tiempo y nosotras conservábamos. No me remito solamente a mi experiencia, sino a la de todas las religiosas. Algunas me dijeron que sentían nacer en ellas la necesidad de ser consoladas como la de un gran placer, y creo que sólo me ha faltado un poco más de costumbre para llegar a esto.

A pesar de todo, al aproximarse mi profesión de votos experimenté una melancolía tan profunda que sometió a mi buena superiora a terribles pruebas; su talento la abandonó, me lo confesó ella misma. «No sé —me dijo— lo que me pasa; me parece, cuando vienes, que Dios se retira y que enmudece su espíritu; en vano me excito, busco ideas, quiero exaltar mi alma; me encuentro una mujer ordinaria y limitada, tengo miedo de hablar...» ¡ Ah!, ¡querida madre —le respondí— qué presentimiento! ¿Y si fuese Dios quien la enmudece?...

Un día que me sentía más incierta y abatida que nunca, fui a su celda; mi presencia la sobrecogió en seguida: leyó aparentemente en mis ojos, en toda mi persona, que el sentimiento profundo que llevaba dentro era superior a sus fuerzas, y ella no quería luchar sin estar segura de salir victoriosa. Me interpeló, no obstante; encendióse poco a poco; a medida que decaía mi dolor, su entusiasmo crecía; se arrojó súbitamente de rodillas, y yo la imité. Creí que iba a participar en su éxtasis, lo deseaba; pronunció algunas palabras, luego, de repente, calló. Esperé inútilmente: no habló más, se levantó fundida en lágrimas, me cogió de la mano y estrechándome entre sus brazos: «¡Ah! ¡Querida hija —me dijo— qué efecto cruel has obrado en mí! He aquí lo sucedido, se ha retirado el espíritu, lo noto: Ve, que Dios mismo te hable, ya que no le place hacerse escuchar por mi boca...»

En efecto, no sé lo que le había sucedido, si le había inspirado desconfianza en

sus propias fuerzas, o si había realmente roto su contacto con el cielo; pero no recuperó su facultad de consolar. Fui a verla la víspera de mi profesión; estaba tan melancólica como yo. Púseme a llorar, ella también; me arrojé a sus pies, me bendijo, me levantó, me abrazó y me despidió diciendo: «Estoy cansada de vivir, deseo morir, he pedido a Dios no ver este día, pero no es su voluntad. Ve, yo hablaré con tu madre, pasaré la noche rezando, reza también; pero acuéstate, te lo ordeno.»

—Permita —le respondí— que me una a usted.

—Te lo permito de las nueve a las once, no más. A las nueve y media comenzaré a rezar, tú también; pero a las once me dejarás orar sola y tú descansarás. Ve, hija querida, yo velaré ante Dios el resto de la noche.

Quiso rezar, pero no pudo. Yo dormía, y mientras tanto aquella santa mujer recorría los corredores, llamando a cada puerta, despertaba a las religiosas y las hacía bajar sin ruido a la iglesia. Todas bajaron, y una vez reunidas las invitó a pedir al cielo por mí. Esta plegaria hízose en silencio; luego apagó las luces; todas recitaron juntas el *Miserere* excepto la superiora, quien, prosternada al pie del altar, se laceraba cruelmente diciendo: «¡Oh Dios! Si os habéis retirado de mí por alguna falta que he cometido, concededme el perdón. No os pido que me devolváis el don que me habéis quitado, sino que os dirijáis Vos mismo a aquella inocente que duerme, mientras os ruego aquí por ella. Dios mío, habladle, hablad a sus padres y perdonadme.»

Al día siguiente, entró bien de mañana en mi celda; yo no la oí, aún no estaba despierta. Sentóse al borde de mi cama; había puesto ligeramente una de sus manos sobre mi frente; me miraba. La inquietud, la turbación y el dolor sucedíanse en su semblante. Y así apareció ante mí, cuando abrí los ojos. No me dijo nada de lo sucedido durante la noche, preguntóme solamente si me había acostado temprano. Yo le respondí:

—A la hora que usted me ordenó.

—¿Has reposado?

—Profundamente.

—Lo esperaba... ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. ¿Y usted querida madre?

—¡Ay!, no he visto a nadie entrar en vida de religión sin inquietud; pero nadie me ha causado tanta turbación como tú. Desearía que fueses feliz.

—Si usted me quiere siempre, lo seré.

—¡Ah! ¡Si sólo dependiera de esto! ¿No has pensado en nada durante la noche?

—No.

—¿No has tenido algún sueño?

—Ninguno.

—¿Qué sucede ahora en tu alma?

—Estoy aturdida, obedezco a mi suerte sin repugnancia y sin gusto; siento que me obliga la necesidad y me dejo llevar. ¡Ah!, mi querida madre, no siento nada de aquella dulce alegría, de aquel estremecimiento, de aquella melancolía, de aquella dulce inquietud que he notado a veces en aquellas que se encuentran en el momento en que estoy yo. Soy imbécil, no podría siquiera llorar. Lo quieren, es necesario, ésta es la única idea que se me ocurre... Pero usted no me dice nada.

—Yo no he venido para hablarte, sino para verte y escucharte. Espero a tu madre; intenta no conmovirme; deja que los sentimientos se acumulen en mi alma; cuando esté llena de ellos te dejaré. Debo callar: me conozco; tengo pocos arranques, pero suelen ser violentos y no es contigo con quien debo explayarme. Descansa aún un momento para que te vea; dime solamente unas palabras y déjame tomar aquí lo que vengo a buscar. Iré y Dios hará el resto...

Me callé, me apoyé en la almohada, le tendí una de mis manos, que ella cogió. Parecía meditar y meditar profundamente; tenía los ojos cerrados forzosamente; a veces los abría, los levantaba en alto, y los conducía hacia mí; se agitaba; su alma llenábase de confusión, se serenaba y agitaba al mismo tiempo. En verdad, aquella mujer había nacido para ser profetisa, de profetisa tenía el rostro y el carácter. Había sido hermosa; pero la edad, al borrar sus rasgos y formar grandes pliegues, había añadido aun dignidad a su fisonomía: Tenía los ojos pequeños, pero parecían o contemplar ensimismados o atravesar los objetos vecinos y penetrar más allá a una gran distancia, siempre en el pasado o en el futuro. Me apretaba a veces la mano con fuerza. Bruscamente me preguntó qué hora era.

—Serán pronto las seis.

—Adiós, me voy. Ventrán a vestirme; no quiero estar presente, me distraería. Sólo me preocupa una cosa, guardar moderación en los primeros momentos.

Apenas había salido cuando entraron la madre de novicias y mis compañeras; me quitaron los hábitos religiosos y me pusieron vestidos mundanos; es una costumbre que usted conoce. No oí nada de lo que se decía a mi alrededor; estaba casi reducida al estado de autómeta; no me di cuenta de nada; por intervalos tenía solamente como pequeños movimientos convulsivos. Me decían lo que debía hacer; con frecuencia se veían obligados a repetírmelo, pues no lo entendía a la primera vez, y lo hacía. No es que pensara en otra cosa, es que estaba absorta; tenía la *cabeza* cansada como cuando se excede uno en las reflexiones. Mientras tanto, la superiora conversaba con mi madre.

Jamás he sabido lo que pasó durante esta entrevista, que duró mucho tiempo; me dijeron solamente que cuando se separaron mi madre estaba tan turbada que no podía encontrar la puerta por la que había entrado, y que la superiora salió con las manos cerradas y apoyadas contra la frente.

Pero sonaron las campanas; yo bajé. La asamblea era poco numerosa. Me echaron un sermón, bien o mal, yo no escuché nada. Dispusieron de mí durante toda aquella mañana, que fue nula en mi vida, pues nunca he tenido noción de su duración; no sé ni lo que hice ni lo que dije. Me interrogaron, sin duda respondí; pronuncié los votos, pero no tengo ninguna memoria de ello, y me encontré convertida en religiosa tan inocentemente como fui hecha cristiana. De toda la ceremonia de mi profesión no comprendí más que de la de mi bautismo, con esta diferencia: que una confiere la gracia y que la otra la supone. Pues bien, señor, aunque no reclamé en Longchamp como había hecho en Santa María, ¿me cree usted más comprometida? Apelo a su juicio. Estaba en un estado de tan profundo abatimiento que, unos días después, cuando me anunciaron que era del coro, no supe qué querían decir. Pregunté si era verdad que hubiese profesado; quise ver la firma de mis votos; fue preciso añadir a estas pruebas el testimonio de toda la comunidad y el de algunos extraños que habían sido llamados para la ceremonia. Dirigiéndome varias veces a la superiora, le decía: Así, pues, ¿es cierto?... y esperaba siempre que me dijera: «No, hija mía; te engañan...» Su reiterada afirmación no me convencía, no pudiendo concebir que en el intervalo de un día, tan tumultuoso, tan variado, tan lleno de circunstancias singulares y contradictorias, no me acordara yo de ninguna, incluso del rostro de las que me habían servido, del sacerdote que me había dado la plática, ni del que había recibido mis votos; el cambio del hábito religioso por el vestido seglar es la única cosa que recuerdo; a partir de este instante físicamente fui lo que se llama una alienada. Han sido necesarios meses enteros para sacarme de este estado, y es a la larga duración de esta especie de convalecencia a lo que atribuyo el olvido profundo de lo acaecido: Es como aquellos que han sufrido una larga enfermedad, que han hablado con juicio, han recibido los sacramentos y que, recuperada la salud, no guardan memoria alguna de ello. He visto varios casos en el convento, y dije para mis adentros: He ahí aparentemente lo que me sucedió el día que hice la profesión. Pero resta saber si el hombre es responsable de tales acciones y si está implicado en ellas, aunque parezca estarlo.

En el mismo año sufrí tres importantes pérdidas: la de mi padre, más bien, la del que pasaba por tal; era viejo, había trabajado mucho —se consumió—, la de mi superiora y la de mi madre.

Aquella digna religiosa sintió de lejos acercarse su hora; condenóse al silencio; dispuso que llevaran su ataúd a su habitación. Había perdido el sueño y pasaba los días y las noches escribiendo y meditando; dejó quince meditaciones que me parecen de la mayor belleza, tengo una copia de ellas. Si algún día tiene usted curiosidad de ver las ideas que sugiere aquel instante, ya se las enviaré. Se titulan: *Los últimos instantes de la hermana Moni*.

Al aproximarse su muerte, se hizo vestir, estaba tendida en su lecho; fuéronle administrados los últimos sacramentos, tenía un Cristo entre sus brazos. Era de noche, la luz de los cirios iluminaba aquella escena lúgubre. Nosotras la rodeábamos, nos fundíamos en lágrimas. En su celda resonaban los gritos cuando, de repente, sus ojos brillaron; se incorporó bruscamente y habló. Su voz era casi tan fuerte como cuando estaba bien de salud; volviéndole el don que había perdido. Nos reprochó las lágrimas que parecían envidiarle una dicha eterna. «Hijas mías, el dolor os engaña. Es allí, allí — decía señalando al cielo— desde donde os serviré; mis ojos se posarán sin cesar sobre esta casa; intercederé por vosotras y seré escuchada. Acercaos todas para que os abrace, venid a recibir mi bendición y mi adiós...» Al pronunciar estas palabras murió esta extraña mujer, que dejó tras de sí sentimientos imborrables.

Mi madre murió al regresar de un pequeño viaje que hizo, a finales de otoño, a casa de una de sus hijas. Tuvo preocupaciones, su salud se había debilitado notablemente. No he sabido nunca ni el nombre de mi padre ni la historia de mi nacimiento. El que había sido su director y mío me envió un pequeño paquete de su parte; eran cincuenta luses con un escrito, cosidos y envueltos en un trozo de tela. El escrito decía así:

*«Hija mía, es poca cosa, pero mi conciencia no me permite disponer de una suma mayor; es el resto de lo que he podido economizar de los pequeños regalos del señor Simonin. Vive santamente, es lo mejor, incluso para tu felicidad en este mundo. Tu nacimiento es la única falta importante que he cometido, ayúdame a expiarla, y que Dios me perdone el haberte puesto en el mundo, en consideración a las buenas obras que tú harás. Sobre todo, no perturbes la familia, y aunque la elección del estado que has abrazado no haya sido tan voluntaria como hubiese deseado, teme el cambio. ¡Ojalá hubiera estado yo encerrada en un convento durante toda mi vida! No estaría tan azorada ante el pensamiento de que es preciso dentro de un momento sufrir el terrible juicio. Piensa, hija mía, que la suerte de tu madre en el otro mundo depende mucho de la conducta que tú tengas en éste. Dios, que todo lo ve, me aplicará en su justicia todo el bien y todo el mal que tú hagas. Adiós, Susana; no pidas nada a tus hermanas; no están*

*en condiciones de socorrerte; no esperes nada de tu padre, me ha precedido, ha visto el gran día, me espera; mi presencia será menos terrible para él que la suya para mí. Adiós una vez más. ¡Ah, desgraciada madre! ¡Ah, desgraciada hija! Han llegado tus hermanas; no estoy contenta de ellas. Ante los ojos de una madre, que está muriendo, tienen querellas por asuntos de interés que me afligen. Cuando se aproximan a mi cama, me vuelvo del otro lado: ¿qué vería en ellas? Dos criaturas a quienes la indigencia ha apagado el sentimiento de la naturaleza. Suspiran por lo poco que dejo; hacen al médico y a la enfermera preguntas indecentes que indican con qué impaciencia esperan el momento en que me iré, que les hará dueñas de cuanto me rodea. Han sospechado, no sé cómo, que podía tener algún dinero escondido en mi colchón. No hay nada que no hayan intentado para hacerme levantar y lo han conseguido pero, felizmente, mi depositario había venido la víspera, y yo le he entregado este paquete, con esta carta que él ha escrito a mi dictado, todo sin que ellas se diesen cuenta. Quema la carta. Y cuando sepas que ya no existo, lo que ocurrirá pronto, harás decir una misa por mí y renovarás en ella tus votos, pues sigo deseando que permanezcas en religión: la idea de imaginarte en el mundo sin socorro, sin apoyo, joven, acabaría de turbar mis últimos instantes.»*

Mi padre murió el 5 de enero, mi superiora a finales del mismo mes, y mi madre la segunda fiesta de Navidad.

La hermana Santa-Cristina sucedió a la madre Moni. ¡Ah!, ¡Señor! ¡Qué diferencia entre una y otra! Le he dicho qué mujer era la primera. Esta otra tenía un carácter mezquino, una cabeza estrecha y llena de supersticiones; entregábase a opiniones nuevas; conferenciaba con los sulpicianos y los jesuitas. Tomó aversión a todas las favoritas de su predecesora; en un momento, toda la casa estuvo llena de inquietudes, de odios, de maledicencias, acusaciones, calumnias y persecuciones. Fue preciso aplicarse a cuestiones de teología, de las que no sabíamos nada, suscribir fórmulas, plegarse a prácticas extrañas. La madre Moni no aprobaba en absoluto tales ejercicios de penitencia que se hacen sobre el cuerpo; no se había lacerado más que dos veces en la vida: una la víspera de mi profesión, otra en una circunstancia parecida. Decía de estas penitencias que no corrigen ningún defecto y que sólo sirven para dar orgullo. Quería que sus religiosas se sintiesen bien, que tuviesen el cuerpo sano y el espíritu sereno. La primera cosa que hizo al ocupar el cargo fue hacer que le entregaran todos los cilicios y disciplinas, y prohibir alterar los alimentos con ceniza, dormir sobre la tierra y proveerse de alguno de estos instrumentos. La segunda madre, al contrario, devolvió a cada religiosa su cilicio y su disciplina e hizo retirar el Antiguo y el Nuevo Testamento. Las favoritas del reinado anterior no son nunca las favoritas del reinado siguiente. Yo fui

indiferente, por no decir algo peor, a la superiora actual, porque la precedente me había querido; pero no tardó en empeorar mi suerte por razones que usted denominará imprudencia, o firmeza, según el punto de vista con que lo considere.

La primera fue abandonarme a todo el dolor que sentí por la pérdida de nuestra primera superiora; elogiarla en toda circunstancia; hacer, entre ella y la que nos gobernaba, comparaciones que no eran favorables a esta última; pintar el estado de la casa durante los pasados años; despertar el recuerdo de la paz que gozábamos, la indulgencia que tenían con nosotras, el alimento tanto espiritual como temporal que entonces nos suministraban, y exaltar las costumbres, los sentimientos, el carácter de la hermana Moni. La segunda fue arrojar al fuego el cilicio y deshacerme de mi disciplina; predicar lo mismo a mis amigas y decidir a algunas a seguir mi ejemplo; la tercera, proveerme de un Antiguo y de un Nuevo Testamento; la cuarta, rechazar todo partido y ceñirme al título de cristiana sin aceptar el nombre de jansenista o de molinista; la quinta, encerrarme rigurosamente en la regla de la casa sin querer hacer ni más ni menos. Consecuentemente, no prestarme a ninguna acción superrogatoria, las obligatorias me parecían ya demasiado duras; no subir al órgano más que los días de fiesta; no cantar más que cuando me tocaba coro; no consentir más que nadie abusara de mi complacencia y de mis talentos y que me metieran en todo todos los días. Leí las Constituciones, las releí, las sabía de memoria; si me mandaban algo que no estuviera claramente expreso en ellas, o que no estuviese, o que me pareciera contrario a las mismas, rehusaba firmemente hacerlo; tomaba el libro y decía: He aquí los compromisos que he aceptado, no he aceptado otros.

Mis palabras arrastraron a algunas. La autoridad de las que mandaban viose muy limitada; no podían ya disponer de nosotras como de sus esclavas. No pasaba día sin alguna escena violenta. Mis compañeras me consultaban en los casos inciertos, y yo estaba siempre a favor de la regla contra el despotismo. Pronto adquirí el aire y tal vez el comportamiento de una facciosa. Los vicarios del señor arzobispo eran enviados a llamar sin cesar; comparecía, me defendía y defendía a mis compañeras; ni una sola vez fui condenada, tanta atención ponía en tener la razón de mi parte; era imposible atacarme respeto a mis deberes, los cumplía con escrúpulo. En cuanto a las pequeñas gracias que una superiora es siempre libre de conceder o rehusar, no las pedía. No me dejaba ver por el locutorio, y en cuanto a visitas, como no conocía a nadie, no las recibía. Pero había quemado mi cilicio y arrojado mi disciplina; había aconsejado lo mismo a las otras; no quería oír hablar de jansenismo ni de molinismo, ni a favor ni en contra. Cuando me preguntaron si era fiel a la Constitución, respondí que lo estaba a la Iglesia; si aceptaba la

Bula..., que aceptaba el Evangelio. Visitaron mi celda; descubrieron en ella el Antiguo y el Nuevo Testamento. Yo había dejado escapar comentarios indiscretos sobre la sospechosa intimidad de algunas de las favoritas; la superiora tenía largas y frecuentes entrevistas con un joven eclesiástico y yo había puesto en duda la razón y el pretexto. No omití nada de lo que me podía hacer temer, odiar, o perder, y lo conseguí. Nadie se quejó más de mí a los superiores, pero se ocuparon de hacerme la vida difícil. Prohibieron a las otras religiosas acercarse a mí, y pronto me encontré sola. Tenía unas pocas amigas, y temiendo que éstas buscarían evadir la exigencia que les había sido impuesta y que al no poder hablar conmigo de día me visitarían durante la noche o a horas prohibidas, nos espiaban. Me sorprendieron unas veces con una u otra; hicieron lo que quisieron de esta imprudencia y fui castigada por ella de la manera más inhumana; me condenaron durante semanas enteras a pasar el oficio de rodillas, separada del resto en medio del coro; a vivir a pan y agua; a quedar encerrada en mi celda; a cumplir las funciones más viles de la casa. Las que llamaban mis cómplices no fueron tratadas mucho mejor. Cuando no podían encontrarme en falta, la suponían; me daban a la vez órdenes incompatibles y me castigaban por no haberlas cumplido; adelantaban las horas de los oficios, de las comidas; trastornaban por mi causa toda la conducta claustral, y, con la mayor intención, yo era hallada culpable cada día y cada día era castigada. Tengo valor, pero no hay nadie que soporte el abandono, la soledad y la persecución. Las cosas llegaron hasta tal punto que convirtieron en juego el atormentarme; era la distracción de cincuenta personas encadenadas. Me es imposible entrar en todos los pequeños detalles de estas ruindades; me impedían dormir, velar, rezar. Un día me robaban algunas partes de mi vestido; otra vez eran mis llaves o mi breviario; mi cerradura estaba atascada; o me impedían obrar bien o estropeaban las cosas que había hecho bien; me suponían palabras y acciones; me hacían responsable de todo, y mi vida era una sucesión de delitos reales o supuestos y de castigos.

Mi salud no resistió a pruebas tan largas y tan duras; caí en el abatimiento, el abandono y la melancolía. Al principio iba a buscar fuerza y resignación al pie de los altares y las encontraba a veces. Flotaba entre la resignación y el desespero, sometiéndome unas veces a todo el rigor de mi suerte, pensando otras en liberarme por medios violentos. En el fondo del jardín había un pozo profundo; ¡cuántas veces he ido allí! ¡Cuántas lo he contemplado! Había al lado un banco de piedra, ¡cuántas veces me senté en él, apoyada la cabeza sobre el borde del pozo! ¡Cuántas, en el tumulto de mis ideas, me he levantado bruscamente y he decidido poner fin a mis penas! ¿Qué me ha retenido? ¿Por qué prefería entonces llorar, gritar en voz alta, pisotear mi velo,

arrancarme los cabellos y desgarrarme el rostro con las uñas? Si era Dios quien impedía que me perdiera, ¿por qué no detenía también todos aquellos movimientos?

Le diré una cosa que tal vez le parecerá muy extraña, pero no por eso menos verdadera, y es que no dudo en absoluto que mis frecuentes visitas a aquel pozo fueron observadas y que a mis crueles enemigas les lisonjeaba la idea de que un día cumpliría un designio que hervía en el fondo de mi corazón. Cuando me dirigía hacia este lado, fingían alejarse y mirar a otro sitio. Muchas veces encontré abierta la puerta del jardín en horas en que debía estar cerrada, especialmente los días en que habían multiplicado sobre mí las molestias, habían excitado hasta los topes la violencia de mi carácter y me creían fuera de mí. Pero tan pronto como creí haber adivinado que se ofrecía, por decirlo así, a mi desesperación aquel medio de salir de la vida, que me conducían de la mano a aquel pozo y que siempre lo encontraría dispuesto a recibirme, no me fijé más; mi espíritu volvióse hacia otros lados; permanecía en los corredores y medía la altura de las ventanas; por la noche, al desnudarme, probaba, sin pensar, la fuerza de mis ligas; otro día rehusaba la comida; descendía al refectorio y permanecía con el dorso apoyado en la muralla, las manos colgadas a ambos lados, los ojos cerrados y no tocaba los platos que me habían servido. En este estado olvidaba de manera tan perfecta, que todas las religiosas salían y yo quedaba. Entonces fingían retirarse sin ruido y me dejaban allí; luego me castigaban por haber faltado a los ejercicios. ¿Qué le diré? Me lucieron perder el gusto por casi todos los medios de quitarme la vida, porque me pareció que lejos de oponerse a ellos, me los presentaban. No queremos, aparentemente, que nadie nos arroje de este mundo, y es posible que no estuviera ya en él, si hubieran simulado retenerme. Cuando alguien se quita la vida, tal vez intenta desesperar a los demás, y la conserva cuando cree satisfacerles; son movimientos muy sutiles en nosotros. En realidad, si es posible que recuerde mi estado, cuando estaba al borde del pozo, me parece que dentro de mí gritaba a aquellas desgraciadas que se alejaban para favorecer un crimen: «Dad un paso hacia mí, mostrad el menor deseo de salvarme, corred para detenerme, y estad seguras de que llegaréis demasiado tarde.» En verdad, sólo vivía porque ellas deseaban mi muerte. El encarnizamiento en hacer el mal, en atormentar, se cansa en el mundo; pero no en los claustros.

Así estaba cuando, volviendo sobre mi vida pasada, pensé en revocar mis votos. Reflexionaba en ello ligeramente. Sola, abandonada, sin apoyo, ¿cómo triunfar en un proyecto tan difícil, incluso con el apoyo que me faltaba? No obstante, esta idea me tranquilizó; mi espíritu se aseguró, fui más dueña de mí misma; evitaba las penas y soportaba más pacientemente las que me llegaban. Notaron este cambio y se

asombraron, la maldad detúvose inmediatamente como un enemigo débil que nos persigue y al que hacemos frente en el momento que menos espera. Una pregunta, señor, que me gustaría hacerle, es por qué entre todas las ideas funestas que pasan por la cabeza de una religiosa desesperada, no se le ocurre la de pegar fuego a la casa.

No la he tenido, ni yo ni otras, aunque sea la cosa más fácil de poner en práctica: se trata sólo, en un día de mucho viento, de llevar una candela a un granero, a un montón de leña, a un corredor. No hay conventos quemados, y, no obstante, en tales casos se abren las puertas y sálvese quien pueda. ¿No será porque teme una el peligro para sí y para las que ama, y desdeñamos un remedio que compartiríamos con las que odiamos? Esta última idea es muy sutil para ser verdadera.

Cuando nos ocupamos insistentemente en un asunto, llegamos al convencimiento de su justeza y de la posibilidad de alcanzar lo propuesto. Llegados a este punto, nos sentimos fuertes y seguros de nosotros mismos. Para mí fue cuestión de quince días. Mi temperamento es vivo. ¿De qué se trataba? De redactar una memoria y someterla a consulta; una cosa y otra no carecían de peligro. Después de la revolución que había tenido lugar en mi mente, me observaban con mayor atención que nunca; me seguían con la vista, no daba un paso que no fuese investigado; no decía una palabra que no fuera sopesada. Se acercaron a mí, intentaron sondearme; me interrogaron, fingieron conmiseración y amistad; volvían sobre mi vida pasada; me acusaban débilmente, me excusaban; esperaban una conducta mejor, me insinuaron un porvenir más dulce; sin embargo, entraban en todo instante en mi celda, de día, de noche, con pretextos; bruscamente, sin hacer ruido, entreabrían mis cortinas y se retiraban. Yo había adquirido la costumbre de dormir vestida; tenía también otra, la de escribir mi confesión. Estos días, que están fijados, iba a pedir tinta y papel a la superiora que no me lo rehusaba. Aguardé, pues, el día de la confesión, y durante la espera resumía en mi mente lo que tenía que proponer; era, en resumen, todo lo que acabo de escribirle; sólo que me explicaba con nombres fingidos. Pero cometí tres estupideces: la primera, decir a la superiora que tendría muchas cosas para escribir y pedirle bajo este pretexto más papel que el que se suele conceder; la segunda, ocuparme de mi memoria y olvidar mi confesión; la tercera, al no haber escrito mi confesión y no estando preparada para este acto religioso, permanecer sólo un instante en el confesonario. Todo esto fue observado y sacaron la conclusión de que el papel solicitado había sido empleado de otra manera que la indicada por mí. Pero si no había servido para mi confesión, como era evidente, ¿qué uso había hecho de él?

Sin saber que tendrían tales inquietudes, sentí que no debían encontrarme un

escrito de aquella importancia. En seguida pensé coserlo en mi almohada o en mi colchón, luego ocultarlo en mis vestidos, enterrarlo en el jardín, arrojarlo al fuego. No podría usted creer con qué prisa lo escribí y cuan desasosegada estuve una vez escrito. Inmediatamente lo oculté, luego lo estreché en mi seno, y marché a la llamada del oficio. Mi estado de inquietud traslucíase en mis movimientos. Estaba sentada al lado de una joven religiosa que me estimaba; a veces la había visto mirarme con compasión y derramar lágrimas; no me hablaba, pero ciertamente sufría. Arriesgándome a cuanto podría suceder, resolví confiarle mi papel; en un momento de la oración en que todas las religiosas se arrodillan, se inclinan y están como sumergidas en sus asientos, saqué suavemente el papel de mi seno y se lo extendí por detrás; ella lo cogió y lo estrechó contra el suyo. Este fue el más importante de cuantos servicios me había prestado, pero había recibido de ella otros muchos: durante meses enteros se dedicó, sin comprometerse, a quitar todos los pequeños obstáculos que ponían al cumplimiento de mis deberes para tener derecho a castigarme; venía a golpear mi puerta cuando era hora de salir; arreglaba lo que habían estropeado; iba a llamar o a responder cuando era preciso; estaba en todas partes donde yo debía estar. Yo ignoraba todo esto.

Hice bien al tomar esta decisión. Al salir del coro la superiora me dijo: «Sor Susana, sígame...» La seguí, luego, deteniéndose en otra puerta, en el corredor, me dijo: «He ahí su celda, la hermana San Jerónimo ocupará la suya...» Entré, y ella conmigo. Estábamos las dos sentadas, sin hablar, cuando apareció una religiosa con unos hábitos que puso sobre una silla; la superiora me dijo: «Hermana Susana, desnúdese y tome este vestido...» Obedecí en su presencia; ella estaba mientras tanto, atenta a todos mis movimientos. La hermana que había traído los hábitos estaba en la puerta; volvió a entrar, cogió los que yo había dejado, salió; la superiora la siguió. No me dijeron la razón de este proceder, y yo no le pregunté. Sin embargo, habían buscado por todas partes en mi celda; habían descosido la almohada y el colchón; habían cambiado de sitio todo lo que podía serlo o haberlo sido; siguieron mis huellas; fueron al confesonario, a la iglesia, al jardín, al pozo, al banco de piedra; vi parte de esta búsqueda, sospechaba el resto. No encontraron nada; pero no por eso quedaron menos convencidas de que había algo; miraron por todas partes, pero inútilmente. Por fin, la superiora creyó que no era posible saber la verdad excepto por mí. Entró un día en mi celda y me dijo:

—Sor Susana, tiene usted defectos, pero no tiene el de mentir; dígame, pues, la verdad: ¿qué hizo usted de todo el papel que le di?

—Señora, ya se lo dije.

—Esto no es posible, usted me pidió mucho y no estuvo más que un momento en

el confesonario.

—Es verdad.

—¿Qué hizo, pues, con él?

—Lo que le he dicho.

—¡Pues bien! Júreme por santa obediencia, que prometió a Dios, que es así y, pese a las apariencias, la creeré.

—Señora, no le está permitido exigir un juramento por una cosa tan ligera, y no está permitido hacerlo. No podría jurar.

—Está usted engañándome, sor Susana, y no sabe a lo que se expone. ¿Qué hizo del papel que le di?

—Ya se lo he dicho.

—¿Dónde está?

—Ya no lo tengo.

—¿Qué hizo con él?

—Lo que se hace con esta clase de escritos que son inútiles una vez utilizados.

—Júreme por santa obediencia que lo utilizó todo para escribir su confesión, y que ya no lo tiene.

—Señora, se lo repito, como esta segunda cosa no es más importante que la primera, no podría jurar.

—Jure, o...

—No juraré.

—¿No jurará?

—No, señora.

—¿Es, pues, usted culpable?

—¿Y de qué puedo ser culpable?

—De todo; no hay nada de lo que usted no sea capaz. Ha fingido alabar a mi predecesora para rebajarme a mí; ha sido capaz de despreciar las costumbres que ella había proscrito, las leyes que había abolido y que yo he creído deber restablecer; de sublevar a toda la comunidad, infringir las reglas, dividir los ánimos, faltar a todos sus deberes; de obligarme a castigarla y a castigar a todas aquellas que usted ha seducido, que es lo que más me cuesta. Hubiese podido proceder contra usted por los medios más duros; en cambio, la he tratado con miramientos: creí que reconocería sus errores, que volvería al espíritu de su estado, y que volvería a mí; no lo ha hecho. Hay algo en su espíritu que no marcha bien; tiene usted proyectos, el interés de la casa exige que los conozca, y los conoceré; le respondo yo misma de ello. Sor Susana, dígame la verdad.

—Ya se la he dicho.

—Voy a salir; tema mi vuelta..., lo siento; le doy un momento aún para decidirse...

Sus papeles si existen...

—Ya no los tengo.

—O el juramento de que no contenían nada más que su confesión.

—No podría hacerlo...

Permaneció un momento en silencio, luego salió y volvió a entrar con cuatro de sus favoritas; tenían un aire despechado y furioso. Me arrojé a sus pies, imploré su misericordia. Ellas gritaban todas a la vez: «Nada de misericordia, señora, no se deje conmovér. Que entregue sus papeles, o que vaya en paz.»<sup>3</sup> Abracé las rodillas de una y otra; les decía nombrándolas por sus nombres: sor Santa Inés, sor Santa Julia, ¿qué les he hecho? ¿Por qué excitan a la superiora contra mí? ¿Acaso he obrado yo de este modo? ¿Cuántas veces he intercedido por ustedes? Ya no se acuerdan. Ustedes eran culpables y yo no lo soy.

La superiora, inmóvil, me miraba y me decía: «Dame tus papeles, desgraciada, o revela lo que contenían.»

«Señora —le decían ellas— no le pregunte más, es usted demasiado buena, no la conoce; es un alma indócil con la que nada se puede conseguir sino que por medios extremos; es ella quien os obliga, peor para ella.»

—Querida madre —le dije yo— yo no he hecho nada que pueda ofender a Dios ni a los hombres, se lo juro.

—No es éste el juramento que yo quiero.

«Sin duda habrá escrito contra nosotras, contra usted, alguna memoria al vicario general o al arzobispo; Dios sabe cómo habrá pintado el interior de la casa; el mal es creído fácilmente. Señora, es preciso disponer de esta criatura, si no quiere que ella disponga de nosotras.»

La superiora añadió: «Sor Susana, mire...»

Me levanté bruscamente y le dije: Señora, lo he visto todo; siento que me pierdo; pero por un momento antes o después no vale la pena de pensarlo. Haga de mí lo que guste, escuche su ira, consuma su injusticia... Y al instante les extendí mis brazos. Sus compañeras los agarraron. Me arrancaron el velo, me desnudaron sin pudor. Encontraron sobre mi seno un pequeño retrato de mi antigua superiora, lo cogieron; supliqué que me permitieran besarlo una vez más, pero me lo negaron. Me arrojaron una camisa, me

---

<sup>3</sup> Juego de palabras. *In pace* = en paz, era sinónimo de una celda de castigo. (Nota del traductor.)

quitaron las medias, cubriéronme con un saco y me condujeron, desnudos la cabeza y los pies, a través de los corredores. Yo gritaba, pedía socorro, pero habían tocado la campana para advertir que no compareciese nadie. Supliqué al cielo, estaba en tierra y me arrastraban. Cuando llegué al final de la escalera tenía los pies ensangrentados y las piernas magulladas, estaba en un estado capaz de conmover a almas de bronce. No obstante, abrieron con unas grandes llaves la puerta de un pequeño lugar subterráneo, oscuro, donde me arrojaron sobre una estera medio podrida por la humedad. Encontré allí un pedazo de pan negro y una jarra de agua, con algunas vasijas necesarias y sucias. La manta enrollada en una extremidad formaba la almohada; sobre un bloque de piedra había una calavera y un crucifijo de madera. Mi primer impulso fue destruirme; llevaba mis manos a la garganta; desgarré mi vestido con los dientes; lanzaba espantosos gritos; aullaba como una bestia feroz; golpeaba la cabeza contra los muros. Quedé cubierta de sangre, intenté hacerlo hasta que me faltaron las fuerzas, lo que no tardó mucho en suceder. Allí pasé tres días; yo creía ya que sería para toda la vida. Cada mañana, una de mis verdugos venía y me decía:

—Obedece a nuestra superiora y saldrás de aquí.

—Yo no he hecho nada, no sé qué se me reprocha. ¡Ay!, hermana San Clemente, hay un Dios...

Al tercer día, a eso de las nueve de la noche abrieron la puerta; eran las mismas religiosas que me habían conducido. Después de elogiar las bondades de nuestra superiora, me anunciaron que me perdonaba y que iban a ponerme en libertad.

Es demasiado tarde, les dije, dejadme, quiero morir aquí. Entretanto me habían levantado y me arrastraban, volvieron a conducirme a mi celda, donde encontré a la superiora.

«He consultado a Dios sobre su suerte; ha movido mi corazón: quiere que tenga piedad: le obedezco. Arrodíllese y pídale perdón.»

Púseme de rodillas y dije: Dios mío te pido perdón de las faltas que he cometido, como tú lo pediste por mí sobre la cruz.

«¡Qué orgullo! —gritaron— se compara a Jesucristo, y nos compara a los judíos que le crucificaron.»

—No os fijéis en mí, fijaos en vosotras y juzgad.

—Esto no es todo —dijo la superiora— júreme por la santa obediencia que jamás hablará usted de lo sucedido.

—Lo que han hecho debe estar bien mal, ya que exige usted de mí, mediante juramento, que guarde silencio. Nadie lo sabrá excepto su conciencia, se lo juro.

—¿Lo jura?

—Sí, lo juro.

Una vez hecho esto, me despojaron de las ropas que me habían dado y dejaron que volviera a vestirme las mías.

Había cogido humedad; me encontraba en una circunstancia crítica; tenía contusionado todo el cuerpo; desde hacía varios días no había tomado más que unas gotas de agua con un poco de pan. Creí que ésta sería la última persecución que tendría que sufrir. Por efecto momentáneo de estas sacudidas violentas que muestran cuán fuerte es la naturaleza en las personas jóvenes, me recuperé en muy poco tiempo, y al reaparecer encontré a toda la comunidad persuadida de que había estado enferma. Me incorporé de nuevo a los ejercicios de la casa y a mi puesto en la iglesia. No había olvidado mi papel ni a la joven hermana a quien lo había confiado; estaba segura de que no habría abusado de aquel depósito, pero que lo había guardado no sin inquietud. Unos días después de mi salida de la cárcel, en el coro, en el mismo momento del oficio en que se lo di, cuando nos arrodillábamos e inclinadas las unas hacia las otras desaparecíamos en nuestros asientos, sentí que tiraban dulcemente de mi hábito. Extendí la mano y me dieron un billete que no contenía más que estas palabras: «¡cuánto me habéis inquietado! ¿Qué debo hacer con este terrible papel?» Después de haberlo leído, hice una bolita con las manos y lo destruí. Todo esto sucedía a principios de la cuaresma. Se acercaba el tiempo en que el deseo de escuchar atrae a Longchamp a la buena y a la mala sociedad de París. Yo tenía una voz muy hermosa y la había perdido poco. En las casas religiosas se presta atención a los más insignificantes intereses; tuvieron conmigo algunas atenciones. Gocé de un poco más de libertad; las hermanas que yo instruía en el canto pudieron acercarse a mí sin consecuencias; aquella a quien había confiado mi memoria era una de ellas. Durante las horas de recreo que pasábamos en el jardín la llamaba aparte, la hacía cantar, y mientras cantaba le dije lo siguiente:

—Tú conoces a mucha gente, yo no conozco a nadie. No quisiera que te comprometieses; preferiría morir aquí antes de exponerte a la sospecha de que me has ayudado; amiga mía, estarías perdida, lo sé, esto no me salvaría, y si vuestra perdición pudiese salvarme, yo no aceptaría mi salvación a este precio.

—Dejemos esto —me dijo—: ¿de qué se trata?

—Se trata de hacer pasar esta consulta a un abogado hábil, sin que él sepa de qué casa proviene, y de obtener una respuesta que me podrías entregar en la iglesia o en otro sitio.

—A propósito —me dijo ella—, ¿qué hiciste de mi billete?

—Estáte tranquila, lo destruí.

—Queda tranquila tú también, pensaré en tu asunto.

Note, señor, que yo cantaba mientras que ella me hablaba, y que ella cantaba cuando yo le respondía, y que nuestra conversación estaba entrecortada por versículos cantados. Esta joven, señor, está aún en el convento; su felicidad está en vuestras manos; si se llegara a descubrir lo que ha hecho por mí, no hay tormento al que no esté expuesta. No quisiera haberle abierto la puerta de una mazmorra; preferiría que me encerraran a mí en ella. Señor, estas cartas, pues, las quemará; aparte del interés que usted tenga a bien tener por mi suerte, no contienen nada que valga la pena de ser conservado.

He aquí lo que le decía entonces; pero, ¡jay!, ella ya no existe y yo estoy sola...

No tardó en cumplir su palabra informándome de ello según nuestra manera acostumbrada. Llegó la Semana Santa; la asistencia a nuestro oficio de tinieblas fue numerosa. Cantaba lo suficiente bien como para provocar con tumulto estos escandalosos aplausos que se dan a los comediantes en sus salas de espectáculos, y que no deberían escucharse nunca en el templo del Señor, sobre todo durante los días solemnes y lúgubres en que se celebra la memoria de su Hijo clavado en la cruz para expiar los crímenes del género humano. Mis jóvenes alumnas estaban bien preparadas; algunas tenían voz, casi todas expresión y gusto, y me pareció que el público las había escuchado con placer y que la comunidad estaba satisfecha del éxito de mis cuidados.

Usted sabe, señor, que el jueves es trasladado el Santo Sacramento a un altar especial donde permanece hasta el viernes por la mañana. Este intervalo se llena con las adoraciones de las religiosas que se suceden una tras otra, o de dos en dos, junto al monumento. Hay un cuadro que indica a cada una su hora de adoración; ¡cuan contenta estuve al leer en él: «La hermana Santa Susana y la hermana Santa Úrsula de dos a tres de la madrugada!» Fui al monumento a la hora indicada, mi compañera estaba allí. Nos colocamos una al lado de otra sobre los peldaños del altar; nos prosternamos juntas, adoramos a Dios durante media hora. Pasado este tiempo, mi joven amiga me extendió la mano y me la estrechó diciéndome:

—Probablemente no tendremos jamás ocasión de charlar tanto tiempo y tan libremente; Dios conoce la prisión en que vivimos y nos perdonará si compartimos un tiempo que le debemos por entero. No he leído tu memoria, pero no es difícil adivinar lo que contiene. Si esta respuesta te autoriza a proseguir en la retractación de tus votos, ¿no ves que será preciso que consultes con letrados?

—Es verdad.

—¿Que necesitarás libertad?

—Es verdad.

—¿Y que si actúas bien, aprovecharás las disposiciones presentes para procurártela?

—He pensado en ello.

—¿Lo harás, pues?

—Veré.

—Otra cosa: y si tu asunto fracasa, quedarás aquí abandonada a todo el furor de la comunidad. ¿Has previsto las persecuciones que te esperan?

—No serán mayores que las que he sufrido.

—No sé nada de ello.

—Perdóname. De momento no se atreverán a disponer de mi libertad.

—Y ¿por qué?

—Porque entonces estaré bajo la protección de la ley. Será necesario que comparezca personalmente; estaré, por así decirlo, entre el mundo y el claustro; tendré la boca abierta, libertad para quejarme; os testificaré a todas; no se atreverán a cometer conmigo injusticias de las que podría quejarme; tendrán cuidado de no agravar el asunto. ¡Qué más quisiera yo que se portaran mal conmigo!, pero no lo harán. Puedes estar segura de que seguirán una conducta totalmente opuesta. Me rogarán, me harán ver el daño que me voy a ocasionar a mí misma y a la casa; puedes contar con que sólo llegarán a las amenazas cuando hayan visto que nada pueden la dulzura y la seducción, y que se prohibirán el uso de la fuerza.

—Pero es increíble que tengas tanta aversión hacia un estado cuyos deberes cumples tan fácil y escrupulosamente.

—Siento esta aversión; lallevaba dentro de mí al nacer y no me abandonará jamás. Acabaré siendo una mala religiosa; hay que prever este instante.

—Pero, ¿y si por desgracia sucumbes?

—Si sucumbo, pediré cambiar de casa, o moriré en ésta.

—Se sufre mucho antes de morir. ¡ Ay!, amiga mía, tu resolución me hace estremecer; temo que tus votos sean revocados y que no lo sean. Si lo son, ¿qué será de ti? ¿Qué harás en el mundo? Tienes buena figura, ingenio y talento; pero dicen que esto, si no va acompañado de la virtud, a nada conduce, y sé que no te apartarás de esta última.

—Me haces justicia, pero no la haces a la virtud; sólo cuento con ella; cuanto más rara es entre los hombres, más debe ser estimada.

—La alaban, pero no hacen nada por ella.

—Ella me anima y sostiene en mi proyecto. Me objeten lo que me objeten, respetarán mis costumbres; al menos no dirán, como de la mayoría de las otras, que soy arrastrada fuera de mi estado por una pasión desarreglada: no veo a nadie, no conozco a nadie. Pido ser libre, porque el sacrificio de mi libertad no fue voluntario. ¿Leíste mi memoria?

—No, abrí el paquete que me diste, porque no tenía dirección, y pensé que era para mí; pero las primeras líneas me disuadieron y no fui más lejos. ¡Qué buena idea tuviste al entregármelo! Un momento más tarde te lo hubiesen encontrado encima... Pero se acerca la hora de acabar nuestro turno, prosternémonos, que las que van a sucedemos nos hallen en la postura en que debemos estar. Pide a Dios que te ilumine y conduzca; voy a unir mi plegaria y mis suspiros a los tuyos.

Tenía el alma un poco aliviada. Mi compañera rezaba de pie, yo me prosterné; mi frente se apoyaba en la última grada del altar, y mis brazos estaban extendidos sobre las gradas superiores. No creo haberme dirigido nunca a Dios con más consolación y fervor; el corazón me palpitaba con violencia; olvidé por un instante todo lo que me rodeaba. No sé cuánto tiempo permanecí en aquella postura ni cuánto hubiese permanecido aún; pero creo que fue un espectáculo muy emocionante para mi compañera y para las dos religiosas que llegaron. Cuando me incorporé creí estar sola, me engañaba; estaban las tres colocadas detrás de mí deshaciéndose en lágrimas: no se habían atrevido a interrumpirme. Esperaban que saliese por mí misma del estado de efusión y transporte en que me veían. Cuando volví a su lado, mi rostro tenía, sin duda, un carácter impresionante, a juzgar por el efecto que en ellas produjo y porque añadieron que me parecía entonces a nuestra antigua superiora cuando nos consolaba, y que el verme les había causado el mismo efecto. Si hubiera tenido alguna tendencia a la hipocresía o al fanatismo, y hubiese querido desempeñar un papel en el convento, no dudaría en absoluto de mi éxito. Mi alma se enciende fácilmente, se exalta; y aquella buena superiora me dijo cien veces que nadie habría amado a Dios como yo, que yo tenía un corazón de carne y las demás un corazón de piedra. Es cierto que experimentaba una extrema facilidad en compartir su éxtasis y que, en las oraciones que ella hacía a veces, en voz alta, me sucedió tomar yo la palabra, seguir el hilo de sus ideas y hallar, como por inspiración, parte de lo que ella hubiera dicho. Las otras la escuchaban en silencio, o la seguían, pero yo la interrumpía, me adelantaba o hablaba con ella. Conservaba durante mucho tiempo la impresión recibida, y era necesario aparentemente que yo le restituyese algo de la misma. Pues si en las otras se notaba que habían conversado con ella, en ella

notábase que había conversado conmigo. Mas ¿qué significa esto cuando no hay vocación?...

Acabado nuestro turno cedimos el puesto a las que nos sucedían; mi joven compañera y yo nos abrazamos muy tiernamente antes de separarnos.

La escena del monumento impresionó en la casa; añadida a esto el éxito de nuestro oficio de tinieblas del Viernes Santo: canté, toqué el órgano, fui aplaudida. ¡Oh cabezas locas de las religiosas!, no tuve que hacer casi nada para reconciliarme con toda la comunidad. Se precipitaron a mi encuentro, la superiora la primera. Algunas personas seglares intentaron conocerme; esto cuadraba demasiado bien con mi proyecto para negarme a ello. Vi al primer presidente, a la señora de Soubise y a una muchedumbre de buena gente: monjes, sacerdotes, militares, magistrados, mujeres piadosas, mujeres de mundo, y, entre ellos, a esa especie de atolondradas que ustedes llaman *talons rouges*,<sup>4</sup> que despaché pronto. No cultivé más amistades que aquellas que nadie podía reprocharme; dejé el resto a aquellas religiosas nuestras que no eran tan difíciles.

Olvidaba decirle que la primera prueba de bondad que me dieron fue restablecerme en mi celda. Tuve valor para volver a pedir el pequeño retrato de nuestra antigua superiora, y ellas no lo tuvieron para negármelo; vuelve a ocupar su sitio sobre mi corazón y permanecerá allí mientras viva. Cada mañana mi primer movimiento es elevar mi alma a Dios; el segundo, besarlo. Cuando quiero rezar y siento fría mi alma, lo desato de mi cuello, lo coloco delante de mí, lo miro y me inspira.

Lástima que no hayamos conocido a las santas personas cuyas imágenes están expuestas a nuestra veneración; causarían en nosotros una impresión bien distinta: Cuando estamos a sus pies o ante ellos, no permaneceríamos tan fríos como ahora quedamos.

Recibí contestación a mi memoria; era de un tal señor Manouri, ni favorable ni desfavorable. Antes de pronunciarse sobre el asunto, pedía gran número de aclaraciones a las que era difícil satisfacer sin una entrevista. Di, pues, mi nombre e invité al señor Manouri a venir a Longchamp. Estos señores se desplazan difícilmente; no obstante, vino. Conversamos durante mucho tiempo. Convinimos en fijar una correspondencia por medio de la que me haría llegar seguramente sus preguntas, y yo le enviaría mis respuestas. Por mi parte, yo empleaba todo el tiempo que él daba a mi asunto para preparar los ánimos, interesar por mi suerte y buscarme protectores. Indiqué mi nombre, revelé mi conducta en el primer convento que había habitado, lo que había sufrido en casa, las

---

<sup>4</sup> Nombre con el que eran designadas las jóvenes de la nobleza que llevaban tacones rojos en los zapatos.

penalidades que me habían causado en el convento, mi protesta en Santa María, mi estancia en Longchamp, mi toma de hábito, mi profesión, la crueldad con que había sido tratada después de consumados mis votos. Me compadecieron, me ofrecieron ayuda. Tomé nota de la voluntad que me testimoniaban para cuando pudiera tener necesidad de ella, sin dar más explicaciones. En el convento no se enteraron de nada. Había obtenido de Roma permiso para retractarme de mis votos; iba a emprenderse rápidamente una acción, respecto a lo cual abrigaba una profunda seguridad. Puede usted pensar cuál fue la sorpresa de mi superiora cuando le notificaron una retractación de los votos, a nombre de la hermana María-Susana, con la petición de abandonar el hábito y salir del claustro para disponer de su persona según ella misma juzgara adecuado.

Ya había previsto que encontraría varias clases de oposición: la de las leyes, la del convento y la de mis cuñados y hermanas, alarmados: se habían quedado con todo el patrimonio de la familia y, una vez libre, hubiera podido formular considerables reivindicaciones frente a ellos. Escribí a mis hermanas; les supliqué que no pusieran dificultades a mi salida; apelé a su conciencia en cuanto a la poca libertad con que hice mis votos; les ofrecí una renuncia por escritura auténtica, de todas mis pretensiones a la sucesión de mi padre y mi madre. No ahorré nada para persuadirles de que no se trataba de un paso impulsado por el interés o la pasión. No intentaba engañarme en cuanto a sus sentimientos. La escritura que yo les proponía, hecha mientras yo estuviese aún obligada en vida de religión, pasaba a ser inválida, y para ellos era demasiado incierto que yo la ratificara cuando fuera libre. Además, ¿les convenía aceptar mis proposiciones? ¿Dejarían a una hermana sin asilo ni fortuna? ¿Disfrutarían de sus bienes? ¿Qué diría la gente? Si viene a pedirnos pan, ¿se lo negaremos? Si se le ocurre casarse, ¿quién sabe la clase de hombre que escogerá! ¿Y si tiene hijos...? Es preciso que nos opongamos con todas nuestras fuerzas a esta peligrosa tentativa...: he ahí lo que dijeron para sí e hicieron.

Apenas la superiora hubo recibido la demanda judicial de mi petición, acudió a mi celda.

—¡Cómo, hermana Santa Susana! ¿Quiere usted dejarnos?

—Sí, señora.

—¿Y quiere usted apelar contra los votos?

—Sí, señora.

—¿Acaso no los hizo usted libremente?

—No, señora.

—¿Y qué la obligó?

—Todo.

—¿Su señor padre?

—Mi padre.

—¿Su señora madre?

—También ella.

—¿Y por qué no reclamó al pie del altar?

—Estaba tan inconsciente, que ni siquiera recuerdo haber asistido a la ceremonia.

—¿Puede hablar así?

—Digo la verdad.

—¡Qué! ¿No oyó como el sacerdote le preguntaba: Hermana Santa Susana Simonin, promete usted a Dios obediencia, castidad y pobreza?

—No lo recuerdo.

—¿No contestó sí?

—No lo recuerdo.

—¿Imagina que los hombres la creerán?

—Me creerán o no; pero el hecho no será por eso menos cierto.

—Querida hija, si fueran escuchados semejantes pretextos, ¡imagínad qué abusos seguirían! Ha dado un paso inconsciente, se ha dejado arrastrar por un sentimiento de venganza. Tiene usted en el corazón los castigos que me obligó a infligirle, ha creído que eran suficientes para romper sus votos. Se ha equivocado. Esto no es posible ni ante los hombres ni ante Dios. Piense en que el perjurio es el mayor de los crímenes, que usted ya lo cometió en su corazón y que va a consumarlo.

—En modo alguno seré perjura, no he jurado nada.

—Si se han cometido con usted algunas injusticias, ¿no han sido reparadas acaso?

—No han sido estas injusticias las que me han decidido.

—¿Qué ha sido, pues?

—La falta de vocación, la falta de libertad en mis votos.

—Si no había sido llamada, si se veía obligada, ¿por qué no lo dijo cuando era tiempo?

—¿Y de qué me hubiera servido esto?

—¿Por qué no mostró la misma firmeza que en Santa María?

—¿Acaso la firmeza depende de nosotros? Fui fuerte la primera vez; la segunda estaba inconsciente.

—¿Por qué no recurrió a un letrado? ¿Por qué no protestó? Tuvo veinticuatro horas para darse cuenta de su contrariedad.

—¿Sabía yo algo de tales formalidades? Y en el caso de que las hubiera conocido, ¿estaba en situación de servirme de ellas? Y si lo hubiera estado, ¿hubiese podido? ¡Cómo!, señora. ¿No se dio usted misma cuenta de mi enajenación? Si la tomo como testigo, ¿juraría que yo tenía sana la razón?

—¡Lo juraría!

—¡Bien!, señora, entonces sería usted y no yo la perjura.

—Hija mía, vas a provocar un escándalo inútil, vuelve a ti misma, te lo ruego por tu propio interés, por el de la casa; esta clase de asuntos dan ocasión a eso.

—No será culpa mía.

—La gente del mundo es mala; hará las suposiciones más desfavorables sobre tu inteligencia, tu intención, tu ánimo, tus costumbres; creerán...

—Lo que quieran.

—Pero háblame con el corazón abierto; si tienes alguna queja secreta, sea la que sea, hay remedio.

—Estuve, estoy y estaré toda mi vida descontenta de mi estado.

—El espíritu seductor que nos rodea sin cesar y que busca perdernos, ¿habrá acaso aprovechado el exceso de libertad que le ha sido concedida a usted desde hace poco, para inspirarle alguna inclinación funesta?

—No, señora. Sabe usted que no juro con facilidad. Pongo a Dios por testigo de que mi corazón es inocente, y que jamás hubo en él un sentimiento vergonzoso.

—Esto es inconcebible.

—Sin embargo, señora, nada es más fácil de concebir. Cada cual tiene su carácter, yo tengo el mío. Usted ama la vida monástica y yo la odio. Usted ha recibido de Dios las gracias de su estado, a mí me faltan todas. Usted se habría perdido en el mundo, aquí asegura su salvación; yo aquí me perdería y espero salvarme en el mundo. Soy y seré una mala religiosa.

—Y ¿por qué? Nadie cumple mejor sus deberes.

—Pero es con pesar y repugnancia.

—Así, usted merece más...

—Nadie puede saber mejor que yo lo que merezco, y me veo forzada a reconocer que, al someterme a todo, no merezco nada. Estoy cansada de ser una hipócrita; mientras hago lo que salva a las demás, me detesto y condeno. En una palabra, señora, no reconozco como verdaderas religiosas sino a las que permanecen retiradas aquí por gusto, y que aquí quedarían aunque no hubiera a su alrededor rejas ni murallas que las retuviesen. Falta mucho para que yo sea una de éstas; mi cuerpo está aquí, pero mi

corazón no; está fuera. Si fuese preciso optar entre la muerte y la clausura perpetua, no dudaría en morir. He aquí mis sentimientos.

—¡Qué! ¿Dejaría sin remordimientos este velo, estos hábitos que la consagraron a Jesucristo?

—Sí, señora, porque los tomé sin reflexión y sin libertad...

Le contesté con mucha moderación, porque no era esto lo que mi corazón me decía: Y ¡oh!, ¿por qué no ha llegado ya el momento en que podré desgarrarlos y arrojarlos lejos de mí?

No obstante, mi respuesta la aterró. Palideció, quiso hablar, pero sus labios temblaban; no sabía qué decirme. Yo me paseaba a grandes pasos por mi celda y ella gritaba:

—¡Oh Dios mío!, ¿qué dirán nuestras hermanas? ¡Oh Jesús!, dirigid sobre ella una mirada de piedad, ¡hermana Santa Susana!

—Señora.

—¿Se trata, pues de una decisión tomada? ¿Quiere usted deshonrarnos, convertirse y convertirnos en habladoras de la gente, perderse?

—Quiero salir de aquí.

—Pero si sólo es la casa lo que le disgusta...

—Es la casa, es mi estado, es la religión; no quiero estar recluida ni aquí, ni en otro sitio.

—Hija mía, está usted poseída del demonio; él es quien la excita, la hace hablar, la enajena; nada más cierto: ¡mire en qué estado se encuentra!

En efecto, eché sobre mí una mirada y vi que mi hábito estaba en desorden, mi escapulario casi completamente al revés y el velo caído sobre mis espaldas. Estaba cansada de los argumentos de aquella ruin superiora, que sólo me hablaba con un tono suave y falso, y le dije con despecho:

—No, señora, no; no quiero este hábito, no lo quiero más...

Sin embargo, procuraba reajustar mi velo; mis manos temblaban, y cuanto más me esforzaba en componerlo, más lo descomponía. Irritada, lo cogí con violencia, lo arranqué, lo arrojé a tierra y quedé delante de mi superiora, ceñida la frente con una venda, y la cabeza desmelenada. Ella, mientras tanto, sin saber si debía quedarse, iba y volvía diciendo: «¡Oh Jesús! Está poseída; nada más cierto, está poseída...»

Y la hipócrita se santiguaba con la cruz de su rosario.

No tardé en volver en mí misma; sentí lo indecente de mi estado y la imprudencia de mis palabras; me arreglé lo mejor que pude; recogí mi velo y me lo volví a poner;

luego, volviéndome hacia ella, le dije:

—Señora, no estoy loca ni poseída; me avergüenzo de mis violencias y le pido perdón por ellas; pero juzgue por ello cuan poco me conviene el estado religioso, y cuan justo es que busque librarme de él, si puedo.

Ella, sin escucharme, repetía: «¿Qué dirá el mundo? ¿Qué dirán nuestras hermanas?»

—Señora, ¿quiere evitar un escándalo? Habría un medio. Yo no corro tras mi dote; sólo pido la libertad; no digo que me abra usted las puertas; pero procure solamente que hoy, mañana, o pasado estén mal guardadas y advierta mi evasión lo más tarde posible....

—¡Desgraciada! ¿Qué osa proponerme?

—Un consejo que una superiora buena y prudente debería seguir con todas aquellas para las que su convento es una prisión, y el convento es para mí una prisión mil veces más horrorosa que las que encierran a los malhechores; es necesario que salga o perezca en ella.

—Señora —le dije adoptando un tono grave y con mirada firme—, escúcheme: si las leyes a las que me he dirigido burlaran mi esperanza y a impulsos de una desesperación que de sobras conozco... Ustedes tienen un pozo... Hay ventanas en la casa... En todas partes una tiene muros frente a sí..., un vestido para rasgar en tiras..., manos de las que hacer uso...

—¡Detente, desgraciada! Me haces estremecer. ¿Cómo podrías?...

—Podría, a falta de todo lo que acaba bruscamente con los males de la vida, rehusar los alimentos; una es dueña de beber y de comer o de no hacer nada con ellos... Si llegara el caso, después de lo que acabo de decirle, yo tendría valor... Usted sabe que no carezco de él, y que muchas veces es necesario tener más para vivir que para morir... Póngase ante el juicio de Dios y dígame: ¿cuál de las dos, la superiora o la religiosa, le parecería más culpable?... Señora, yo no reclamo ni reclamaré nada al convento; ahórreme un crimen, ahórrese largos remordimientos. Pongámonos juntas de acuerdo...

—¿Lo piensa usted, sor Santa Susana? ¡Que falte al primero de mis deberes, que preste mis manos al crimen, que participe en un sacrilegio!

—El verdadero sacrilegio, señora, soy yo quien lo comete todos los días al profanar con el desprecio el hábito sagrado que llevo. Quítemelo, soy indigna de él; ordene que busquen en la aldea los harapos de la campesina más pobre y que me entreabran la puerta.

—¿Ya dónde irá para estar mejor?

—No sé a dónde iré; pero sólo se está mal allí donde Dios no nos quiere; Dios en

modo alguno me quiere aquí.

—Usted no tiene nada.

—Es cierto, pero no es la indigencia lo que más temo.

—Tema los desórdenes a los que ella arrastra.

—El pasado responde por mi futuro; si hubiese querido escuchar la voz del crimen, sería libre. Pero si tengo que salir de esta casa, será con el consentimiento de usted o por mandato de la ley. Puede escoger...

Esta conversación había durado mucho. Al recordarla, me ruboricé por las indiscreciones y ridiculeces que había dicho y hecho; pero era demasiado tarde. La superiora continuaba aún con sus exclamaciones. «¡Qué dirá el mundo!, ¡qué dirán nuestras hermanas!» Cuando la campana que nos llamaba al oficio nos separó, me dijo al dejarme:

«Sor Santa Susana, vaya a la iglesia; pida a Dios que la inspire y la devuelva al espíritu de su estado; interrogué a su conciencia y crea lo que ella le diga. Es imposible que no le haga reproches. La dispenso del canto.»

Bajamos casi juntas. Acabóse el oficio; a su fin, cuando todas las hermanas estaban a punto de separarse, la superiora golpeó su breviario y las detuvo.

«Hermanas mías, les dijo, las invito a arrojarse al pie de los altares y a implorar la misericordia de Dios sobre una religiosa a la que El ha abandonado, que ha perdido la inclinación y el espíritu religioso y que está a punto de cometer una acción sacrílega a los ojos de Dios y vergonzosa a los ojos de los hombres.»

No sabía pintarle la sorpresa general; en un abrir y cerrar de ojos cada una, sin moverse, recorrió el rostro de sus compañeras, buscando descubrir por su turbación a la culpable. Todas se prosternaron y rezaron en silencio. Al cabo de un espacio de tiempo, bastante considerable, la priora entonó en voz baja el *Veni Creator*, y todas continuaron en voz baja el *Veni Creator*; luego, tras un segundo silencio, la priora golpeó su pupitre y salimos.

Puede usted imaginarse el murmullo que se elevó en la comunidad: «¿Quién será? ¿Quién no será? ¿Qué ha hecho? ¿Qué quiere hacer?...» Estas sospechas no duraron mucho tiempo. Mi petición empezaba a hacer ruido en el mundo; yo recibía un sinfín de visitas: unos me reprochaban, otros me daban consejos; era aprobada por unos, censurada por otros. Sólo tenía un medio de justificarme a los ojos de todos y era instruirles sobre la conducta de mis padres, y usted imagine qué miramiento debía tener en este punto. No hubo más que algunas personas que me permanecieron sinceramente adictas, y el señor Manouri, que se había encargado de mi defensa, a quien yo pudiera

confiarme enteramente. Cuando estaba aterrada por los tormentos que se cernían sobre mí, aquella mazmorra a la que una vez había sido arrastrada representábase a mi imaginación con todo su horror, conocía el furor de las religiosas. Comunicé mis temores al señor Manouri y él me dijo:

«Es imposible evitarle todo tipo de penalidades: las tendrá y debiera usted esperarlas; es preciso que se arme de paciencia y que se sostenga con la esperanza de que se acabarán. En cuanto al calabozo, le prometo que jamás volverá a entrar en él; es asunto mío...» En efecto, unos días después transmitió a la superiora una orden de presentarme cuantas veces fuera requerida a hacerlo.

Al día siguiente, después del oficio, fui de nuevo encomendada a las oraciones públicas de la comunidad; se rezó en silencio y se dijo en voz baja el mismo himno de la víspera. Idéntica ceremonia el tercer día, con esta diferencia: que me ordenaron colocarme de pie en medio del coro y fueron recitadas las plegarias para los agonizantes, las letanías de los santos con el estribillo *ora pro ea* (ruega por ella). El cuarto día hubo una extravagancia que puso bien de relieve el carácter extraño de la superiora. Al final del oficio me hicieron tumbar dentro de un ataúd en medio del coro; colocaron candelabros a mis lados con un acetre, cubriéronme con un sudario y recitaron el oficio de difuntos, después de lo cual cada religiosa al salir arrojóme agua bendita diciendo: *Requiescat in pace*. Es preciso entender la lengua de los conventos para conocer la clase de amenaza contenida en estas últimas palabras.<sup>5</sup> Dos religiosas levantaron el sudario, apagaron los cirios y me dejaron allí, mojada hasta la piel del agua con que me habían maliciosamente rociado. Mis hábitos secaron sobre mi cuerpo; no tenía con qué cambiarme. Esta mortificación fue seguida de otra. Reunióse la comunidad; miráronme como a una réproba, mi intento fue tratado de apostasía y se prohibió a todas las religiosas, bajo pena de desobediencia, el hablarme, socorrerme, aproximarse a mí e incluso el tocar las cosas que hubiesen sido de mi uso. Tales órdenes fueron ejecutadas rigurosamente. Nuestros corredores son estrechos; en ciertos sitios dos personas se ven en aprieto para pasar de frente. Si yo pasaba y una religiosa venía hacia mí, o volvía sobre sus pasos o se pegaba contra el muro, reteniendo el velo y el hábito de miedo que no rozaran con el mío. Si tenían que recibir alguna cosa de mí, la dejaban en tierra y la cogían con un lienzo; si debían darme algo, me lo arrojaban. Si alguna había tenido la desgracia de tocarme, creíase impura e iba a confesar y a pedir la absolución de la superiora. Se ha dicho que la

---

<sup>5</sup> Recuérdese que la celda de castigo, como ya indicamos denominábase *in pace*, en la jerga conventual (Nota del traductor)

adulación es vil y baja; es además cruel e ingeniosa cuando se propone agradar con las mortificaciones que inventa.

¡Cuántas veces recordé las palabras de mi santa superiora Moni!: «Entre todas estas criaturas que ves en torno mío, tan dóciles, tan inocentes, tan dulces, ¡pues bien!, hija mía, no hay apenas una, apenas una, que yo no pueda convertir en una bestia feroz; extraña metamorfosis para la que la disposición es tanto más grande cuanto más joven la persona ha entrado en una celda y menos conoce la vida social. Esta frase te asombra; Dios te libre de experimentar su verdad, sor Susana. La buena religiosa es aquella que trae consigo al claustro alguna gran falta para expiar.»

Se me privó de todos los empleos. En la iglesia dejaban libre una silla del coro a ambos lados de la que yo ocupaba. Estaba sola en una mesa en el refectorio; no me servían en ella; estaba obligada a ir a la cocina para pedir mi ración; la primera vez, la hermana cocinera gritóme: «No entre, aléjese usted.»

Le obedecí.

—¿Qué quiere?

—Algo para comer.

—¡Algo para comer! Usted no es digna de vivir...

Algunas veces me iba y pasaba el día sin tomar nada; otras insistía y ponían para mí sobre el umbral comida que se hubieran avergonzado de presentar a los animales; yo la recogía llorando y me marchaba. Si alguna vez llegaba la última a la puerta del coro, la encontraba cerrada; poníame de rodillas y esperaba allí que acabara el oficio; si era en el jardín, regresaba a mi celda.

Entretanto, disminuían mis fuerzas debido a la poca alimentación, la mala calidad de lo que comía y, sobre todo, por la aflicción que sentía al soportar tantas muestras de inhumanidad. Comprendí que si continuaba sufriendo sin quejarme, nunca vería el fin de mi proceso. Me decidí a hablar con la superiora; estaba medio muerta de espanto. No obstante, fui a llamar suavemente a su puerta. Abrió. Al verme retrocedió varios pasos, gritándome:

—¡Apóstata, apártate! Me aparté.

—Más aún.

Me alejé aún más.

—¿Qué quiere usted?

—Ya que ni Dios ni los hombres me han condenado a morir, quiero, señora, que ordene que viva.

—¡Vivir! —replicóme repitiendo la expresión de la hermana cocinera—, ¿es usted

digna de ello?

—Sólo Dios lo sabe, pero le prevengo que si se me niega la comida, me veré forzada a hacer llegar mis quejas a quienes me han aceptado bajo su protección. No estoy aquí más que en custodia hasta tanto que haya sido decidida mi suerte y estado.

—Márchese —me dijo —, no me ensucie con sus miradas; ya cuidaré de ello...

Salí. Cerró su puerta con violencia. Dio al parecer sus órdenes, pero no estuve mucho mejor cuidada; convertían en mérito el desobedecerla: me arrojaban los alimentos más desagradables y los mezclaban incluso con ceniza y toda clase de inmundicias.

He aquí la vida que he llevado mientras duró mi proceso. No me prohibieron completamente ir al locutorio; no podían privarme de la libertad de hablar con mis jueces ni con mi abogado; éste viose obligado a recurrir varias veces a la amenaza para conseguir verme. En tales ocasiones me acompañaba una hermana; quejábase ésta si yo hablaba bajo; impacientábase si permanecía demasiado tiempo; me interrumpía, desmentía, y contradecía, repetía mis palabras a la superiora, las alteraba y emponzoñaba, e incluso llegaba a suponer cosas que yo no había dicho; ¿qué sé yo? Llegaron a robarme, despojarme, quitarme las sillas, mis mantas y colchones. Ya no me daban ropa de cama, mis vestidos se rompían; me encontraba casi sin medias y sin zapatos. Me era difícil obtener agua; muchas veces me he visto obligada a ir a buscarla yo misma al pozo, a aquel pozo del que le he hablado. Rompieron mis vasijas de modo que me vi reducida a beber el agua que acababa de sacar, sin poder llevármela. Si pasaba debajo de las ventanas, debía correr o exponerme a recibir las basuras de las celdas. Algunas hermanas me han escupido en la cara. Iba horrorosamente sucia. Como temían las quejas que pudiera elevar a nuestros directores espirituales, se me negó también la confesión.

Un día de gran fiesta, creo que era el día de la Ascensión, obstruyeron mi cerradura; no pude ir a misa y quizás hubiese faltado a todos los restantes oficios de no ser por la visita del señor Manouri, a quien en seguida dijeron que no sabían dónde me había metido, que ya no me veían y que no asistía a ninguna práctica cristiana. No obstante, tras muchos esfuerzos rompí la cerradura y me presenté a la puerta del coro, que encontré cerrada como sucedía siempre que no llegaba de las primeras.

Me tumbé en el suelo, la cabeza y el dorso apoyados en uno de los muros, los brazos cruzados sobre el pecho; el resto de mi cuerpo extendido cerraba el paso. Al concluir el oficio, las religiosas se presentaron para salir, la primera se detuvo a poca distancia; las demás llegaron inmediatamente; la superiora vio de qué se trataba y dijo:

«Pasen sobre ella, no es más que un cadáver.» Algunas obedecieron y me

pisotearon; otras fueron menos inhumanas; pero ninguna se atrevió a tenderme la mano para levantarme. Durante mi ausencia robaron de mi celda el reclinatorio, el retrato de nuestra fundadora, las otras imágenes piadosas, el crucifijo, y no me quedó más que el que llevaba en el rosario, que tampoco me dejaron durante mucho tiempo. Vivía, pues, entre cuatro paredes desnudas, en una habitación sin puerta, sin silla, de pie o tumbada sobre un jergón, sin los recipientes más necesarios, forzada a salir de noche para satisfacer las necesidades naturales, y acusada por la mañana de turbar el reposo de la casa, andar errante y estar loca. Como mi celda ya no podía cerrarse, entraban de noche tumultuosamente, gritaban, tiraban de mi cama, rompían mis ventanas, me causaban toda clase de sobresaltos. El ruido subía al piso de arriba, descendía al piso de abajo, y las que no pertenecían al complot decían que en mi habitación sucedían cosas extrañas, que habían oído voces lúgubres, gritos, resonar de cadenas y que yo conversaba con aparecidos y con los malos espíritus; que debía haber hecho un pacto y que sería preciso abandonar inmediatamente mi corredor.

En las comunidades hay débiles mentales, incluso constituyen la mayoría. Estas creían lo que les decían, no se atrevían a pasar por delante de mi puerta; en su imaginación me veían transformada en una figura espantosa, hacían al encontrarme la señal de la cruz y escapaban gritando: «Apártate de mí...» En una ocasión, una de las más jóvenes estaba al final de un corredor, yo iba hacia ella y no tenía manera de evitarme. Apoderóse de ella el espanto más terrible. En seguida volvió el rostro contra el muro musitando con voz temblorosa: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Jesús! ¡María!...» No obstante, yo avanzaba; cuando notó que estaba junto a ella, cubrióse el rostro con las dos manos por miedo de verme, saltó hacia mi lado, se precipitó con violencia entre mis brazos y gritó: «¡A mí!, ¡a mí!, ¡misericordia!, ¡estoy perdida! Hermana Santa Susana, no me haga daño; sor Santa Susana, tenga piedad de mí...» Y al decir estas palabras he aquí que cayó medio muerta de espaldas sobre el pavimento.

Acuden a mis gritos, se la llevan y no sabría decirle cómo fue desfigurado este incidente, lo convirtieron en la historia más criminal: dijeron que el demonio de la impureza se había apoderado de mí; supusieron en mí intenciones y acciones que no me atrevo a repetir, y deseos extraños a los que atribuyeron el desorden evidente en el que habíase encontrado la joven religiosa. En realidad, no soy un hombre y no sé lo que es posible imaginar de una mujer con otra mujer, y menos aún de un hombre con una mujer sola; no obstante, como mi cama carecía de cortinas y entraban en mi habitación a todas horas, ¿qué le diré a usted, señor? Pese a todo su recato exterior, la modestia de sus miradas, la castidad de su expresión, estas mujeres tienen el corazón bien corrompido.

Saben que se cometen acciones deshonestas a solas, y yo no lo sé. Tampoco he acabado de comprender del todo de qué me acusaban. Y se expresaban en términos tan oscuros, que jamás he sabido qué podía replicarles.

No acabaría si quisiera la narración minuciosa de las persecuciones. ¡Ay, señor! Si tiene usted hijos, aprenda de mi destino lo que les depara si permite que entren en religión sin las señales de la vocación más fuerte y decidida. ¡Qué injustos son en el mundo! Permiten a un niño disponer de su libertad a una edad en que no le está permitido disponer de un escudo. Mate a su hija antes de encerrarla en un claustro contra su voluntad; sí, mátele. ¡Cuántas veces he deseado haber sido ahogada por mi madre, al nacer! Hubiese sido menos cruel. ¿Creerá usted que me quitaron el breviario y me prohibieron rezar a Dios? Hace usted bien al pensar que no obedecí. ¡Ay de mí! Este era mi único consuelo; elevé mis manos al cielo, grité y me atreví a esperar que mis gritos fuesen oídos por el único ser que veía toda mi miseria. Escuchaban en mi puerta, y un día que me dirigía a El con el corazón agobiado y reclamaba su ayuda, me dijeron: «Invocas a Dios en vano, no hay más Dios para ti; muere desesperada y condénate...»

Otras añadieron: «¡Así sea para la apóstata! ¡Así sea!» Pero he aquí un rasgo que le parecerá mucho más extraño que ningún otro. No sé si fue maldad o ilusión, pero aunque yo no hice nada que indicara un espíritu trastornado y mucho menos poseído del espíritu infernal, ellas deliberaron entre sí si era preciso exorcizarme y decidieron, por mayoría de votos, que había renunciado al crisma y a mi bautismo, que el demonio residía en mí y me alejaba de los oficios divinos. Otra añadió que durante ciertas oraciones yo rechinaba los dientes y que temblaba en la iglesia; que durante la elevación del Santo Sacramento me retorció el brazo. Otra que yo pisoteaba el crucifijo y que ya no llevaba mi rosario (que me habían robado); que profería blasfemias que no oso repetir. Todas, que me ocurría algo que no era natural y que era necesario comunicarlo al vicario general; así lo hicieron.

El vicario general era el señor Hebert, hombre de edad y experiencia, brusco pero justo e ilustrado. Le explicaron detenidamente el desorden que había en la casa; y es cierto que éste era grande y que si yo era la causa, tratábase de una causa bien inocente. Adivina usted, sin duda, que no omitieron en la memoria que le enviaron mis paseos nocturnos, mis faltas al coro, el estruendo que había en mi celda, lo que una había visto, lo que había oído otra, mi aversión hacia las cosas santas, mis blasfemias, las acciones obscenas que me imputaban; en cuanto al incidente con la joven religiosa, hicieron lo que quisieron. Las acusaciones eran tan graves y tan numerosas, que con todo su buen sentido el señor Hebert no pudo evitar el tomar partido en el asunto y creer que había

mucho de cierto. La cosa parecióle lo suficientemente importante como para informarse por sí mismo; hizo anunciar su visita y vino, en efecto, acompañado de dos jóvenes eclesiásticos, agregados a su persona, que le ayudaban en sus pesadas tareas.

Unos días antes, por la noche, oí entrar quedamente en mi habitación. No dije nada, esperé que me hablasen; me llamaron con una voz baja y temblorosa:

—Sor Santa Susana, ¿duerme usted?

—No, no duermo. ¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Su amiga, que se muere de miedo y se expone a perderse para darle un consejo tal vez inútil. Escuche: mañana o pasado hay visita del vicario general: será usted acusada; prepárese a defenderse. Adiós, tened valor y que el Señor quede con usted.

Dicho esto alejóse con la ligereza de una sombra. Usted lo ve, en todas partes, incluso en las casas religiosas, hay almas compasivas a quienes nada endurece.

Mientras tanto, continuaba acaloradamente mi proceso: una muchedumbre de personas de todo estado, de todo sexo, de todas las condiciones, que yo no conocía, se interesaron por mi suerte e intercedieron por mí. Usted fue uno de ellos y es posible que conozca mejor que yo la historia de mi proceso, pues al final ya no podía conferenciar con el señor Manouri. Le dijeron que estaba enferma; él sospechó que le engañaban; tuvo miedo de que me hubiesen arrojado al calabozo. Dirigióse al arzobispado, donde no se dignaron escucharle; allí habían sido advertidos de que estaba loca o tal vez de algo peor. Él insistió frente a los jueces; insistió en el cumplimiento de la orden notificada a la superiora de presentarme viva o muerta cuando fuese requerida a hacerlo. Los jueces seculares intimaron a los jueces eclesiásticos; éstos percibieron las consecuencias que este incidente podría tener si se llevaba hasta el fin, y fue esto lo que aceleró aparentemente la visita del vicario general, ya que aquellos señores, cansados de los eternos enredos del convento, generalmente no tienen mucha prisa en mezclarse en ellos. Saben, por experiencia, que su autoridad es siempre eludida y comprometida.

Aproveché el aviso de mi amiga para invocar la ayuda de Dios, reafirmar mi ánimo y preparar mi defensa. No pedía al cielo otra cosa que la suerte de ser interrogada y escuchada sin parcialidad; lo conseguí, pero verá usted a qué precio. Si a mí me interesaba comparecer ante mi juez como inocente y juiciosa, no importaba menos a mi superiora que me creyesen perversa, poseída del demonio, culpable y loca. Así, mientras yo redoblaba mi fervor y oraciones, ellas redoblaron sus ruindades: no me dieron más alimentos que los necesarios para evitar que muriese de hambre; me sobrecargaron de

mortificaciones; multiplicaron los sustos; me privaron completamente del reposo nocturno; pusieron en práctica todo lo que puede debilitar la salud y turbar el espíritu. Fue un refinamiento de crueldad del que usted no tiene idea. Juzgue del resto por el siguiente caso.

Un día que salía de mi celda para ir a la iglesia, vi en tierra unas tenazas en el corredor; me agaché para recogerlas y colocarlas de manera que la que las hubiese extraviado las encontrara fácilmente. La luz impidióme ver que estaban casi al rojo; las cogí, pero al dejarlas caer de nuevo lleváronse consigo desollada la piel de la palma de la mano. Por la noche, en los lugares por donde yo debía pasar colocaban obstáculos para mis pies o a la altura de mi cabeza; me lastimé cien veces, no sé cómo no me maté. No tenía con qué alumbrarme y me veía obligada a andar temblando, tanteando con las manos. Sembraban cristales rotos debajo de mis pies. Yo estaba bien resuelta a explicar todo esto y más o menos mantuve mi propósito. Encontraba cerrada la puerta de los servicios y me veía obligada a bajar varios pisos y correr al fondo del jardín cuando la puerta estaba abierta; cuando no lo estaba... ¡Ay, señor, no hay criaturas más ruines que unas mujeres reclusas que están seguras de secundar el odio de su superiora y que creen servir a Dios al exasperaros! Era hora de que llegara el arcediano, era hora de que concluyese mi proceso.

He aquí el momento más terrible de mi vida. Considere, señor, que ignoraba absolutamente de qué colores me habían pintado a los ojos de aquel eclesiástico, y que él venía con la curiosidad de ver a una chica poseída o que fingía estarlo. Creyeron que sólo un fuerte terror podría hacerme aparecer en aquel estado y he aquí cómo trataron de imbuírmelo.

El día de la visita, por la madrugada, la superiora entró en mi celda; iba acompañada de tres hermanas. Una llevaba una pileta de agua bendita, la otra un crucifijo, la tercera unas cuerdas. La superiora me dijo con voz fuerte y amenazadora:

—Levántese... Póngase de rodillas y encomiende su alma a Dios.

—Señora, le contesté, antes de obedecerle, ¿podría preguntarle qué será de mí, qué ha decidido sobre mí y qué debo pedir a Dios?

Un sudor frío extendióse por todo mi cuerpo, temblaba, sentí doblarse mis rodillas; contemplé con espanto a sus tres fatales compañeras. Estaban de pie en una misma línea, el rostro sombrío, los labios apretados y los ojos cerrados. El terror había separado cada palabra de la pregunta que acababa de hacer. Creí, a juzgar por el silencio que guardaban, que no había sido oída; repetí las últimas palabras de aquella pregunta, pues no tuve fuerza para repetirla toda entera. Dije, pues, con una voz tenue que se apagaba:

—¿Qué gracia debo pedir a Dios?

Me contestaron:

—Pídale perdón por los pecados de toda su vida; háblele como si estuviese en el momento de comparecer ante El.

Ante estas palabras, creí que habían acordado y resuelto deshacerse de mí. Había oído decir que esto se practicaba a veces en los conventos de ciertos religiosos; que ellos juzgaban, condenaban y ajusticiaban. No creía que hubiese sido ejercida aquella inhumana jurisdicción en ningún convento de mujeres; pero existían tantas cosas que yo no había adivinado y que de hecho sucedían... Ante la idea de la muerte próxima, quise gritar, pero mi boca estaba abierta y no salía de ella sonido alguno; avancé hacia la superiora con brazos suplicantes, y mi cuerpo desfalleciente derribóse hacia atrás. Caí, pero la caída no fue dura. En estos momentos de zozobras en que la fuerza nos abandona, los miembros se debilitan y desploman, por así decirlo, unos sobre otros; y la naturaleza, al no poder sostenerse, parece que busca desfallecer suavemente. Perdí el conocimiento y el sentido, sólo oí susurrar en torno mío unas voces confusas y lejanas. Sea que hablaban, sea que me zumbaran los oídos, sólo percibí este zumbido insistente. No sé cuánto tiempo permanecí en este estado, me sacó de él un frescor súbito que me causó una ligera convulsión y arrancóme un profundo suspiro. Estaba empapada de agua que se deslizaba de mis vestidos al suelo; era el contenido de la gran pileta de agua bendita. Estaba tumbada de costado, extendida dentro de aquella agua, la cabeza apoyada contra el muro, la boca entreabierta y los ojos semimuertos y cerrados; intentaba abrirlos y mirar, pero me pareció que estaba envuelta por un aire espeso a través del que sólo entreveía vestiduras flotantes a las que intentaba agarrarme sin poder. Hacía esfuerzos con el brazo sobre el que no estaba apoyada; quería levantarlo, pero encontráballo demasiado pesado; mi extrema debilidad disminuyó poco a poco. Me incorporé, apoyé la espalda contra la pared; tenía las dos manos dentro del agua, la cabeza inclinada sobre el pecho y emitía un llanto inarticulado, entrecortado y penoso. Aquellas mujeres me miraban con un aire de necesidad e inflexibilidad que me quitaba el valor de suplicarles. La superiora dijo:

—Ponedla de pie.

Me cogieron por debajo de los brazos y me levantaron. Añadió: «Ya que no quiere encomendarse a Dios, tanto peor para ella; sabéis lo que tenéis que hacer, concluid.»

Creí que aquellas cuerdas que habían traído estaban destinadas a estrangularme; contémpleslas, mis ojos se llenaron de lágrimas. Pedí el crucifijo para besarlo, me lo negaron. Pedí besar las cuerdas y me las prestaron.

Inclíneme, agarré el escapulario de la superiora y lo besé y dije:

«¡Dios mío, ten piedad de mí! ¡Dios mío, ten piedad de mí! Queridas hermanas, procurad no hacerme sufrir.»

Y presentaba mi cuello.

No sabía decirle lo que sucedió ni lo que me hicieron; cierto es que los que son conducidos al suplicio, yo creía serlo, mueren antes de ser ejecutados. Me encontré sobre el jergón que me servía de cama, con los brazos atados a la espalda, sentada con un gran Cristo de hierro sobre mis rodillas...

...Señor marqués, veo desde aquí el dolor que le causo, pero usted quiso saber si merecía la compasión que de usted espero...

Fue entonces cuando sentí la superioridad de la religión cristiana sobre todas las religiones del mundo, qué profunda sabiduría hay en lo que la ciega filosofía denomina la locura de la cruz. En el estado en que me encontraba, ¿de qué me hubiese servido la imagen de un legislador feliz y lleno de gloria? Veía al Inocente, traspasado el costado, la frente coronada de espinas, manos y pies taladrados por los clavos, expirando entre tormentos, y me decía: «¡He aquí a mi Dios y yo oso quejarme!...» Me agarré a esta idea, y noté que renacía el consuelo en mi corazón; conocí la vanidad de la vida, sentíme sumamente feliz de perderla antes de tener tiempo de multiplicar mis faltas. Sin embargo, contaba mis años, veía que apenas había cumplido los veinte, y suspiraba; estaba demasiado débil, demasiado abatida, para que mi espíritu pudiera elevarse sobre los horrores de la muerte; en plena salud creo que hubiese podido comportarme con más valor.

Mientras tanto, la superiora y sus secuaces volvieron. Encontraron en mí mayor presencia de ánimo de la que esperaban y hubiesen querido. Pusiéronme en pie; sujetaron mi velo sobre la cara; dos me cogieron por debajo de los brazos; una tercera me empujaba por detrás y la superiora ordenóme que anduviera. Anduve sin saber a dónde iba, pero creyendo ir al suplicio, decía: ¡Dios mío, no me abandones! ¡Dios mío, perdóname si te he ofendido!

Llegué a la iglesia. El vicario general había celebrado la misa. La comunidad estaba allí reunida. Olvidaba decirle que cuando estuve en la puerta las tres religiosas que me conducían me apretaban, me empujaban con violencia, parecían estar turbadas a mi lado; unas me arrastraban por los brazos mientras otras me retenían por entrar en la iglesia, cuando en realidad no había nada detrás, como si me hubiese resistido y me repugnara de esto. Condujéronme hacia las gradas del altar. Yo apenas podía mantenerme en pie; me pusieron de rodillas como si yo rehusase hacerlo; me aguantaban

como si tuviese intención de escapar. Cantóse el *Veni Creator*; expusieron el Santísimo Sacramento; dieron la bendición. En el momento de la bendición en que se inclina uno por veneración, las que me habían cogido por los brazos me doblaron como por fuerza y las otras apoyaban las manos sobre mis espaldas. Yo notaba estos diferentes gestos, pero resultábame imposible adivinar el motivo de los mismos; por fin aclaróse todo.

Después de la bendición, el vicario general se despojó de su casulla, revistióse solamente con el alba y la estola y avanzó hacia los peldaños del altar donde yo estaba arrodillada; quedó en medio de los dos eclesiásticos, de espaldas al altar, sobre el que estaba expuesto el Santo Sacramento, y con el rostro vuelto hacia mí. Acercóse y díjome:

«Sor Susana, levántese.»

Las hermanas que me aguantaban levantáronme bruscamente; otras rodeáronme y me tenían ceñida como si tuviesen miedo de que escapase. El añadió:

«Que la desaten.»

No le obedecieron; fingían creer que era inconveniente, e incluso un peligro dejarme libre; pero ya le he dicho que aquel hombre era brusco: repitió con voz enérgica y dura.

Obedecieron.

Apenas tuve las manos libres lancé un gemido doloroso y agudo que le hizo palidecer, y las religiosas hipócritas que estaban cerca de mí apartáronse como aterrorizadas.

El se repuso; las hermanas regresaron como temblando; yo permanecí inmóvil y me dijo:

«¿Qué tiene usted?»

Le respondí mostrándole mis dos brazos; la cuerda con que los habían atado fuertemente había penetrado casi enteramente en la carne y estaban completamente violáceos debido a la sangre que no circulaba y que se había extravasado; comprendió que mi gemido había sido causado por el dolor súbito producido por la sangre que volvía a circular. Dijo:

«Quítenle el velo.»

Sin que yo lo notara, habíanlo cosido en diferentes sitios. Me causaron mucha molestia y violencia innecesarias; querían que aquel sacerdote me viese obsesionada, poseída o loca; no obstante, a fuerza de estirar el hilo cedió en varios sitios, el velo o mi hábito se desgarraron y quedé al descubierto.

Tengo un rostro interesante; el profundo dolor habíalo alterado, pero sin mengua alguna de sus rasgos; tengo un timbre de voz que impresiona; por mi expresión nótase

que lo que digo es la verdad. Estas cualidades reunidas movieron profundamente a compasión a los jóvenes acólitos del arcediano; en cuanto a él, ignoraba estos sentimientos. Justo, pero poco sensible, contábase en el número de los que, desgraciadamente, han nacido para practicar la virtud sin experimentar su dulzor; hacen el bien por espíritu de orden, tal como razonan. Tomó el extremo de su estola y poniéndolo sobre mi cabeza me dijo:

—Sor Susana, ¿cree usted en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo?

Yo contesté:

—Creo.

—¿Cree usted en nuestra madre la Santa Iglesia?

—Creo.

—¿Renuncia a Satanás y a sus obras?

En vez de responder hice un movimiento repentino hacia adelante, lancé un gran grito y el extremo de su estola separóse de mi cabeza. El turbóse, sus compañeros palidecieron; de las hermanas, unas huyeron y las restantes que estaban en sus sillas de coro las abandonaron con el mayor tumulto. El hizo seña de que se apaciguaran, mientras tanto me observaba; esperaba que sucediese alguna cosa extraordinaria. Le tranquilicé diciéndole:

—Señor, no es nada; una de estas religiosas me ha pinchado vivamente con algún objeto punzante —y levantando los ojos y las manos al cielo, añadí derramando un torrente de lágrimas—: Es que me han herido en el momento en que usted me preguntaba si renunciaba a Satanás y a sus pompas, y veo bien el porqué...

Todas protestaron por boca de la superiora, de que nadie me había tocado.

El arcediano volvió a ponerme el extremo de su estola sobre la cabeza; las religiosas iban a acercarse a mí de nuevo, pero les hizo signo de que se alejaran, y preguntóme otra vez si renunciaba a Satanás y a sus obras. Yo le respondí firmemente:

—Renuncio, renuncio.

Hizo que le trajeran un Cristo y me lo presentó para que lo besara; lo besé en los pies, en las manos y sobre la llaga del costado.

Ordenóme adorarlo en alta voz; lo coloqué en tierra y dije de rodillas:

—Dios y Salvador mío, que moristeis en la cruz por mis pecados y por todos los del género humano, te adoro, aplícame el mérito de los tormentos que sufriste; haz resbalar sobre mí una gota de la sangre que vertiste, y que quede purificada. Perdóname, Dios mío, como yo perdono a todos mis enemigos...

Replicóme en seguida:

«Haga un acto de fe...», y lo hice.

«Haga un acto de amor...», y lo hice.

«Haga un acto de esperanza...», y lo hice.

«Haga un acto de caridad...», y lo hice.

No recuerdo en qué términos estaban concebidos, pero creo que al parecer eran patéticos, ya que arranqué sollozos a algunas religiosas. Los dos jóvenes eclesiásticos derramaron lágrimas y el arcediano sorprendido preguntóme de dónde había sacado las oraciones que acababa de recitar.

Díjeme:

—Del fondo de mi corazón; son mis pensamientos y mis sentimientos; pongo a Dios, que en todas partes nos escucha y que está presente sobre este altar, por testigo. Soy cristiana, soy inocente; si he cometido algunas faltas, sólo Dios las conoce y nadie excepto El tiene derecho a pedirme cuenta de ellas y a castigarlas...

Al oír estas palabras lanzó una mirada terrible a la superiora.

Acabó el resto de esta ceremonia, en la que acababa de ser insultada la majestad de Dios, profanadas las cosas más santas, burlado el ministro de la Iglesia. Las religiosas se retiraron, excepto la superiora, yo y los jóvenes eclesiásticos. El arcediano sentóse y sacando la memoria que le habían presentado contra mí la leyó en voz alta y me interrogó sobre los artículos que contenía.

—¿Por qué no se confiesa usted?

—Porque me lo impiden.

—¿Por qué no se acerca a los Sacramentos?

—Porque me lo impiden.

—¿Por qué no asiste ni a la misa ni a los oficios divinos?

—Porque me lo impiden.

La superiora quiso tomar la palabra; él la interpeló a su manera:

—Señora, cállese... ¿Por qué sale usted por la noche de la celda?

—Porque me han privado de agua, de jarro y de los recipientes precisos para las necesidades naturales.

—¿Por qué por la noche se oye ruido en su dormitorio y en su celda?

—Porque hay quien se ocupa en privarme del reposo.

La superiora quiso todavía hablar, él la interpeló por segunda vez:

—Señora, ya le dije que se callara; usted responderá cuando le pregunte... ¿Qué es eso de una religiosa que arrancaron de sus manos y encontraron derribada en tierra en el corredor?

—Es la consecuencia del horror que le habían inspirado contra mí.

—¿Es amiga suya?

—No, señor.

—¿No ha entrado usted nunca en su celda?

—Nunca.

—¿Ha hecho usted algo indecente, con ella o con otras?

—Nunca.

—¿Por qué, pues, la relacionan con ella?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no cierra su celda?

—Porque he roto la cerradura.

—¿Por qué la rompió?

—Para abrir la puerta y asistir al oficio el día de la Ascensión.

—¿Dejóse usted, pues, ver por la iglesia aquel día?

—Sí, señor...

La superiora dijo:

—Señor, esto no es verdad; toda la comunidad...

Yo la interrumpí.

—Aseguraré que la puerta del coro estaba cerrada; que me hallaron prosternada ante esta puerta y que ordenó pasaran por encima de mí, como hicieron algunas; pero las perdono, y a usted, señora, de haberlo ordenado. No he venido para acusar a nadie, sino para defenderme.

—¿Por qué no tiene usted rosario ni crucifijo?

—Me los han quitado.

—¿Dónde está su breviario?

—Me lo han quitado.

—¿Cómo reza, entonces?

—Hago mi oración con el corazón y con mi alma, pese a que me han prohibido rezar.

—¿Quién le impuso esta prohibición?

—La señora...

La superiora iba a hablar aún.

—Señora —le dijo—, ¿es cierto o falso que usted le prohibió rezar? Diga sí o no.

—Creía y tenía razón para creer...

—No se trata de eso; ¿le prohibió rezar, sí o no?

—Se lo prohibí, pero...

Ella iba a continuar.

—Pero —prosiguió el arcediano —, pero... sor Susana, ¿por qué lleva los pies desnudos?

—Es que no me proporcionan ni medias ni zapatos.

—¿Por qué su ropa blanca y vestidos están en tal estado de vejez y suciedad?

—Es que hace más de tres meses que me niegan la ropa blanca y que me veo forzada a dormir vestida.

—¿Por qué duerme vestida?

—Es que no tengo ni cortinas, ni colchón, ni mantas, ni sábanas, ni ropa de noche.

—¿Y por qué no tiene?

—Porque me los han quitado.

—¿Es usted alimentada?

—Solicito serlo.

—¿Entonces, no lo es?

Callé y él añadió:

—Es increíble que hayan utilizado con usted tanta severidad, sin que haya cometido falta alguna que lo mereciese.

—Mi falta es no haber sido llamada al estado religioso y desdecirme de unos votos que no hice libremente.

—Toca a las leyes decidir este asunto, y sea cual sea la manera como éstas se pronuncien es preciso que, durante la espera, cumpla usted los deberes de la vida religiosa.

—Nadie, señor, es más exacto en su cumplimiento.

—Es necesario que goce de la suerte de todas sus compañeras.

—Es todo lo que pido.

—¿Tiene quejas de alguien?

—No señor, ya se lo dije; no he venido para acusar, sino para defenderme.

—Márchese.

—Señor, ¿a dónde debo ir?

—A la celda.

Di algunos pasos, luego volví atrás y me prosterné a los pies de la superiora y del arcediano.

—Y bien —me dijo— ¿qué hay?

Mostrándole la cabeza magullada en varios sitios, mis pies ensangrentados, mis

brazos lívidos y flacos, mi vestido sucio y desgarrado, le dije: usted lo ve.

Oigoles, señor marqués, a usted y a la mayor parte de los que leerán estas memorias: «¡Horrores tan multiplicados; tan variados y continuos!; ¡una sucesión de atrocidades tan rebuscadas en almas religiosas! Esto no es verosímil», dirán, y dice usted, y estoy de acuerdo, pero es cierto, ¡y que el cielo, a quien pongo por testigo, me juzgue con todo su rigor y me condene a los fuegos eternos si he permitido que la calumnia empañe una de mis líneas con la sombra más ligera! Pese a que he sufrido durante mucho tiempo cómo la aversión de una superiora era un violento estímulo para la perversidad natural, sobre todo cuando ésta podía convertirse en un mérito, jactarse y vanagloriarse de sus crímenes, el resentimiento no me impedirá ser justa. Cuanto más reflexiono, más me persuado de que lo que me sucede no había sucedido aún y tal vez no suceda jamás. Una vez (¡y plazca a Dios que ésta sea la primera y la última!) la Providencia, cuyos caminos son desconocidos, quiso reunir sobre una sola desventurada toda la masa de crueldades repartidas, en sus impenetrables decretos, sobre la infinita multitud de desgraciadas que la habían precedido en el claustro y que debían sucederle. He sufrido, he sufrido mucho; pero la suerte de las que me perseguían me parece y me ha parecido siempre más digna de lástima que la mía. Preferiría, hubiese preferido morir que abandonar mi papel a condición de aceptar el suyo. Mis sufrimientos acabarán, así lo espero de la bondad de usted; el recuerdo, la vergüenza y el remordimiento de su crimen perdurarán hasta la última hora. Ellas ya se acusan, no lo dude, y se acusarán toda su vida, y el terror descenderá consigo a sus tumbas. Mientras tanto, señor marqués, mi situación presente es deplorable, la vida es para mí una carga; soy mujer, débil de ánimo como las de mi sexo; Dios puede abandonarme; yo no siento en mí ni la fuerza ni el valor para soportar durante mucho tiempo lo que he soportado. Señor marqués, tema usted que no vuelva una hora fatal, y entonces, cuando sus ojos lloren mi destino, cuando le destrocen los remordimientos, no por eso saldré ya del abismo en que habré caído; éste se cerrará para siempre sobre una desesperada.

El arcediano ordenó que me marchase.

Uno de los eclesiásticos diome la mano para incorporarme y el arcediano añadió:

«La he interrogado a usted, voy a interrogar a su superiora y no saldré de aquí hasta que no esté restablecido el orden.»

Me retiré. Encontré el resto de la casa alarmado; todas las religiosas estaban sobre el umbral de sus celdas y hablaban entre sí de un lado a otro del corredor; tan pronto como aparecí se retiraron y formóse un largo estrépito de puertas que se cerraban una tras otra con violencia. Volví a entrar en mi celda; púseme de rodillas apoyada en el muro

y rogué a Dios que tuviera en cuenta la moderación con que había hablado al arcediano y que hiciera conocer a éste mi inocencia y la verdad.

Estaba rezando cuando el arcediano, sus dos compañeros y la superiora presentáronse en mi celda. Ya le dije que carecía de tapicería, de silla, estaba sin reclinatorio, sin cortinas, sin mantas ni sábanas, sin recipiente alguno, sin una puerta que cerrase, casi sin un cristal entero en mis ventanas. Me levanté y el arcediano, deteniéndose muy cerca y volviendo los ojos indignados a la superiora, le dijo:

—¿Y bien, señora?

Ella respondió:

—Lo ignoraba.

—¿Lo ignoraba? ¡Miente usted! ¿Ha pasado un día sin entrar aquí, acaso no bajaba de aquí cuando vino?... Sor Susana, diga usted. ¿No ha entrado hoy aquí la señora?

No respondí nada; él no insistió, pero los jóvenes eclesiásticos, con los brazos caídos, la cabeza baja y los ojos como fijos en tierra, dejaban bastante al descubierto su pena y su sorpresa. Salieron todos y oí al arcediano que decía a la superiora en el corredor:

«Es usted indigna de sus funciones; merecería ser depuesta. Presentaré mis quejas a monseñor. Que se repare todo este desorden antes de que me marche.»

Y mientras andaba, moviendo la cabeza, añadió:

«Es horrible. ¡Cristianas! ¡Religiosas! ¡Criaturas humanas! ¡Es horrible!»

Desde este momento no oí hablar más de nada, pero tuve ropa blanca, sábanas, mantas, recipientes, mi breviario, mis libros de piedad, mi rosario, mi crucifijo, cristales; en una palabra, todo lo que me devolvía al estado común de las religiosas; fueme también devuelta la libertad de ir al locutorio, pero sólo para mis asuntos.

Estos iban mal. El señor Manouri redactó la primera memoria, que causó poca sensación, pues había en ella demasiado ingenio, insuficiente patetismo y casi ninguna razón; no es preciso culpar de ello a este hábil abogado. Yo no quería en modo alguno que atacara la reputación de mis padres; quería que tratara con delicadeza al estado religioso y sobre todo al convento en que estaba; no quería que pintara a mis cuñados y hermanas con colores demasiado odiosos. No tenía en mi favor más que la primera protesta solemne, hecha, sin embargo, en otro convento y no renovada después. Cuando uno pone límites tan estrechos a su defensa y pleitea con partes que no ponen ningún límite a sus ataques, que pisotean lo justo y lo injusto, que afirman y niegan con igual imprudencia, que no enrojecen ante las imputaciones, las sospechas, la maledicencia ni

la calumnia, es difícil presentar con claridad el caso, sobre todo ante unos tribunales en los que la costumbre y el fastidio frente a los asuntos apenas permite que los más importantes sean examinados con algún escrúpulo; en los que los debates del carácter del mío son siempre mirados de manera desfavorable por el político, el cual teme que, basándose en el éxito de una religiosa que se retracta de sus votos, infinidad de otras se decidan a dar el mismo paso. Presienten secretamente que si se tolerara que las puertas de estas cárceles fuesen derribadas a favor de una desgraciada, intervendría la muchedumbre e intentaría forzarlas. Se ocupan en desanimarnos y hacer que nos resignemos todas a nuestra suerte, desesperadas de poder cambiarla. Me parece, no obstante, que en un estado bien gobernado debiera suceder lo contrario: entrar difícilmente en religión y poder salir fácilmente. ¿Y por qué no añadir este caso a tantos otros en los que el menor defecto formal anula un proceso, aunque sea justo? ¿Los conventos son, pues, tan esenciales para la constitución de un Estado? ¿Instituyó Cristo a los monjes y a los religiosos? ¿La Iglesia no puede, acaso, prescindir de ellos en absoluto? ¿Qué necesidad tiene el Estado de tantas vírgenes enloquecidas, y la especie humana de tantas víctimas? ¿No se percibirá nunca la necesidad de reducir la abertura de estas simas donde van a perderse futuras generaciones? ¿Todas las oraciones rutinarias que allí se hacen, valen acaso lo que una limosna que la conmiseración da a un pobre? Dios, que creó sociable al hombre, ¿aprueba que se le encierre? Dios, que lo creó tan inconstante y frágil, ¿puede autorizar la inseguridad de sus votos? Estos votos, contrarios a la inclinación general de la naturaleza, ¿pueden nunca ser cumplidamente observados excepto por algunas criaturas mal constituidas en las que los gérmenes de las pasiones están marchitos, y que con razón serían consideradas como monstruos si nuestras luces nos permitieran conocer tan fácilmente y tan bien la estructura interior del hombre como su forma exterior? ¿Todas estas ceremonias lúgubres que se observan en la toma de hábito y en la profesión de éstos, al consagrar un hombre o una mujer a la vida monástica y a la desgracia, suspenden acaso las funciones fisiológicas? Al contrario, ¿no se despiertan éstas en el silencio, la sujeción y la ociosidad con una violencia desconocida a la gente del mundo ocupada en una multitud de distracciones? ¿Donde se ven mentes obsesionadas por espectros impuros que las siguen y las perturban? ¿Donde este profundo fastidio, esa palidez, ese enflaquecer, todos los síntomas de la naturaleza que languidece y se consume? ¿Donde las noches son turbadas por los gemidos, los días empapados de lágrimas derramadas sin motivo, precedidas de una melancolía que nadie sabe a qué atribuir? ¿Donde la naturaleza, sublevada por una sujeción para la que no está hecha, rompe los obstáculos que se le oponen, tórñase furiosa y lanza la economía

animal a un desorden que no tiene ya remedio? ¿En qué sitio la tristeza y el mal humor han aniquilado todas las cualidades sociales? ¿Donde no existe padre, ni hermano, ni hermana, ni amigo? ¿Donde el hombre, al considerarse sólo como ser de un instante fugaz, trata las relaciones más dulces de este mundo como un viajero los objetos que encuentra, sin afección? ¿Donde está la sede del odio, del hastío y de los enervantes? ¿Donde el lugar de la servitud y del despotismo? ¿Donde los odios que nunca se extinguen? ¿Donde las pasiones encubiertas en el silencio? ¿Donde la morada de la crueldad y de la curiosidad? Nadie conoce la historia de estos asilos, decía a continuación el señor Manouri en su defensa; nadie la conoce. Añadía en otro lugar: «Hacer voto de pobreza es comprometerse mediante juramento a ser perezoso y ladrón; hacer voto de castidad equivale a prometer a Dios la infracción constante de la más sabia y más importante de sus leyes; hacer voto de obediencia es renunciar a la prerrogativa inalienable del hombre: la libertad. Si uno observa estos votos es un criminal; si no los observa, perjuro. La vida claustral es propia de un fanático o de un hipócrita.»

Una joven pidió permiso a sus padres para entrar entre nosotras. Su padre le dijo que consentía, pero que le daba tres años para pensarlo. Tal disposición pareció dura a la joven, llena de fervor; sin embargo, no le quedó más remedio que someterse. No habiéndose desmentido en su vocación, volvió a su padre y le dijo que habían transcurrido los tres años. «Muy bien, hija mía, te fijé tres años para probarte, espero que querrás otorgarme otros tantos para decidirme.» Esto le pareció aún mucho más duro y vertió lágrimas; pero el padre era hombre enérgico, que se mantuvo firme. Al cabo de seis años entró y profesó. Era una buena religiosa, sencilla, piadosa; exacta en todos sus deberes; sucedió, empero, que los directores espirituales abusaron de su franqueza para informarse en el tribunal de la penitencia de lo que pasaba en el convento. Nuestras superiores se dieron cuenta; fue encerrada, privada de las prácticas religiosas; volvióse loca a consecuencia de ello. ¿Y cómo podía resistir su mente las persecuciones de cincuenta personas ocupadas en atormentarle desde que comienza el día hasta que acaba? Antes tendieron a su madre una trampa que indica bien la avaricia de los claustros. Inspiraron a la madre de esta reclusa el deseo de entrar en la casa y de visitar la celda de su hija. Ella dirigióse al vicario general, quien concedióle el permiso que solicitaba. Entró, corrió a la celda de su hija pero ¡cuál fue su asombro al no ver en ella más que las cuatro paredes desnudas! Se lo habían llevado todo. No tenían la menor duda de que aquella madre tierna y sensible no dejaría a su hija en aquel estado; en efecto, amuebló de nuevo la celda, volvió a equiparla de vestidos y ropa blanca y protestó ante las religiosas diciendo que aquella curiosidad le costaba demasiado cara para

tenerla por segunda vez..., y que tres o cuatro visitas al año como aquélla arruinarían a sus hermanos y hermanas... Allí la ambición y el lujo sacrifican un miembro de la familia para proporcionar a las otras mayor felicidad; aquello es la sentina donde es arrojado el desecho de la sociedad. ¡Cuántas madres como la mía expían por medio de otro un *crimen secreto!*

El señor Manouri redactó una segunda memoria que causó un poco más de efecto. Instamos vivamente; ofrecí una vez más a mis hermanas dejarles en posesión total y segura de la herencia de mis padres. Hubo un momento en que mi proceso tomó el sesgo más favorable y en que esperé la libertad; pero sólo quedé más cruelmente frustrada; mi asunto fue juzgado y perdido en la Audiencia. Toda la comunidad estaba informada de ello; yo, en cambio, lo ignoraba. Reinaba la agitación, el tumulto, la alegría, había pequeñas conversaciones secretas, idas y venidas a la celda de la superiora y de unas religiosas a las de las otras. Yo estaba muy asustada; no podía permanecer en mi celda ni salir de ella; no tenía ninguna amiga en cuyos brazos poder arrojarme. ¡Oh qué cruel madrugada la del día de aquel juicio! Quería rezar, pero no podía; arrodillábame, concentrábame, comenzaba una oración, pero mi pensamiento volaba pronto, a pesar mío, hacia mis jueces: los veía, escuchaba a los abogados, me dirigía a ellos, interrogaban al mío, encontraba que mi causa era mal defendida. No conocía a ninguno de los magistrados y, sin embargo, me los imaginaba de todas las maneras posibles: unos favorables, otros siniestros, otros indiferentes; sentía una agitación, una turbación de ideas inconcebible. Al estrépito siguió un gran silencio; las religiosas ya no hablaban entre sí, parecióme que tenían en el coro la voz más brillante que de ordinario, al menos las que cantaban; las otras no cantaban; al salir del oficio se retiraron en silencio. Persuadíme de que la espera las inquietaba tanto como a mí; pero por la tarde el ruido y la agitación rebrotó súbitamente por todos lados; oí puertas que se abrían y cerraban, religiosas que iban y venían, murmullo de personas que hablaban bajo. Apliqué el oído a mi cerradura, pero me pareció que se callaban al pasar y que andaban de puntillas. Presentí que había perdido el proceso, no lo dudé ni un instante. Púseme a dar vueltas dentro de mi celda, sin hablar; me ahogaba, no podía quejarme, cruzaba los brazos sobre la cabeza, apoyaba la frente unas veces contra un muro, otras contra el otro; quería descansar sobre mi cama, pero impedíamelo la agitación del corazón. Es cierto que oía sus latidos y que éstos levantaban mi hábito. Así me encontraba cuando vinieron a decirme que alguien preguntaba por mí. Bajé, no osaba andar. La que me había avisado estaba tan contenta que pensé que la noticia que me traían sólo podía ser muy triste; fui, a pesar de todo. Una vez en la puerta del locutorio, detúveme un instante y me refugié en

un rincón oculto entre dos muros; no podía sostenerme, no obstante entré. No había nadie; esperé; habían impedido que el que me había hecho llamar compareciese ante mí; sospechaban, con razón, que era un emisario de mi abogado; querían saber lo que pasaría entre nosotros y se habían reunido para escuchar. Cuando apareció, yo estaba sentada, la cabeza inclinada sobre mi brazo y apoyada en los barrotes de la reja.

—Es de parte del señor Manouri —me dijo.

—¿Es —le respondí— para comunicarme que he perdido el proceso?

—Señora, no lo sé, pero me ha dado esta carta. Tenía un aire afligido al encomendármela y he venido a rienda suelta, tal como me encargó.

—Démela...

Diome la carta y yo la cogí sin cambiar de sitio y sin mirarle; la puse sobre mis rodillas y permanecí como estaba. Entretanto, aquel hombre me preguntó: «¿No hay contestación?»

—No —le dije— puede marcharse.

Marchóse y quedé en el mismo sitio sin poder moverme ni decidirme a salir.

En el convento no está permitido escribir ni recibir cartas sin permiso de la superiora, a la que hay que entregar las que se reciben y las que se escriben. Era, pues, preciso llevarle la mía. Púseme en camino con este propósito, creí que no llegaría nunca. Un condenado que sale del calabozo para ir a escuchar la sentencia no andaría más lentamente ni más abatido. No obstante, llegué ante su puerta. Las religiosas me examinaban de lejos; no querían perder nada del espectáculo de mi dolor y de mi humillación. Golpeé, abrieron. La superiora estaba en compañía de algunas religiosas; me di cuenta por los bajos de sus hábitos, pues no osé levantar los ojos, le presenté la carta con mano vacilante; tomóla, la leyó y me la devolvió. Regresé a mi celda; me arrojé sobre la cama con la carta a mi lado y quédeme allí sin leerla, sin levantarme para ir a comer, sin hacer movimiento alguno hasta el oficio de la tarde. A las tres y media, la campana avisóme que debía bajar. Algunas religiosas ya habían llegado; la superiora estaba a la entrada del coro; me detuvo, me ordenó que me arrodillara fuera; el resto de la comunidad entró y cerraron la puerta. Después del oficio salieron todas; las dejé pasar; me levanté para seguir a la última. A partir de aquel momento comencé a conformarme con cuanto se les antojara: acababan de prohibirme la entrada a la iglesia, y me abstuve yo misma de ir al refectorio y al recreo. Examiné mi condición desde todos los puntos de vista y sólo vi solución en la utilización de mi sagacidad y en mi sumisión. Me hubiese contentado con la especie de olvido en que me dejaron durante varios días. Tuve algunas visitas, pero únicamente me permitieron recibir la del señor Manouri. Al entrar en el

locutorio hállele precisamente en la misma postura en que yo estaba al recibir a su emisario, la cabeza colocada sobre los brazos, y los brazos apoyados contra la reja. Reco-nocíle, no le dije nada. El no se atrevía a mirarme ni a hablar.

—Señora —me dijo sin inmutarse— le escribí; ¿ha leído mi carta?

—La recibí, pero no la he leído.

—Ignora entonces...

—No, señor, no ignoro nada, he adivinado mi suerte y estoy resignada.

—¿Cómo la tratan?

—Todavía no piensan en mí; pero el pasado me enseña lo que el porvenir me depara. Sólo tengo un consuelo y es que privada de la esperanza que me sostenía, es imposible que sufra tanto como ya he sufrido; moriré. La falta que he cometido no es de las que se perdonan aquí. No pido a Dios que ablande el corazón de aquéllas a cuya discreción plácele abandonarme, sino que me conceda fuerza para sufrir, que me salve de la desesperación y que me llame a Sí pronto.

—Señora —me dijo llorando —, no hubiese hecho más si fuese usted mi propia hermana...

Es un hombre de corazón sensible.

—Señora —añadió—, disponga de mí si puedo serle útil en algo. Veré al primer presidente, el cual me tiene en estima; veré al vicario general y al arzobispo.

—Señor, no visite a nadie, todo ha terminado.

—Pero ¿y si fuera posible cambiarle de convento?

—Hay demasiados obstáculos.

—¿Cuáles son estos obstáculos?

—Un permiso difícil de obtener, conseguir una dote nueva o retirar la vieja de este convento. Y, además, ¿qué encontraré en otro? A mi propio corazón inflexible, superiores inmovibles, religiosas que no serán mejores que las de aquí, los mismos deberes, las mismas penalidades. Vale más que acabe aquí mis días; aquí serán más breves.

—Pero, señora, muchas personas honradas se interesan por usted, la mayor parte son opulentas; nadie la detendrá aquí si se marcha sin llevarse nada.

—Lo creo.

—Una religiosa que sale o que muere aumenta el bienestar de las que quedan.

—Pero esta gente honrada, esta gente opulenta ya no piensan en mí y las encontrará usted bien frías cuando se trate de dotarme a sus expensas. ¿Por qué pretende que sea más fácil a la gente de mundo sacar del claustro a una religiosa sin vocación, que a las personas piadosas hacer que entre en él una realmente llamada? ¿Es

que acaso estas últimas son dotadas fácilmente? ¡ Ay, señor!, todo el mundo se ha retirado después de la pérdida de mi causa; yo ya no veo a nadie.

—Señora, encárgueme solamente de este asunto; quedaría por ello sumamente complacido.

—Nada pido, nada espero, a nada me opongo. Fracasó el único recurso que me quedaba. Si pudiera tan sólo prometerme que Dios me cambiara y que las cualidades del estado religioso sucediesen en mi alma a la esperanza de abandonarlo, que ya he perdido... Pero esto es imposible; este hábito se ha adherido a mi piel, a mis huesos, y esto aún me incomoda más. ¡Ah, qué suerte! ¡Ser religiosa para siempre y sentir que una no pasará nunca de ser más que una mala religiosa! ¡Pasar toda la vida golpeándose la cabeza contra los barrotes de su prisión!

Al llegar aquí me puse a gritar, quería ahogar mis gritos, pero no podía. El señor Manouri, sorprendido de este arranque, me dijo:

—Señora, ¿me atreveré a haceros una pregunta?

—Hacedla, señor.

—Un dolor tan agudo, ¿no tendría tal vez algún motivo secreto?

—No, señor. Odio la vida solitaria, siento que la odio, que la odiaré siempre. Yo no sabría sujetarme a todas las miserias que llenan la jornada de una reclusa: es un tejido de puerilidades que desprecio; me hubiera acostumbrado si hubiese podido; he intentado imponérmelas mil veces, doblegarme a la voluntad del Señor, no he podido. He envidiado, he pedido a Dios la feliz imbecilidad de alma de mis compañeras; no la he obtenido ni me la concederá. Todo lo hago mal, lo digo todo al revés. La falta de vocación se manifiesta en todas mis acciones, es evidente; en todo momento insulto la vida monástica; llaman orgullo a mi ineptitud; ocúpense en humillarme; las faltas y los castigos se multiplican hasta el infinito y paso los días midiendo con los ojos la altura de los muros.

—Señora, no podré derribarlos, pero puedo hacer otra cosa.

—Señor, no intente nada.

—Es necesario cambiar de convento, yo me ocuparé de ello. Vendré a verla; espero que no me la oculten. Tendrá usted continuamente noticias mías. Esté segura de que, si consiente, conseguiré sacarla de aquí. Si emplearan con usted de excesiva severidad, no permita que lo ignore.

Era tarde cuando el señor Manouri partió. Yo regresé a mi celda. No tardaron en llamar para el oficio vespertino. Fui una de las primeras en llegar; dejé pasar a las religiosas y consideré, como le he dicho, que debía quedarme en la puerta; en efecto, la superiora cerróla sobre mí. Por la noche, en la cena me hizo signo, al entrar, de que me

sentara en tierra en medio del refectorio; obedecí y no me sirvieron más que pan y agua; comí un poco que mojé con algunas lágrimas. Al día siguiente tuvieron junta; llamóse a toda la comunidad para juzgarme y me condenaron a ser privada del recreo, a oír durante un mes el oficio a la puerta del coro, a comer en tierra en medio del refectorio, a cantar la palinodia tres días seguidos, a renovar mi toma de hábito y mis votos, a llevar cilicio, a ayunar un día de cada dos y a disciplinarme después del oficio vespertino de todos los viernes. Yo estaba arrodillada con el velo bajado, mientras pronunciaban esta sentencia.

Al día siguiente, la superiora vino a mi celda con una religiosa que llevaba sobre el brazo un cilicio y aquella túnica de paño burdo con que me vistieron cuando me llevaron a la mazmorra. Comprendí lo que aquello significaba; desnúdeme, o mejor dicho, arrancáronme el velo y me desnudaron, y vestí aquella túnica. Tenía la cabeza descubierta, los pies desnudos, mis largos cabellos caían sobre la espalda y todo mi vestido reducíase al cilicio que me dieron, una camisa muy dura y aquella larga túnica que comenzaba bajo el cuello y me llegaba hasta los pies. Así quedé vestida durante el resto del día y así comparecí a todos los ejercicios. Al atardecer, cuando me hube retirado a mi celda, oí que se acercaban cantando las letanías; era todo el convento formado en dos hileras. Entraron, presénteme; me pasaron una cuerda por el cuello, pusiéronme en la mano una antorcha encendida y una disciplina en la otra. Una religiosa tomó la cuerda por el extremo, tiró de ella y entre las dos hileras inicióse la procesión hacia un pequeño oratorio interior consagrado a Santa María. Habían venido cantando en voz baja, regresaron en silencio. Cuando hube llegado a este pequeño oratorio, iluminado por dos luces, me ordenaron que pidiera perdón a Dios y a la comunidad del escándalo que había causado; la religiosa que me conducía me decía muy bajo todo lo que era preciso que repitiera, y yo lo repetía palabra por palabra. Después de esto quitáronme la cuerda, desnudáronme hasta la cintura, recogieron mis cabellos que estaban esparcidos sobre mis espaldas, los echaron sobre un lado del cuello, me pusieron en la mano derecha la disciplina que llevaba en la otra y comenzaron el *Miserere*. Comprendí lo que esperaban de mí y lo ejecuté. Acabado el *Miserere*, la superiora hizome una breve exhortación; apagaron las luces, retiráronse las religiosas y volví a vestirme.

Cuando entré de nuevo en mi celda sentí violentos dolores en los pies; miré, estaban todos ensangrentados debido a las cortaduras producidas por los trozos de vidrio que habían tenido la ruindad de esparcir por mi camino.

Canté la palinodia, de la misma manera, los dos días siguientes; solamente el último añadieron un salmo al *Miserere*.

El cuarto día me devolvieron el hábito de religiosa, más o menos con la misma

ceremonia que se da a esta solemnidad, cuando es pública.

El quinto, renové mis votos. Cumplí durante un mes el resto de la penitencia que habíame sido impuesta, después de lo cual volví a entrar poco a poco en el orden común de la comunidad. Volví a ocupar mi puesto en el coro y en el refectorio, y ocupábame, cuando llegaba mi turno, en las diferentes funciones de la casa. Pero ¡cuál fue mi sorpresa al poner los ojos sobre aquella amiga joven que se interesaba por mi suerte! Parecióme casi tan cambiada como yo; estaba terriblemente delgada; tenía sobre su rostro la palidez de la muerte, los labios blancos y los ojos casi apagados.

—¿Sor Úrsula —le pregunté muy bajito— qué tiene usted?

—¿Qué tengo? —respondióme— la amo... ¡y me lo pregunta! Era hora de que acabara su suplicio, yo hubiese muerto.

Si los últimos días en que canté la palinodia no había tenido los pies heridos, era que ella había tenido la atención de barrer furtivamente los corredores y arrojar a derecha y a izquierda los trozos de vidrio. Los días en que yo estaba condenada a ayunar a pan y agua, ella privábase de parte de su ración, que envolvía en un lienzo blanco y arrojaba en mi celda. Habían sacado a suertes qué religiosa me conduciría con la cuerda, y la suerte había caído sobre ella: tuvo la entereza de ir a ver a la superiora y protestar ante ella que estaría mucho antes resuelta a morir que a esta infame y cruel función. Afortunadamente, esta muchacha era de una familia influyente; disfrutaba de una fuerte pensión que empleaba a gusto de la superiora y halló, por algunas libras de azúcar y de café, una religiosa que ocupara su puesto. No me atrevería a pensar que la mano de Dios descargó su peso sobre esta indigna; volvióse loca y está encerrada; pero la superiora vive, gobierna, atormenta y goza de buena salud.

Era imposible que la mía resistiese tan largas y duras pruebas; caí enferma. Fue en esta circunstancia cuando la hermana Úrsula mostró toda la amistad que me profesaba; le debo la vida. No era un bien lo que me hacía, y algunas veces ella misma me lo confesaba. No obstante, no había ninguna clase de servicio que no me prestase los días en que estaba en la enfermería; los otros días tampoco me faltaban sus cuidados, bien directamente, bien gracias a las pequeñas recompensas que distribuía entre las que me velaban y según los sentimientos que yo despertaba en ellas. Había solicitado asistirme durante la noche, y la superiora se lo había denegado bajo pretexto de que era demasiado delicada para soportar esta fatiga; esto le produjo un verdadero dolor. Todos sus cuidados no impidieron el progreso de la enfermedad; quedé reducida al último extremo; recibí los últimos sacramentos. Unos momentos antes solicité ver reunida a la comunidad, lo que me fue concedido. Las religiosas rodearon mi lecho, la superiora

estaba en medio de ellas; mi joven amiga estaba en la cabecera y me tenía cogida una mano que regaba con sus lágrimas. Supusieron que tenía algo que decir, me levantaron y sostuvieron en mi silla con ayuda de dos almohadas. Entonces, dirigiéndome a la superiora, le rogué que me otorgara su bendición y olvidara las faltas que había cometido; pedí perdón a todas mis compañeras del escándalo que había dado. Había hecho llevar a mi lado una infinidad de bagatelas que adornaban mi celda o que eran de mi uso particular, y rogué a la superiora que me permitiese disponer de ellas. Ella consintió, y las di a las que habían sido sus satélites cuando me arrojó en el calabozo. Hice que se acercara la religiosa que me había conducido con la cuerda el día que canté la palinodia, y le dije abrazándola y presentándole mi rosario y mi Cristo: Querida hermana, acuérdate de mí en sus oraciones y esté segura de que no la olvidaré ante Dios... ¿Y por qué Dios no me llevó en aquel momento? Iba a El sin inquietud. ¡Es una felicidad tan grande! ¿Quién puede desearlo dos veces? ¿Quién sabe lo que seré en el último momento? Sin embargo, deberé enfrentarme con El. ¡Pueda Dios renovar aún mis penas y concederme mi último instante tan tranquilo como aquél! Veía los cielos abiertos, y, sin duda, lo estaban, pues en ese momento la conciencia no engaña, y a mí me prometía una felicidad eterna.

Después de haber recibido los sacramentos caí en una especie de letargo; desesperaron de mí durante toda aquella noche. Venían de tanto en tanto a tomarme el pulso; sentía ponerse manos sobre mi rostro, y oía diferentes voces que decían como de lejos: «Se marcha... su nariz está fría... no llegará a mañana... Quédese con el rosario y el Cristo...» Y otra voz, irritada, que decía: «Alejaos, alejaos, dejadla morir en paz; ¿no la habéis atormentado bastante?...» Fue un momento muy dulce para mí, al salir de esta crisis y volver a abrir los ojos, encontrarme en los brazos de mi amiga. No me había abandonado; había pasado la noche asistiéndome, repitiendo las plegarias de los agonizantes, haciéndome besar el crucifijo, acercándolo a sus labios después de separarlo de los míos. Creyó, al verme abrir mucho los ojos y lanzar un profundo suspiro, que se trataba del último y púsose a gritar, a llamarme su amiga, a decir: «¡ Dios mío, ten piedad de ella y de mí! ¡ Dios mío, recibe su alma! ¡Querida amiga!, cuando estés ante Dios acuérdate de sor Úrsula...» Yo la miré sonriendo tristemente, derramando una lágrima y estrechándole la mano.

El doctor Bouvard llegó en este instante; es el médico de la casa; este hombre es hábil, según dicen, pero es déspota, orgulloso y duro. Alejó a mi amiga con violencia; tentóme el pulso y la piel; iba acompañado de la superiora y de sus favoritas. Hizo algunas preguntas monosilábicas sobre lo que había pasado; respondió: «Saldrá con

bien.» Y mirando a la superiora, a quien estas palabras no agradaron mucho: «Sí, señora —le dije—, saldrá con bien; la piel está bien, la fiebre ha bajado y la vida empieza a apuntar en sus ojos.»

A cada una de estas palabras extendíase la alegría en el rostro de mi amiga, y no sé qué extraño enfado en el de la superiora y sus compañeras que, aunque reprimido, disimulábase mal.

—Señor, le dije, yo no quiero vivir.

—Mucho peor —me respondió; después dio alguna orden y salió. Me dijeron que durante mi letargo había dicho varias veces: ¡Querida madre, vengo a reunirme contigo!, te lo contaré todo. Al parecer me dirigía a mi antigua superiora, no lo dudo. No regalé a nadie su retrato, deseaba llevarlo conmigo a la tumba.

El pronóstico del señor Bouvard se cumplió; disminuyó la fiebre, unos sudores abundantes acabaron de quitármela y nadie dudó ya de mi curación. Sané, en efecto, pero tuve una convalecencia muy larga. Estaba escrito que yo debería sufrir en aquella casa todas las penalidades que es posible soportar. Había algo de maligno en mi enfermedad. La hermana Úrsula apenas se había separado de mí, y cuando comencé a recuperar las fuerzas, agotáronse las suyas; alteráronse sus digestiones, por la tarde sufría desmayos que duraban a veces un cuarto de hora. Entonces parecía como muerta, su vista se extinguía, un sudor frío le cubría la frente y concentrábase en gotas que se deslizaban a lo largo de sus mejillas; sus brazos, sin movimiento, colgaban a ambos lados. Sólo se aliviaba un poco desabrochándole y aflojando sus vestidos. Cuando tornaba en sí de este desmayo, su primera idea era buscarme a ambos lados, y allí me encontraba siempre. Algunas veces, cuando tenía aún conocimiento, llevaba la mano en torno suyo sin abrir los ojos. A las religiosas que estrechaban su mano no las reconocía, y eran estas mismas, al ver que dejaba de tantear en el aire, las que me decían: «Sor Susana, es a usted a la que quiere, acérquese, pues...» Yo me arrojaba a sus pies, llevaba su mano sobre mi frente, y allí quedaba hasta el fin del desmayo. Cuando volvía en sí me decía: «¡Pues bien!, sor Susana, seré yo quien partirá y usted quien quedará; seré yo la primera en volverla a ver, le hablaré de usted, no me escuchará sin llorar. Si hay lágrimas amargas, las hay también bien dulces, y si allá arriba aman, ¿por qué no tienen que llorar?» Entonces inclinaba su cabeza sobre mi cuello, derramaba abundantes lágrimas y añadía: «Adiós, sor Susana, adiós amiga mía; ¿quién compartirá sus penas cuando ya no exista? ¿Quién hay que...? ¡Ay, querida amiga, cuánto te compadezco! Me voy, lo noto, me voy. Si fuera usted feliz, ¡cuánto sentiría morir!»

Su estado me espantaba. Hablé con la superiora. Quería que la pusiesen en la

enfermería, que la dispensasen de los oficios y de otros ejercicios penosos del convento, que llamaran a un médico; pero me respondieron siempre que aquello no era nada, que los desmayos pasaban solos, y la querida hermana Úrsula sólo deseaba cumplir todos sus deberes y seguir la vida de comunidad. Un día, después de los maitines, a los que había asistido, no apareció. Pensé que estaba muy mal; acabó el oficio de la mañana, volé a su celda, encontréla tumbada sobre la cama completamente vestida. Me dijo: «¿Tú aquí, querida amiga? No dudaba que no tardarías en venir y te esperaba. Escúchame. ¡Qué impaciencia tenía de que vinieses! Mi desmayo ha sido tan fuerte y tan largo que creí no despertar y que no te volvería a ver. Ten, he aquí la llave de mi oratorio, abre el armario, levanta una pequeña tabla que separa en dos partes el cajón de abajo; encontrarás detrás de esta tabla un paquete de papeles; nunca he podido decidirme a desprenderme de ellos, por peligro que corriera en guardarlos y dolor que sintiese al releerlos. ¡Ay!, están casi borrados por mis lágrimas; cuando ya no exista, los quemarás...»

Estaba tan débil y afligida, que no pudo pronunciar seguidas dos de estas palabras; deteníase casi en cada sílaba, y después hablaba tan bajo que me costaba esfuerzo oírlo, pese a que mi oído estaba casi pegado a su boca. Tomé la llave, mostréle con el dedo el oratorio, y con la cabeza me hizo seña de que sí; seguidamente, presintiendo que iba a perderla, y persuadida de que su enfermedad era consecuencia o de la mía, o de la aflicción que había sufrido, o de los cuidados que me había procurado, me puse a llorar y besarle la frente, los ojos, la cara, las manos; le pedí perdón. Sin embargo, estaba como distraída, no me escuchaba; una de sus manos reposaba sobre mi rostro y me acariciaba; creo que ya no me veía, es posible que incluso creyese que había salido, pues me llamó:

—¿Sor Susana?

—Heme aquí —le dije.

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—¡Las once y media! Váyase a comer; vaya, vuelva en seguida...

Llamaron para comer, fue preciso dejarla. Cuando estuve en la puerta, volvió a llamarme, volví; hizo un esfuerzo para ofrecirme sus mejillas, las besé; cogióme la mano, parecía que no quería, que no podía abandonarme. «Sin embargo, es preciso —dijo soltándome—, Dios lo quiere; adiós, sor Susana. Déme mi crucifijo...» Puse el mío en sus manos y me marché.

Estábamos a punto de levantarnos de la mesa. Me dirigí a la madre superiora, le

hablé en presencia de todas las religiosas, del peligro de la hermana Úrsula, la apremié para que juzgase por sí misma. «Y bien —dijo ella—, hay que verla.» Subió, acompañada de algunas otras; yo las seguí; entraron en su celda; la pobre hermana ya no existía; estaba tendida sobre la cama, totalmente vestida, la cabeza inclinada sobre la almohada, entreabierta la boca, los ojos cerrados y el crucifijo entre las manos. La superiora miróla fríamente y dijo: «Está muerta. ¿Quién la hubiese creído tan próxima a su fin? Era una muchacha excelente; que vayan a tocar las campanas por ella y que la amortajen.»

Yo quedé sola a su cabecera. No sabría pintarle mi dolor; no obstante, envidiaba su suerte. Me acerqué a ella, llórela, la besé varias veces y puse la sábana sobre su rostro, cuyos rasgos comenzaban a alterarse; a continuación pensé poner en ejecución lo que ella me había recomendado. Para no ser interrumpida, esperé que todo el mundo estuviese en el oficio: abrí el oratorio, derribé la tabla y hallé un rollo de papeles bastante considerable que quemé después de anochecer. Aquella joven fue siempre melancólica; no recuerdo haberla visto sonreír, excepto una vez, durante su enfermedad.

Heme, pues, sola en aquella casa, en el mundo, pues no conocía a nadie que se interesara por mí. No había oído hablar más del abogado, señor Manouri; presumía, o que había encontrado dificultades, o que, distraído en sus diversiones o por sus ocupaciones, las ofertas que me había hecho estaban bien lejos de su memoria. No se lo reprochaba mucho: tengo un carácter propenso a la indulgencia; a los hombres se lo puedo perdonar todo, excepto la injusticia, la ingratitud y la inhumanidad. Excusaba, pues, al abogado Manouri en lo que podía, y a toda la gente de mundo que habían mostrado tanta vehemencia durante el curso de mi proceso y para las que yo ya no existía, y a usted mismo, señor marqués, cuando nuestros superiores eclesiásticos hicieron una visita al convento.

Entran, recorren las celdas, interrogan a las religiosas, exigen que se les rinda cuenta de la administración temporal y espiritual, y según el interés que ponen, reparan o aumentan el desorden. Volví a ver, pues, al honrado y duro señor Hebert, con sus dos jóvenes y compasivos acólitos. Recordaron, al parecer, el estado deplorable en que en otra ocasión comparecí ante ellos; sus ojos se humedecieron, y noté en su rostro el enternecimiento y la alegría. El señor Hebert sentóse y me hizo sentar frente a frente; sus dos compañeros permanecían de pie detrás de su silla; sus miradas estaban fijas en mí. El señor Hebert me dijo:

—¡Bien!, Susana, ¿cómo la tratan ahora?

—Señor, me olvidan.

—Tanto mejor.

—Es también todo lo que deseo; pero tendría una gracia importante que pedirle: que llamen aquí a mi madre superiora.

—Y ¿por qué?

—Es que si se da el caso de que alguien formule a usted alguna queja en contra suya, no dejará de acusarme por ello.

—Comprendo; pero dígame siempre lo que sepa.

—Señor, suplicóle que la haga llamar y que oiga ella misma sus preguntas y mis respuestas.

—Siga hablando.

—Señor, me perderá usted.

—No, no tema nada; a partir de hoy no está bajo su autoridad; antes de acabar esta semana será trasladada a Santa Eutropia, cerca de Arpajon. Tiene un buen amigo...

—¿Un buen amigo, señor?, no conozco ninguno.

—Es su abogado.

—¿El señor Manouri?

—El mismo.

—No creía que se acordara aún de mí.

—Ha visto a sus hermanas; ha visitado al señor arzobispo, al primer presidente, a todas las personas conocidas por su piedad; la ha dotado a usted en el convento que acabo de mencionarle, y sólo permanecerá aquí un momento. Así que si tiene noticia de algún desorden, puede informarme sin comprometerse; se lo ordeno por santa obediencia.

—No conozco ninguno.

—¡Qué! ¿Han tenido con usted algún comedimiento después de la pérdida de su proceso?

—Creyóse, y tuvimos que creer, que yo había cometido una falta al retractarme de mis votos, y me hicieron pedir perdón a Dios por ello.

—Son, empero, las circunstancias de este perdón lo que yo quisiera saber...

Y al decir estas palabras sacudía la cabeza, fruncía las cejas. Pensé que estaba pendiente de mí para devolver a la superiora parte de los golpes que ella me había hecho dar; pero no era éste mi propósito. El arcediano vio que de mí no sabría nada, y salió recomendándome que guardara secreto sobre lo que me había confiado en cuanto a mi traslado a Santa Eutropia, en Arpajon.

Cuando el buen Hebert marchaba solo por el corredor, sus dos compañeros se volvieron y me saludaron con un aire muy afectuoso y dulce. No sé quiénes son, pero

quiera Dios conservarles este carácter tierno y misericordioso, tan extraño en su estado, y que tanto conviene a los depositarios de la debilidad del hombre y a los que impetran la misericordia de Dios. Pensé que el señor Hebert estaría ocupado en consolar, interrogar o en reprender a alguna otra religiosa, cuando volvió a entrar en mi celda. Me dijo:

—¿De qué conoce al señor Manouri?

—De mi proceso.

—¿Quién se lo recomendó como abogado?

—La señora presidenta.

—¿Ha sido necesario que conferenciara con él con frecuencia en el transcurso de su proceso?

—No, señor, lo he visto poco.

—¿Cómo le informó usted?

—Por medio de algunas memorias escritas de mi propia mano.

—¿Tiene copia de esas memorias?

—No, señor.

—¿Quién cuidaba de remitírselas?

—La señora presidenta.

—¿Y de qué la conocía usted?

—La conocía a través de sor Úrsula, amiga mía y pariente suya.

—¿Ha visto al señor Manouri desde la pérdida del proceso?

—Una vez.

—Es bien poco. ¿No le ha escrito a usted?

—No, señor.

—¿Y usted no le ha escrito a él?

—No, señor.

—Sin duda la informará de lo que ha hecho por usted. Le ordeno que no le vea en el locutorio, y si le escribe, directa o indirectamente, remítame su carta sin abrirla, ¿oye usted?, sin abrirla.

—Sí, señor, le obedeceré...

Tanto si la desconfianza del señor Hebert iba dirigida contra mí o hacia mi protector, sentíme herida.

El señor Manouri vino a Longchamp aquella misma tarde; mantuve la palabra dada al arcediano; rehusé hablarle. Al día siguiente me escribió por medio de su emisario; recibí la carta y la envié sin abrir al señor Hebert. Era un martes, si no recuerdo mal. Yo seguía esperando con impaciencia el efecto de la promesa del arcediano y de los

movimientos del señor Manouri. El miércoles, jueves y viernes pasaron sin que oyese hablar de nada. ¡Cuan largos me parecieron aquellos días! Temblaba de que hubiese surgido algún obstáculo que hubiera dado al traste con todo. No recobraba mi libertad, pero cambiaba de cárcel; ya era algo. Un primer suceso feliz hace germinar en nosotros la esperanza de un segundo, y puede que sea esto el origen del proverbio: *los bienes nunca vienen solos*.

Conocía a las compañeras que dejaba y no me costaba mucho suponer que saldría ganando algo viviendo con otras prisioneras; fueran como fuesen, no podían ser ni más ruines ni peor intencionadas. El sábado por la mañana, a eso de las nueve, hubo gran agitación en el convento; basta bien poca cosa para turbar las mentes de las religiosas. Iban, venían, hablaban en voz baja; las puertas de los dormitorios se abrían y cerraban; esto es, como ha podido ver hasta aquí, la señal de las revoluciones monásticas. Yo estaba sola en mi celda; el corazón me latía con violencia. Escuchaba en la puerta, miraba por la ventana, movíame sin saber lo que hacía; decíame a mí misma estremeciéndome de gozo: Vienen a buscarme; dentro de unos instantes ya no estaré aquí..., y no me engañaba.

Presentáronse ante mí dos personas desconocidas; eran una religiosa y la tornera de Arpajon; me informaron, con unas palabras, del móvil de la visita. Cogí apresuradamente el pequeño botín que me pertenecía; arrójelo revuelta y confusamente en el delantal de la tornera, que lo empaquetó. No pedí ver a la superiora. Sor Úrsula ya no existía; no dejaba a nadie. Desciendo; me abren las puertas después de haber mirado lo que me llevaba; subo en una carroza y me pongo en camino.

El arcediano y sus dos jóvenes eclesiásticos acompañantes, la señora presidenta de... y el señor Manouri habíanse reunido en la celda de la superiora, donde les informaron de mi salida. Durante el camino, la religiosa me habló sobre la casa, y la tornera, a cada frase de elogio sobre la misma, añadía a manera de estribillo: «Es la pura verdad...» Congratulábase de que la hubiesen escogido para ir a recogerme, y quería ser amiga mía; en consecuencia, confióme algunos secretos y me dio consejos sobre cómo debía conducirme; estos consejos respondían, al parecer, a su costumbre, pero no podían adaptarse a la mía. No sé si ha visto usted el convento de Arpajon; es un edificio cuadrado, uno de cuyos lados mira al camino principal y el otro al campo y los jardines. En cada ventana de la primera fachada había una, dos o tres religiosas; esta sola circunstancia informóme del orden que reinaba en la casa, mucho más de lo que me habían dicho la religiosa y su compañera. Al parecer, conocían el coche en que íbamos, pues en un abrir y cerrar de ojos todas aquellas cabezas cubiertas con un velo

desaparecieron y llegué a la puerta de mi nueva prisión. La superiora vino a mi encuentro con los brazos abiertos, abrazóme, me tomó de la mano y me condujo a la sala de la comunidad a la que algunas religiosas ya se habían adelantado y acudían las restantes.

Esta superiora se llama señora... Antes de seguir adelante, no puedo resistir el deseo de pintársela. Es una mujer pequeña, rechoncha y, sin embargo, rápida y viva en sus movimientos: su cabeza no reposa nunca sobre la espalda; en su vestido siempre hay algo que llama la atención; su rostro es más bien agradable; sus ojos, de los que el derecho está más alto y es más grande que el otro, están llenos de fuego; cuando anda agita los brazos adelante y atrás. ¿Quiere hablar?, entonces abre la boca antes de haber ordenado sus ideas, por esto tartamudea un poco. Si está sentada, se mueve en su sillón, como si algo la incomodara; se olvida completamente del decoro ; se levanta la pañoleta para rascarse; cruza las piernas; pregunta, y cuando le respondéis, no os escucha; os habla y se pierde, se detiene de repente, no sabe ya dónde está, se enfada y os llama bestia, estúpida, imbécil, si no le da usted el hilo de lo que está diciendo; unas veces muéstrase familiar hasta tutearle, otras imperiosa y altanera hasta el desdén; sus momentos de dignidad son cortos; es alternativamente compasiva y dura; su rostro descompuesto muestra toda la irregularidad de su carácter. Del mismo modo, el orden y el desorden sucedíanse en la casa: había días en que todo andaba revuelto, las pensionistas mezclábanse con las novicias, las novicias con las religiosas; unas corrían a las habitaciones de las otras, tomaban juntas té, café o chocolate, licores; rezaban el oficio con la más indecente premura. En medio de este tumulto el rostro de la superiora cambia súbitamente, suena la campana, vuelven a encerrarse, se retiran; el silencio más profundo sigue al estrépito, a los gritos y al tumulto. Creeríase que todo ha muerto súbitamente. ¿Falta una religiosa a la más mínima cosa? La hace ir a su celda, la trata con dureza, ordenándole desvestirse y darse veinte golpes de disciplina; la religiosa obedece, se desviste, toma su disciplina y se lacera, pero apenas se ha dado algunos golpes cuando la superiora, compadecida, le arrebató el instrumento de penitencia, se pone a llorar, dice que se siente muy desgraciada por tener que castigar, le besa la frente, los ojos, la boca, las espaldas; la acaricia, la alaba. «¡Qué blanca y dulce tiene la piel! ¡Qué gentil lozanía! ¡Hermoso cuello! ¡Hermosa nuca!... Sor San Agustín, estás loca de vergüenza; deja caer ese lienzo; soy mujer y tu superiora. ¡Hermosa garganta! ¡qué firme es! ¡Cómo sufriría de verla lastimada! No, no lo será...» La besa una vez más, la levanta, la viste ella misma, le dice las cosas más dulces. La dispensa del oficio y la envía a su celda. No es agradable esta clase de mujeres; una no sabe nunca lo que les gustará o molestará, lo que hay que hacer o evitar; no hay nada regulado; o se vive en abundancia,

o muere una de hambre; la economía de la casa no marcha bien, las advertencias se toman a mal o son desatendidas; siempre se está o demasiado cerca o demasiado lejos de tales superiores; no existe una auténtica distancia, ni medida; pásase de la desgracia al favor, y del favor a la desgracia, sin saber por qué. ¿Quiere que le dé, en un pequeño detalle, un ejemplo típico de su administración? Dos veces al año corría de celda en celda, y hacía arrojar por las ventanas todas las botellas de licor que encontraba, y cuatro días después ella misma cuidaba de enviar otras de repuesto a casi todas las religiosas. He aquí a quien había hecho voto solemne de obediencia, ya que nuestros votos siguen siendo válidos al pasar de una a otra casa.

Entré con ella; me acompañaba llevándome cogida por el talle. Sirvióse una colación de frutas, mazapanes y confituras. El grave arcediano comenzó a hacer mi elogio, que ella interrumpió diciendo: «Ha sido una injusticia, ha sido una injusticia, lo sé...» El arcediano quiso continuar, y la superiora le interrumpió: «¿Cómo se han desembarazado de ella? Es la modestia y la dulzura mismas, dicen que está colmada de talentos...» El grave arcediano quiso proseguir sus últimas palabras; la superiora interrumpióle una vez más, diciéndome en voz baja al oído: «La quiero a usted con locura, y cuando salgan estos pedantes, haré venir a nuestras hermanas, y cantará usted una tonada, ¿no es así?...» Me dieron ganas de reír. El grave señor Hebert quedó un poco desconcertado; sus dos jóvenes compañeros sonrieron ante el embarazo de éste y el mío. No obstante, el señor Hebert retornó a su carácter y modales acostumbrados, le ordenó bruscamente que se sentara y le impuso silencio. Ella sentóse, pero sentíase incómoda; revolvíase en su sitio, se rascaba la cabeza, reajustaba su hábito donde no estaba desarreglado; bostezaba; entretanto, el arcediano peroraba juiciosamente sobre la casa que yo acababa de dejar, sobre las contrariedades que había soportado, sobre la casa en que entraba, las obligaciones que tenía, las personas que me habían ayudado. Al llegar a este punto miré al señor Manouri, él bajó los ojos. Entonces la conversación generalizóse más; el penoso silencio impuesto a la superiora cesó. Acerquéme al señor Manouri, dile las gracias por los servicios que me había prestado; temblaba, balbuceaba, no sabía qué clase de agradecimiento prometerle. Mi turbación, mi embarazo, mi enternecimiento, pues estaba verdaderamente emocionada, una mezcla de lágrimas y alegría, toda mi actitud hablóle mucho mejor de lo que yo hubiese podido hacer. Su respuesta no fue más premeditada que mi discurso; turbóse tanto como yo. No sé qué me decía, pero comprendí que sentíase recompensado en exceso si había atenuado el rigor de mi suerte; que se acordaría de lo que había hecho con más placer que yo misma; que lamentaba mucho que sus ocupaciones, que le ataban al Palacio de París, no le

permitieran visitar con frecuencia el convento de Arpa-jon, pero que esperaba de monseñor el arcediano y de la señora superiora obtener permiso para informarse sobre mi salud y mi situación.

El arcediano no oyó esto, pero la superiora respondió: «Señor, tantas veces como quiera; ella hará lo que le guste; aquí intentaremos reparar las tristezas que le han ocasionado...» Y seguidamente susurróme: «Hija mía, ¿has sufrido mucho? Pero estas criaturas de Longchamp, ¿cómo han tenido valor para maltratarte? He conocido a tu superiora; fuimos pensionistas juntas en Port-Royal, era la oveja negra. Tendremos tiempo de vernos; tú me contarás todo esto...» Y al decirme estas palabras tomaba una de mis manos, que golpeaba suavemente contra la suya. Los jóvenes eclesiásticos hicieronme también sus cumplimientos. Era tarde; el señor Manouri despidióse de nosotros; el arcediano y sus compañeros fueron a casa del señor M..., señor de Arpajon, donde estaban invitados, y quedé sola con la superiora, pero no mucho tiempo: todas las religiosas, todas las novicias, todas las pensionistas acudieron en tropel: en un instante vime rodeada de un centenar de personas. No sabía a quién escuchar ni a quién responder; había caras de toda especie y frases de todos los colores; no obstante, juzgué que no estaban descontentas de mis respuestas ni de mi persona.

Cuando esta conferencia inoportuna hubo durado algún tiempo, y la primera curiosidad estuvo satisfecha, la muchedumbre disminuyó; la superiora alejó al resto, y vino ella misma a instalarme en mi celda. Hízome los honores a su manera; me enseñaba el oratorio y decía: «Aquí, mi pequeña amiga, rezará a Dios; quiero que le pongan un almohadón sobre esta grada para que no se lastimen sus pequeñas rodillas. No hay agua bendita en esta pileta; esta sor Dorotea siempre olvida algo. Pruebe este sillón, vea si le resultará cómodo...»

Y mientras hablaba así, cogióme, inclinó mi cabeza sobre el respaldo y besóme la frente. Luego fue a la ventana para asegurarse de que los bastidores se subían y bajaban fácilmente; inspeccionó mi cama, y corrió y retiró las cortinas para ver si cerraban bien. Examinó las mantas: «Son buenas.» Cogió la almohada y ahuecándola decía: «Esta querida cabeza estará muy bien aquí encima; estas sábanas no son finas, pero son las de la comunidad; estos colchones son buenos...» Hecho esto, viene a mí, me besa y me deja. Durante esta escena decíame a mí misma: «¡Oh loca criatura!» Y esperé días buenos y malos.

Me acomodé en mi celda; asistí al oficio de la tarde, a la cena, a la recreación que siguió. Algunas religiosas se aproximaron a mí, otras se alejaron; las segundas estaban ya alarmadas de la predilección que me había otorgado. Estos primeros momentos

transcurrieron en elogios recíprocos, haciéndome preguntas sobre la cama que había abandonado, en tanteos de mi carácter, mis inclinaciones, mis gustos, mi ingenio. Le sondean a una por todas partes; se trata de una serie de pequeñas emboscadas que le tienden, de las que sacan las consecuencias más exactas. Por ejemplo, lanzan una palabra maldiciente y le observan; comienzan una historia y esperan que usted pregunte cómo sigue o que la deje; si dice usted una palabra ordinaria, la encuentran encantadora, aunque sepan muy bien que no lo es; elogian intencionadamente lo que critican; intentan penetrar los pensamientos más secretos; le interrogan sobre sus lecturas; le ofrecen libros sagrados o profanos; observan la elección; le invitan a cometer ligeras infracciones de la regla; le hacen confidencias, dejan caer en su presencia ciertas palabras sobre las extravagancias de la superiora: todo se recoge y repite; le abandonan, le reprenden; sondean sus sentimientos sobre las costumbres, la piedad, el mundo, la religión, la vida monástica sobre todo. El resultado de todas estas experiencias reiteradas es un epíteto característico, que añaden como sobrenombre al que ya tenéis: de esta manera, yo fui llamada «sor Susana la reservada».

La primera noche tuve visita de la superiora; vino a desnudarme; fue ella quien me quitó el velo y la pañoleta y arregló mi peinado de noche: fue ella quien me desnudó. Díjome cien frases dulces y me hizo mil caricias que me embarazaron un poco, no sé por qué ya que yo no tenía ninguna mala intención y ella tampoco; ahora mismo que reflexiono en ello, ¿qué mal propósito habríamos podido tener? Sin embargo, lo conté a mi director, que trató aquella familiaridad, que me parecía inocente y que me lo parece aún, en un tono muy serio y prohibióme seriamente prestarme a ello de nuevo. Ella me besó el cuello, las espaldas, los brazos; alabó mi lozanía y mi talle, y me puso en la cama; levantó las mantas de un lado y de otro, besóme los ojos, estiró las cortinas y se marchó. Olvidaba decirle que supuso que yo estaba fatigada y me permitió quedar en la cama todo el tiempo que quisiese.

Hice uso de su permiso; es, creo, la única buena noche que he pasado en el claustro, aunque casi nunca he salido de él. Al día siguiente, hacia las nueve, oí llamar suavemente a mi puerta; yo estaba todavía acostada; respondí, entraron; era una religiosa, que me dijo con bastante mal humor, que era tarde y que la madre superiora preguntaba por mí. Me levanté, vestíme apresuradamente y salí.

«Buenos días hija mía, ¿has pasado bien la noche? Aquí está el café que te espera hace una hora; creo que será bueno; apresúrate a tomarlo y luego charlaremos...»

Y al decir esto extendía un pañuelo sobre la mesa, desplegaba otro sobre mí, vertía el café y le ponía azúcar. Las otras religiosas hacían lo mismo unas con otras.

Mientras desayunaba hablóme de mis compañeras, me las pintó según su aversión o su gusto, me hizo mil caricias, mil preguntas sobre la casa que había dejado, sobre mis padres, las contrariedades que había tenido; elogió, criticó a su antojo, no escuchó nunca mi respuesta hasta el fin. No la contradije; quedó contenta de mi ingenio, de mi juicio y discreción. Entretanto, vino una religiosa, luego otra, más tarde una tercera, luego la cuarta, la quinta; hablaron de los pájaros de la madre, de los tics de la hermana, de las pequeñas ridiculeces de las ausentes; regocijéronse. Había un pequeño clavicordio en un rincón de la celda, yo puse por distracción los dedos encima, ya que, recién llegada a la casa y no conociendo a aquéllas de quienes se burlaban, aquello no me divertía mucho; y en caso de que hubiese estado más al corriente, no me hubiese divertido tampoco. Se necesita demasiado ingenio para bromear bien; y, además, ¿quién no tiene algún defecto? Mientras que reían, yo hacía acordes; poco a poco atraje la atención. La superiora vino hacia mí y dándome un golpecito sobre la espalda: «Vamos, sor Susana, me dijo, entreténganos; toca de momento y después cantarás.» Hice lo que me decía, ejecuté algunas piezas que sabía de memoria; toqué unos preludios y luego canté unos versículos de los salmos de Mondoville.

«Esto está muy bien —me dijo la superiora—, ya que en la iglesia observamos toda la santidad necesaria. Aquí estamos solas, éstas son mis amigas y lo serán también tuyas; cántanos algo más alegre.»

Algunas religiosas dijeron: «Tal vez ella no sepa más que esto; está fatigada del viaje; es necesario cuidarla; hay más que suficiente por hoy.»

«No, no, dijo la superiora, se acompaña de maravilla, tiene la más hermosa voz del mundo (y en efecto no la tengo fea, aunque con más precisión, suavidad y flexibilidad que fuerza o intensidad), no la dejaré en paz hasta que nos haya cantado otra cosa.»

Yo estaba algo ofendida por las palabras de las religiosas; respondí a la superiora que aquello ya no divertía a las hermanas.

«Pero todavía me divierte a mí.»

Tuve miedo de esta respuesta. Canté, pues, una cancioncilla bastante delicada y todas aplaudieron, me alabaron, abrazaron, me acariciaron, pidieron que cantara otra; pequeñas zalamerías falsas, dictadas por la respuesta de la superiora; no había allí casi ni una que no me hubiese quitado la voz y roto los dedos si hubiese podido. Las que tal vez no habían escuchado música en su vida se atrevieron a arrojar sobre mi canto palabras tan ridículas como desagradables, que no fueron del agrado de la superiora.

«Cállense —les dijo—, toca y canta como un ángel y quiero que venga aquí cada día; *yo supe en un tiempo un poco de clavecín*, y quiero que me ayude a recordarlo.»

—¡Ah!, señora —le dije— cuando se ha sabido antes, no está todo olvidado...

—Desde luego, cédeme tu sitio...

Preludió, tocó cosas locas, extravagantes, desatinadas como sus ideas; pero noté, pese a todos sus defectos de ejecución, que tenía las manos infinitamente más ligeras que las mías. Se lo dije, pues me agrada alabar y raras veces he perdido una ocasión de hacerlo con razón; ¡es tan agradable! Las religiosas eclipsáronse una tras otra, y casi quedé a solas con la superiora hablando de música. Ella estaba sentada; yo de pie. Me cogía las manos y me decía apretándolas: «Pero además de que toca bien, tiene los dedos más bonitos del mundo; mire usted, sor Teresa...» Sor Teresa bajaba los ojos, enrojecía y bostezaba; sin embargo, el que yo tuviese los dedos bonitos o no, el que la superiora tuviera o no razón al observarlo, ¿qué podía interesar a aquella hermana? La superiora me abrazaba por la cintura y decía que yo tenía el más hermoso talle. Habíame atraído hacia sí; hízome sentar sobre sus rodillas; me levantaba la cabeza con las manos y me invitaba a mirarla; elogiaba mis ojos, mi boca, mis mejillas, mi tez. Yo nada respondía, tenía los ojos bajos y me abandonaba a sus caricias como una infeliz. Sor Teresa estaba distraída, inquieta, paseábase de derecha a izquierda, lo tocaba todo sin tener necesidad de nada, no sabía qué hacer de su persona, miraba por la ventana, creía haber oído llamar a la puerta; la superiora le dijo: «Sor Teresa, puedes marcharte si te aburres.»

—Señora, no me aburro.

—Es que tengo que preguntar mil cosas a esta chica.

—Lo creo.

—Quiero conocer toda su historia. ¿Cómo podría reparar las penas que le han hecho sufrir si las desconozco? Quiero que me las cuente sin omitir nada; estoy segura de que me desgarrarán el corazón y que lloraré, pero no importa. Santa Susana, ¿cuándo lo sabré todo?

—Señora, cuando lo ordene.

—Te rogaría que fuese ahora mismo, si tuviéramos tiempo. ¿Qué hora es...?

Sor Teresa respondió:

—Señora, son las cinco y van a tocar para las vísperas.

—Que empiece de todos modos.

—Pero, señora, me había prometido un momento de consuelo antes de vísperas. Tengo pensamientos que me inquietan; desearía abrir mi corazón a mamá. Si voy al oficio sin hacerlo, no podré rezar, estaré distraída.

—No, no —dijo la superiora—, estás loca con tus ideas. Apuesto a que sé de qué

se trata; hablaremos de ello mañana.

—¡Ah!, querida madre —dijo sor Teresa arrojándose a los pies de la superiora y fundiéndose en lágrimas—, que sea ahora mismo.

—Señora —dije yo a la superiora, levantándome de encima de sus rodillas donde había quedado—, conceda a mi hermana lo que solicita; no prolongue su pena; voy a retirarme; siempre tendré tiempo de satisfacer el interés que ha tenido a bien poner en mí; y cuando usted haya escuchado a mi hermana Teresa, ésta ya no sufrirá más...

Hice un movimiento hacia la puerta para salir; la superiora me retenía con una mano; sor Teresa, de rodillas, se había apoderado de la otra, la besaba y lloraba; la superiora le decía:

—En verdad, Santa Teresa, eres bien molesta con tus inquietudes; ya te lo he dicho, esto me disgusta, me incomoda; no quiero que me incomoden.

—Lo sé, pero no soy dueña de mis sentimientos, quisiera y no podría...

Entretanto, yo me había retirado y dejado a la joven hermana con la superiora. En la iglesia no pude evitar observarla; seguía aún abatida y triste; nuestros ojos se encontraron varias veces y me pareció que le costaba sostener mi mirada. En cuanto a la superiora, estaba adormecida en su silla del coro.

Despachóse el oficio en un abrir y cerrar de ojos: parecióme que el coro no era el lugar de la casa en que la gente se encontrara más a gusto. Salióse de él con la rapidez y el charloteo de una bandada de pájaros que escapasen de su pajarera; y las hermanas se esparcieron unas por las celdas de las otras, corriendo, riendo, hablando; la superiora encerróse en su habitación y sor Teresa detúvose ante la puerta de la suya, espiándome como si tuviera curiosidad de saber lo que yo haría. Entré en mi celda, la puerta de la celda de sor Teresa no se cerró hasta algún tiempo después y lo hizo quedamente. Asaltóme la idea de que aquella muchacha estaba celosa de mí y temía que yo le arrebatara el lugar que ocupaba en el favor y la intimidad de la superiora. La observé varios días seguidos y cuando creí estar suficientemente segura de mi sospecha, por sus pequeños enfados, sus pueriles alarmas, su perseverancia en seguirme la pista, en examinarme, en hallarse entre la superiora y yo, interrumpir nuestras entrevistas, menospreciar mis cualidades, destacar mis defectos y, sobre todo, por su palidez, su tristeza, sus lágrimas, la perturbación de su salud e incluso de su espíritu, fui a verla y le dije:

—Querida amiga, ¿qué le pasa?

No me respondió; mi visita la sorprendió y turbó; no sabía qué decir ni qué hacer.

—No me hace usted justicia; dígame la verdad. Usted teme que yo abuse de la

inclinación que nuestra madre siente hacia mí; que yo la aparte de su corazón. Quede tranquila; no entra en mi manera de ser; si alguna vez tuviese la dicha de conseguir algún ascendiente sobre su espíritu...

—Tendrá usted todo lo que quiera; le ama; precisamente hace ahora por usted lo que hizo por mí al principio.

—¡Pues bien! Esté segura de que sólo me serviré de la confianza que ponga en mí para hacer que la estime a usted más.

—¿Y dependerá eso de usted?

—¿Por qué no?

En vez de responderme, arrojóse a mi cuello y me dijo suspirando:

—No es por su culpa, lo sé muy bien y me lo repito en todo instante; pero prométame...

—¿Qué quiere que le prometa?

—Que...

—Acabe; haré todo lo que dependa de mí.

Dudó, cubrióse los ojos con las manos y me dijo con una voz tan baja que apenas la oía: «Que la verá usted lo menos posible...»

Esta petición parecióme tan extraña que no pude menos que responderle:

—¿Y qué le importa si veo con frecuencia o raramente a nuestra superiora? A mi no me molesta que usted la vea continuamente. Usted no debiera molestarse de que yo haga otro tanto; ¿no es suficiente que yo le prometa no perjudicarla ante ella, ni a usted ni a nadie?

Me respondió sólo con estas palabras que pronunció dolorosamente, separándose de mí y arrojándose sobre su cama: «¡Estoy perdida!»

—¡Perdida! ¿Y por qué? ¿Pero es que me cree usted la más perversa criatura que existe en el mundo?

En esto entró la superiora; había pasado por mi celda y no me había encontrado; había recorrido casi toda la casa inútilmente: no se le ocurrió que yo estuviera en la habitación de sor Santa Teresa. Cuando se enteró por medio de las que había enviado en mi búsqueda, acudió donde nos hallábamos.

Tenía la mirada y el rostro un poco turbados; pero ¡tan raramente había equilibrio en su persona! Santa Teresa permanecía en silencio, sentada en su cama; yo estaba de pie. Dije:

—Querida madre, le pido perdón por haber venido aquí sin su permiso.

—Es cierto —me respondió— que hubiese sido mejor solicitarlo.

—Pero esta querida hermana me ha dado compasión; he visto que estaba afligida.

—Y ¿de qué?

—¿Se lo diré a usted? ¿Y por qué no decírselo? Es una delicadeza que honra tanto a su alma, y que muestra tan a lo vivo su afecto hacia usted... Los testimonios de bondad que usted me ha dado han alarmado su ternura; teme que yo obtenga preferencia sobre ella en su corazón; este sentimiento de celos, por otra parte tan honesto, tan natural y halagador para usted, querida madre, parecióme que hacía sufrir a mi hermana y yo la tranquilizaba.

La superiora, después de escucharme, tomó un aire severo e imponente y le dijo:

—Sor Santa Susana, la he amado y la amo todavía; no puedo quejarme de usted y usted tampoco tendrá queja de mí, pero no soportaré estas pretensiones exclusivistas. Desembarácese de ellas si teme extinguir el resto de afecto que siento hacia usted, y si recuerda la suerte de sor Ágata... —Luego, volviéndose hacia mí, me dijo: — Es aquella morena alta que ve frente a mí en el coro. (Yo movíame tan poco, hacía tan poco tiempo que estaba en la casa, era tan nueva que aún no conocía todos los nombres de mis compañeras.) —Añadió:— La amaba cuando entró aquí sor Teresa y comencé a quererla. Tuvo las mismas inquietudes; hizo las mismas locuras: le advertí; no se corrigió y vime obligada a recurrir a métodos severos que han durado hasta hace poco y que son muy contrarios a mi carácter, ya que todas le dirán que soy buena y que sólo castigo mal de mi grado...

A continuación, dirigiéndose a sor Teresa, añadió:

—Hija mía, no quiero que me molesten, ya se lo he dicho; usted me conoce; no me haga salir de mis casillas... —En seguida me dijo, apoyando una mano sobre mi espalda:— Venga, Santa Susana; despídame.

Salimos. Sor Teresa quiso seguirnos, pero la superiora, volviendo al desgaire la cabeza por encima de mi espalda, le dijo con un tono despótico: «Vuelva a su celda y no salga de ella hasta que yo no se lo permita...» Ella obedeció, cerró su puerta con violencia y soltó algunas frases que hicieron estremecer a la superiora; no sé por qué, pues carecían de sentido; vi su cólera y le dije:

—Querida madre, si quiere hacerme este favor, perdone a mi hermana Teresa; ha perdido la cabeza, no sabe lo que dice, no sabe lo que hace.

—¡Que la perdone! Sea; pero, ¿qué me dará usted?

—¡Ay!, querida madre, ¿seré acaso tan feliz de tener algo que le agrade y serene?

Ella bajó los ojos, ruborizóse y suspiró; en realidad era como un amante. Seguidamente me dijo, arrojándose con abandono sobre mí, como si estuviese

desfallecida: «Acerca tu frente para que la bese...» Desde entonces, tan pronto como una religiosa cometía alguna falta yo intercedía por ella y estaba segura de obtener su perdón a cambio de algún favor inocente; solía ser siempre un beso en la frente o en el cuello, o en los ojos, en las mejillas, en la boca, las manos, la garganta, los brazos, pero más frecuentemente en la boca; encontraba que yo tenía el aliento puro, los dientes blancos y los labios frescos y rojos.

En realidad, sería muy hermosa si mereciera la más pequeña parte de los elogios que me tributaba: si se trataba de mi frente, era blanca, lisa y de una forma encantadora; si de mis ojos, eran brillantes; si de mis mejillas, eran coloradas y dulces; mis manos, pequeñas y regordetas; mi garganta tenía la firmeza de la piedra y una forma admirable; si mis brazos, era imposible tenerlos mejor torneados y más redondos; si era mi cuello, ninguna de las hermanas lo tenía mejor hecho y de una belleza más exquisita y rara. ¡Qué sé yo lo que me decía! Había algo de cierto en sus alabanzas; yo las reducía mucho, pero no del todo. Algunas veces, mirándome de la cabeza a los pies con un aire de complacencia que nunca he visto en ninguna mujer, me decía: «No, la mayor suerte es que Dios la haya llamado al retiro; con este tipo, en el mundo, hubiera sido la condenación de cuantos hombres hubiese visto y se hubiese condenado con ellos. Dios hace bien lo que hace.»

Mientras tanto, avanzábamos hacia su celda; me disponía a dejarla, pero cogióme de la mano y me dijo:

«Es demasiado tarde para que comience su historia de Santa María y de Longchamp; pero entre, me dará una pequeña lección de clavecín.»

Seguía. En un momento hubo abierto el clavecín, preparado un libro, aproximado una silla, pues era ágil. Me senté. Pensó que yo podría tener frío; cogió de encima de las sillas un almohadón que puso delante de mí, agachóse y cogióme los dos pies que colocó encima; seguidamente toqué algunas piezas de Couperin, de Rameau, de Scarlatti. Entretanto, ella había levantado una esquina de mi toca, su mano estaba colocada sobre mi espalda desnuda, y la extremidad de sus dedos puesta sobre mi garganta. Suspiraba, parecía oprimida, su respiración era dificultosa; de repente apretó fuertemente la mano que tenía sobre mi espalda, luego dejó totalmente de apretarla como si estuviese sin fuerza y sin vida, y su cabeza cayó sobre la mía. Realmente aquella loca tenía una sensibilidad increíble y el más vivo gusto por la música; nunca he conocido a nadie al que ésta hubiese producido efectos tan singulares.

Estábamos así divirtiéndonos de una manera tan simple como dulce, cuando de repente abrióse la puerta con violencia; tuve miedo, y la superiora también. Era la

extravagante Santa Teresa. Su hábito estaba en desorden, sus ojos turbados; nos examinó a una y a otra con la más rara atención; temblábanle los labios, no podía hablar. Sin embargo, volvió en sí y arrojóse a los pies de la superiora; yo uní mi súplica a la suya y obtuve aún su perdón; pero la superiora protestóle de la manera más firme que aquél sería el último, al menos para las faltas de aquella índole, y salimos las dos juntas.

Al regresar a nuestras celdas le dije:

—Querida hermana, tenga cuidado, va a indisponer a nuestra madre; yo no le abandonaré pero usted anulará el crédito que tengo cerca de ella y estaré desesperada de no poder hacer nada ni por usted ni por ninguna otra. Pero, ¿cuáles son sus ideas?

Ninguna respuesta.

—¿Qué teme de mí?

Ninguna respuesta.

—¿Acaso nuestra madre no puede amarnos igualmente a las dos?

—No, no —me respondió con violencia—, esto es imposible; pronto le repugnaré y me moriré de dolor. ¡Ay!, ¿por qué ha venido usted aquí?, ¡no será feliz mucho tiempo, estoy segura; y yo seré desgraciada para siempre!

—Es una gran desgracia, lo sé —le dije— haber perdido la benevolencia de la superiora: pero yo conozco una más grande, que es haberla merecido: usted no tiene que reprocharse nada.

—¡Ay, pluguiera a Dios!

—Si interiormente se acusa de alguna falta, es preciso repararla, y el medio más seguro es soportar pacientemente la pena.

—No podría, no podría; y ¡es que toca a ella castigarme por eso!

—¡A ella, sor Teresa, a ella! ¿Acaso se habla así de una superiora? No está bien, usted se olvida. Estoy segura de que esta falta es más grave que ninguna de las que se reprocha.

—¡Ay, pluguiera a Dios! —replicóme una vez más—, ¡pluguiera a Dios!... —y nos separamos; ella para ir a desconsolarse en su celda, yo para ir a meditar en la mía, sobre las rarezas de las mujeres.

He aquí el efecto del retiro. El hombre ha nacido para la sociedad; separadlo, aisladlo, se dispersarán sus pensamientos, trocaráse su carácter, se levantarán en su corazón mil extraños afectos; pensamientos extravagantes germinarán en su mente como las zarzas en una tierra salvaje. Poned a un hombre en una selva, se volverá feroz; en un claustro en el que la idea de necesidad únese a la de servidumbre, es peor aún. Es posible salir de una selva, de un claustro no se sale nunca más; en la selva se es libre,

esclavo en el claustro. Es posible que se necesite más fuerza de ánimo para resistir a la soledad que a la miseria; la miseria envilece, el retiro deprava. ¿Vale acaso más vivir en la abyección que en la locura? Es algo que no me atreveré a decidir, pero es preciso evitar lo uno y lo otro.

Veía crecer, día a día, la ternura que la superiora había concebido por mí. Estaba continuamente en su celda o ella estaba en la mía; a la menor indisposición me enviaba a la enfermería, dispensábase de los oficios, me enviaba a acostar temprano o me prohibía la oración de la mañana. En el coro, el refectorio, en el recreo hallaba medios de darme muestras de amistad; en el coro, si encontraba un versículo que contuviese algún sentimiento afectuoso, lo cantaba dirigiéndose a mí, o me miraba si era otra la que lo cantaba; en el refectorio, me enviaba siempre alguna de las exquisiteces que le servían; en el recreo, me abrazaba por el talle y me decía las cosas más dulces y obsequiosas; no le hacían ningún regalo que yo no lo compartiese: chocolate, azúcar, café, licores, tabaco, ropa blanca, pañuelos, lo que fuera. Había dejado su celda desprovista de estampas, utensilios, muebles, y de una infinidad de cosas agradables o cómodas, para adornar con ellas la mía; apenas podía ausentarme un momento de la misma sin que a mi vuelta no me encontrara enriquecida con algunos presentes. Iba a su celda a darle las gracias y ello producíale una alegría imposible de explicar; me abrazaba, acariciaba, poníame encima de sus rodillas, me informaba de las cosas más secretas de la casa, y prometíase, si yo la amaba, una vida mil veces más dichosa que la que hubiese pasado en el mundo. Después de esto deteníase, me miraba con ojos tiernos y me decía: «Sor Susana, ¿me ama usted?»

—Y ¿cómo podría no amarla? Necesitaría ser muy ingrata.

—Es cierto.

—Da tantas muestras de bondad...

—Diga, de gusto hacia usted.

Y al pronunciar estas palabras bajaba los ojos; la mano con que me abrazaba estrechábame con más fuerza; la que había apoyado en mi rodilla intensificaba su presión; me atraía hacia ella; mi cara encontrábase colocada sobre la suya. Suspiraba, revolvíase en la silla, temblaba; hubiérase dicho que quería confiarme algo y que no se atrevía, derramaba lágrimas y después decía: «¡Ay, sor Susana, usted no me ama!»

—¿Que yo no la amo, querida madre?

—No.

—Dígame qué debo hacer para demostrárselo.

—Debería adivinarlo.

—Lo intento, pero no adivino nada.

Mientras tanto, había levantado su toca y puesto una de mis manos en su garganta; callaba, yo callaba también; ella parecía disfrutar el mayor placer. Invitábame a que le besara la frente, las mejillas, los ojos y la boca; yo la obedecía: no creo que hubiese mal en aquello; entretanto crecía su placer, y como yo no deseaba nada más que aumentar su felicidad de una manera inocente, besábale una vez más la frente, las mejillas, los ojos y la boca. La mano que había puesto sobre mi rodilla paseábase por encima de mis vestidos, desde la extremidad de los pies hasta mi cintura, apretándome ora en un sitio, ora en otro; exhortábame, balbuceando y con voz alterada, a redoblar mis caricias; yo las redoblaba; al fin llegó un momento, no sé si de placer o de sufrimiento, en que tornóse pálida como la muerte; sus ojos se cerraron, todo su cuerpo estiróse con violencia, apretáronse sus labios, humedecidos de una ligera espuma; luego, su boca se entreabrió, y me pareció que moría lanzando un profundo suspiro. Me levanté bruscamente; creí que se encontraba mal; quería salir, llamar. Ella entreabrió tenuemente los ojos y díjome con una voz apagada: «¡Inocente!, esto no es nada; ¿qué vas a hacer?, detente...» Contéplela con ojos atónitos, sin saber si quedarme o salir. Volvió a abrir los ojos; había perdido totalmente el habla; me hizo signo de que me acercara y volviera a sentarme sobre sus rodillas. No sé qué me pasaba; tenía miedo, temblaba, palpitábame el corazón, respiraba con dificultad, sentíame turbada, oprimida, agitada, asustada; parecía que las fuerzas me abandonaban y que iba a desfallecer; no obstante, no podría decir que fuese dolor lo que sentía. Me acerqué a ella; hízome aún una señal con la mano de que me sentara sobre sus rodillas, me senté. Ella estaba como muerta y yo como si tuviese que morir. Permanecimos una y otra durante bastante rato en aquel singular estado. De haber entrado alguna religiosa, habríase asustado ciertamente e imaginado que nos encontrábamos mal o que nos habíamos dormido. Mientras tanto, esta buena superiora, pues es imposible ser tan sensible y no ser bueno, me pareció que volvía en sí. Seguía aún estirada en su silla; sus ojos continuaban cerrados, pero su rostro iba animándose de los más hermosos colores; besó una de mis manos. Yo dije: «¡Ay!, querida madre, me ha dado usted mucho miedo...» Ella sonrió dulcemente, sin abrir los ojos.

—¿Pero es que no ha sufrido usted?

—No.

—Pensé que sí.

—Inocente, ¡ay!, ¡querida inocente!, ¡cuánto me gusta!

Y diciendo estas palabras incorporóse, volvió a sentarse en su silla, cogióme, me besó con mucha fuerza en las mejillas y me dijo:

—¿Qué edad tienes?

—Aún no he cumplido veinte años.

—Es inconcebible.

—Nada más cierto, querida madre.

—Quiero conocer toda tu vida; ¿me la contarás?

—Sí, querida madre.

—¿Toda?

—Toda.

—Pero alguien podría venir; vayamos a sentarnos al clavecín. Usted me dará la lección.

Fuimos, pero no sé cómo; las manos me temblaban, el papel mostrábase un amasijo confuso de notas; no pude tocar. Se lo dije, púsose a reír, ocupó mi puesto, pero fue todavía peor; apenas podía sostener sus brazos.

«Hija mía —me dijo —, veo que no estás en condiciones de enseñarme ni yo de aprender; estoy un poco fatigada, necesito reposar, adiós. Mañana, a más tardar, quiero saber todo lo sucedido en esta pequeña alma tan querida, adiós...»

Las otras veces, cuando yo salía, me acompañaba hasta su puerta, me seguía con la vista a lo largo del corredor hasta mi celda; me lanzaba un beso con las manos, y no volvía a entrar hasta que yo había entrado. Esta vez, apenas se levantó; lo más que pudo hacer fue alcanzar el sillón que estaba junto a su cama; sentóse, apoyó la cabeza en la almohada, lanzóme el beso con las manos; cerráronse sus ojos y me marché.

Mi celda estaba casi enfrente de la celda de Santa Teresa; la suya estaba abierta; estaba esperándome, me detuvo y me dijo:

—¡Ay!, Santa Susana, ¿viene de ver a nuestra madre?

—Sí —le contesté.

—¿Ha permanecido allí mucho tiempo?

—Todo el que he querido.

—No es esto lo que me había prometido.

—Yo no le he prometido nada.

—¿Se atrevería a decirme lo que ha hecho allí?...

Pese a que mi conciencia no me reprochaba nada, le confesaré, señor marqués, que, sin embargo, su pregunta me turbó; ella diose cuenta, insistió y le respondí:

—Querida hermana, puede que no me crea, pero tal vez crea a nuestra querida madre, ya le rogaré que la informe.

—Mi querida Santa Susana —replicóme con viveza—, guárdese bien de hacerlo;

usted no quiere hacerme desdichada; ella no me lo perdonaría; no la conoce: es capaz de pasar de la mayor sensibilidad a la ferocidad; no sé qué sería de mí. Prométame que no le diré nada.

—¿Lo quiere usted?

—Se lo pido de rodillas. Estoy desesperada, veo bien que es necesario que me decida; me decidiré. Prométame no decirle nada...

La levanté, dile mi palabra; contó con ella y no se engañó; nos encerramos en nuestras celdas.

De nuevo en mi habitación. Estaba meditabunda; quise rezar y no pude; procuré ocuparme; comenzaba una labor y la dejaba por otra, que a su vez abandonaba por otra; mis manos deteníanse por sí solas y parecía imbécil; nunca había experimentado nada parecido. Mis ojos se cerraron; dormí un poco, pese a que nunca duermo durante el día. Una vez despierta, pregúnteme qué había pasado entre la superiora y yo, examíneme; al examinarme de nuevo creí entrever..., pero eran ideas tan vagas, tan locas, tan ridículas, que las rechacé lejos de mí. El resultado de mis reflexiones fue que se trataba tal vez de una enfermedad a la que estaba sometida; luego pensé que quizás aquella enfermedad era contagiosa, que Santa Teresa la había cogido y que yo la cogería también.

Al día siguiente, después del oficio de la mañana, nuestra superiora me dijo: «Santa Susana, hoy espero saber todo lo que le ha sucedido; venga...»

Fui. Me hizo sentar en su sillón al lado de su cama, y ella colocóse en una silla un poco más baja; la dominaba un poco, porque soy más alta y estaba más elevada. Ella estaba tan cerca de mí, que mis dos rodillas estaban entrelazadas entre las suyas; estaba reclinada en su cama. Tras un pequeño instante de silencio, le dije:

—Aunque soy muy joven, he sufrido mucho; pronto hará veinte años que estoy en el mundo, y veinte años que sufro. No sé si podría contárselo todo, ni si usted tendría valor para escucharlo; penas en casa de mis padres, penas en el convento de Santa María; penas en el convento de Longchamp, penas en todas partes. Querida madre, ¿por dónde quiere que comience?

—Por las primeras.

—Pero —le dije—, querida madre, esto será muy largo y triste y no quisiera entristecerla durante tanto tiempo.

—No temas nada; me gusta llorar: derramar lágrimas es delicioso para un alma tierna. A ti también debe gustarte; enjugarás mis lágrimas, yo enjugaré las tuyas, y tal vez seamos felices en medio de la narración de tus sufrimientos. ¿Quién sabe hasta dónde puede llevarnos el enternecimiento?... —Y al pronunciar estas palabras miróme de arriba

abajo con los ojos ya húmedos; cogióme las dos manos; acercóse aún más a mí, de manera que me tocaba y yo la tocaba a ella.

—Cuenta hija mía, te escucho, me siento en las mejores condiciones para enternecerme; no creo haber tenido en mi vida un día más compasivo y afectuoso...

Comencé, pues, mi narración, poco más o menos tal como acabo de escribírsele. No podría decirle el efecto que produjo en ella, los suspiros que dio, las lágrimas que derramó, las muestras de indignación contra mis crueles padres, contra las horribles muchachas de Santa María y las de Longchamp. Lamentaría que tuvieran que sufrir la más mínima parte de los males que les deseó; no quisiera haber arrancado ni un cabello de la cabeza de mi más cruel enemigo. De tanto en tanto me interrumpía, levantábase, se paseaba, luego volvía a sentarse en su sitio; otras veces elevaba las manos y los ojos al cielo, y después escondía la cabeza entre mis rodillas. Cuando le hablé de la escena del calabozo, de la de mi exorcismo, de cuando canté la palinodia, casi se puso a gritar; cuando llegué al final, callé y ella quedó durante algún tiempo con el cuerpo inclinado sobre su cama, la cara oculta en la colcha y el brazo extendido encima de su cabeza; yo le dije: Querida madre, le pido perdón por la aflicción que le he ocasionado, ya le previne de ello, pero usted lo quiso... Y ella sólo me respondió con estas palabras:

«¡Perversas criaturas! ¡Horribles criaturas! En ningún sitio más que en los conventos puede extinguirse la humanidad hasta este punto. Cuando el odio viene a unirse al mal humor habitual, ya no se sabe adonde llegarán las cosas. Felizmente yo soy benigna; amo a todas mis religiosas; ellas han tomado, unas más, otras menos, algo de mi carácter, y todas se aman entre sí. Pero ¿cómo esta débil salud ha podido resistir tantos tormentos? ¿Cómo no fueron quebrantados todos estos pequeños miembros? ¿Cómo no ha sido destruida toda esta máquina delicada? ¿Cómo el esplendor de estos ojos no se apagó con las lágrimas? ¡Cruelles, atar estos brazos con cuerdas!...» Y cogíame los brazos y los besaba. «¡Ahogar estos ojos en lágrimas!...» Y los besaba. «¡Arrancar quejas y gemidos de esta boca!...» Y la besaba. «¡Condenar esta cara encantadora y serena a estar cubierta continuamente con nubes de tristeza!...» Y la besaba. «¡Marchitar las rosas de estas mejillas!» Y las acariciaba con la mano y las besaba. «¡Desordenar esta cabeza!, ¡arrancar estos cabellos!, ¡cargar esta frente de zozobra!...» Y me besaba la cabeza, la frente, los cabellos... «¡Atreverse a rodear este cuello con una cuerda, y desgarrar estas espaldas con puntas agudas!...» Y apartaba la ropa de mi toca, entreabría mi hábito por arriba; mis cabellos caían esparcidos sobre mis espaldas descubiertas; mis senos estaban medio desnudos, y sus besos repartíanse sobre mi cuello, mis espaldas descubiertas y sobre mis senos semidesnudos.

Noté entonces, por el temblor que se apoderaba de ella, por la turbación de sus palabras, el extravío de sus ojos y de sus manos; por su rodilla que apretábase entre las mías, por el ardor con que me estrechaba y la violencia con que me enlazaban sus brazos, que su enfermedad no tardaría en apoderarse de ella. No sé lo que me pasaba; pero estaba dominada de un espanto, de un temblor y desfallecimiento que confirmaban la sospecha que había tenido de que su mal era contagioso.

—Querida madre —le dije— ¡vea en qué desorden me ha puesto!, si alguien viniese...

—Quédate, quédate —me dijo con voz atormentada—, no vendrá nadie...

Sin embargo, hice un esfuerzo para levantarme y librarme de ella diciéndole:

—Querida madre, vaya con cuidado, el mal está a punto de apoderarse de usted. Permita que me aleje...

Yo quería alejarme; lo quería, estoy segura, pero no podía. No sentía ninguna fuerza, mis rodillas se doblaban debajo de mí. Ella estaba sentada, yo de pie, me atraía; temía caer sobre ella y lastimarla. Sentéme sobre el borde de la cama y le dije:

—Querida madre, no sé qué tengo, me encuentro mal.

—Yo también —me contestó—, pero descansa un momento, esto pasará, no será nada...

En efecto, mi superiora recobró la calma, y yo también. Las dos estábamos abatidas; yo, con la cabeza en su almohada; ella, con la cabeza en una de mis rodillas, la frente colocada sobre una de mis manos. Permanecimos algunos momentos en este estado; no sé qué pensaba; por mi parte, no pensaba en nada, no podía, la debilidad me dominaba totalmente. Guardábamos silencio cuando la superiora rompiólo la primera. Me dijo:

—Susana, por lo que me ha dicho de su primera superiora, me ha parecido que la quería mucho.

—Mucho.

—No le amaba más que yo, pero usted la amaba más a ella... ¿No me responde?

—Yo era desdichada, ella atenuaba mis penas.

—Pero ¿de dónde proviene su repugnancia hacia la vida religiosa? Susana, usted no me lo ha dicho todo.

—Perdóneme, señora.

—¡Cómo! Amable como eres, hija mía, pues lo eres mucho, no sabes cuánto, es imposible que nadie te lo haya dicho.

—Me lo han dicho.

—Y el que te lo decía, ¿no te desagradaba?

—No.

—¿Y te interesaste por él?

—De ninguna manera.

—¡Cómo!, ¿tu corazón nunca sintió nada?

—Nada.

—¡Cómo!, ¿no fue una pasión, secreta o desaprobada por tus padres, lo que le provocó aversión hacia el convento? Confíemelo; yo soy indulgente.

—No tengo, querida madre, nada que confesarle en este aspecto.

—Pero, una vez más, ¿de dónde viene tu repugnancia hacia la vida religiosa?

—De ella misma. Odio sus deberes, sus ocupaciones, el retiro, la sujeción; me parece que estoy llamada a otra cosa.

—Pero ¿por qué le parece a usted estarlo?

—Por el aburrimiento que me agobia; me aburro.

—¿Incluso aquí?

—Sí, querida madre; incluso aquí, pese a todas las bondades que tiene usted conmigo.

—¿Es que experimenta acaso en sí misma movimientos, deseos?

—Ninguno.

—Lo creo; me parece que tiene usted un carácter tranquilo.

—Bastante.

—Frío, incluso.

—No lo sé.

—¿No conoce el mundo?

—Lo conozco poco.

—¿Qué atractivo puede tener entonces para usted?

—No acabo de explicármelo, pero es preciso que lo tenga.

—¿Es la libertad lo que echa de menos?

—Lo es, y tal vez muchas otras cosas.

—¿Cuáles son estas otras cosas? Amiga mía, hableme con el corazón abierto, ¿quisieras estar casada?

—Lo preferiría a ser lo que soy, ciertamente.

—¿Por qué esta preferencia?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignora? Pero dígame, ¿qué impresión causa en usted la presencia de un

hombre?

—Ninguna; si tiene ingenio y habla bien, lo escucho con placer; si tiene buena figura, lo miro.

—Y su corazón, ¿permanece tranquilo?

—Hasta ahora ha permanecido inmutable.

—¡Cómo!, cuando han fijado sus miradas animadas sobre la suya, no sintió...

—Algunas veces embarazo; me hacían bajar los ojos.

—¿Sin ninguna agitación?

—Ninguna.

—Y los sentidos, ¿no le dicen nada?

—Desconozco el lenguaje de los sentidos.

—Sin embargo, tienen uno.

—Es posible.

—¿Y no lo conoce?

—En absoluto.

—¡Cómo! Usted... Es un lenguaje muy dulce; ¿desearía conocerlo?

—No, querida madre, ¿para qué me serviría?

—Para disipar su aburrimiento.

—Puede que para aumentarlo. Y además, ¿qué significa este lenguaje de los sentidos, sin objeto?

—Cuando hablamos siempre hablamos a alguien. Es, sin duda, mejor que conversar sola, pese a que esto tampoco deja de procurar placer.

—No comprendo nada.

—Si tú quisieras, hija mía; te sería más explícita.

—No, querida madre, no. No sé nada, y prefiero no saber nada que adquirir conocimientos que me harán tal vez más digna de compasión de lo que soy ahora. Carezco de deseos, y no quiero buscarlos, porque no podría satisfacerlos.

—¿Y por qué no podrías?

—¿Y cómo podría?

—Como yo.

—¡Como usted! Pero no hay nadie en esta casa.

—Estoy yo, querida amiga; estás tú.

—¡Y bien! ¿Qué soy yo para usted?, ¿usted para mí?

—¡Qué inocente!

—¡Oh! Es verdad, querida madre, que lo soy mucho, y que preferiría morir que

dejar de serlo.

No sé lo que estas últimas palabras podían tener de molesto para ella, pero la hicieron cambiar de cara de repente; púsose seria, inquieta; su mano, que había puesto sobre una de mis rodillas, cesó de pronto de apretarla y retiróse luego; tenía los ojos bajos.

Le pregunté:

—Querida madre, ¿qué ha sucedido? ¿Acaso se me ha escapado algo que la haya ofendido? Perdóneme. Hago uso de la libertad que usted me concedió; no estudio nada lo que tengo que decirle; además, si lo estudiara, no lo diría de otra manera, tal vez sería peor. ¡Las cosas de que charlamos son tan extrañas para mí!..., perdóneme.

Diciendo estas palabras, enlacé mis dos brazos alrededor de su cuello y puse la cabeza sobre su hombro. Ella enlazó los suyos alrededor de mí y estrechóme muy tiernamente. Permanecimos así durante algunos instantes; en seguida, recobrando su ternura y serenidad, díjome:

—Susana, ¿duermes bien?

—Muy bien —le dije —, sobre todo desde hace algún tiempo.

—¿Te duermes en seguida?

—Casi siempre.

—Pero cuando no te duermes en seguida, ¿en qué piensas?

—En mi vida pasada, en la que me queda; o rezo a Dios, o lloro; ¿qué sé yo?

—¿Y por la mañana, cuando te despiertas temprano?

—Me levanto.

—¿En seguida?

—En seguida.

—¿No te gusta, pues, soñar?

—No.

—¿Estar apoyada sobre tu almohada?

—No.

—¿Gozar del suave calor del lecho?

—No.

—¿Nunca?...

A esta palabra, detúvose y con razón; lo que iba a preguntarme no estaba bien, y tal vez será mucho peor el decirlo, pero he decidido no ocultar nada.

—¿Nunca te has sentido tentada de mirar con complacencia cuan hermosa eres?

—No, querida madre, no sé si soy tan hermosa como usted dice: además, en caso

que lo fuera, se es hermosa para los demás, no para sí.

—¿Nunca ha pensado en deslizar las manos sobre esta hermosa garganta, sobre estos muslos, sobre este vientre, sobre estas carnes tan firmes, tan suaves y blancas?

—¡Oh!, no; esto es pecado. Y si me hubiese ocurrido, no sé cómo, hubiera procurado confesarme...

No sé qué hablamos todavía, cuando vinieron a avisarla que alguien preguntaba por ella en el locutorio. Me pareció que aquella visita le causaba disgusto, y que hubiese preferido continuar charlando conmigo, pese a que lo que decíamos no valía la pena echarlo de menos; sin embargo, nos separamos.

La comunidad nunca había sido tan feliz como desde que entré yo. La superiora parecía haber perdido su inestabilidad de carácter; decíase que se lo había fijado. Incluso concedió en mi honor varios días de distracción y lo que llaman fiestas; estos días la comida es algo mejor que de ordinario; los oficios son más cortos, y todo el tiempo intermedio se concede a la diversión. Pero esta temporada feliz debía pasar, para las demás y para mí.

La escena que acabo de describir fue seguida de gran número de otras semejantes que prefiero olvidar. He aquí la continuación de aquélla.

La inquietud comenzó a apoderarse de la superiora; perdía su alegría, su lozanía, su tranquilidad. La noche siguiente, cuando todo el mundo dormía y la casa estaba en silencio, levantóse; después de haber vagado algún tiempo por los corredores, vino a mi celda. Tengo el sueño ligero y creí reconocerla. Detúvose. Al apoyar, al parecer, la cabeza contra mi puerta, hizo suficiente ruido como para despertarme, caso de que yo estuviese dormida. Guardé silencio; parecióme oír una voz que se lamentaba, alguien que suspiraba. Tuve en seguida un ligero estremecimiento, luego determiné decir *Ave*. En vez de responderme, alejóse rápidamente. Volvió poco después; las quejas y los suspiros recomenzaron; dije otra vez *Ave* y alejóse por segunda vez. Tranquilíceme y me dormí. Mientras dormía, alguien entró, y sentóse en el borde de mi cama; las cortinas estaban entreabiertas; alguien sostenía una pequeña bujía, cuyo resplandor iluminaba mi semblante. Esta persona contemplaba mi sueño; fue al menos lo que juzgué por su actitud, al abrir los ojos: era la superiora.

Me incorporé súbitamente; notó mi espanto y me dijo: «Susana, tranquilícese, soy yo...» Volví a descansar la cabeza en la almohada y contesté: Querida madre, ¿qué hace aquí, a estas horas? ¿Qué la ha traído? ¿Por qué no duerme?

—No podría dormir —replicóme— mucho tiempo. Son sueños pesados, que me atormentan; apenas tengo los ojos cerrados, cuando las penalidades que sufriste vuelven

a mi imaginación; te veo en manos de aquellas inhumanas, veo tus cabellos sueltos sobre tu rostro, contéplote con los pies ensangrentados, la antorcha en la mano, la cuerda al cuello; creo que van a disponer de tu vida, me estremezco, tiemblo, un sudor frío se difunde por todo mi cuerpo; quiero acudir en tu auxilio; grito, me despierto y espero inútilmente que vuelva el sueño. He aquí lo que me ha sucedido esta noche; he temido que el cielo me anunciara alguna desgracia ocurrida a mi amiga; me he levantado y me he acercado a tu puerta; he escuchado; parecióme que no dormías, hablaste y retiréme; he vuelto, tornaste a hablar y retiréme una vez más; volví por tercera vez y, al creer que dormías, entré. Hace ya algún tiempo que estoy a tu lado y temo despertarte; dudé al principio de correr las cortinas; quería marchar por miedo a turbar tu reposo, pero no he podido resistir el deseo de ver si mi querida Susana se encontraba bien; te he estado contemplando: ¡qué hermosa eres incluso cuando duermes!

—Mi querida madre, ¡qué buena es!

—He cogido frío; pero sé que no tengo que temer que mi hija sufra ninguna molestia, y creo que dormiré. Dame la mano.

Se la di.

—¡Qué tranquilo es su pulso! ¡Qué igual! ¡Nada la emocional!

—Tengo un sueño bastante apacible.

—¡Qué feliz eres!

—Querida madre, acabará resfriándose.

—Tienes razón; adiós, hermosa amiga, adiós, me voy.

Sin embargo, no se marchaba y seguía mirándome; dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—Querida madre —le dije— ¿qué tiene? Lloras usted; ¡cuánto lamento haberle contado mis penas!...

Al instante cerró mi puerta, apagó su bujía y precipitóse sobre mí. Teníame abrazada; estaba tumbada a mi lado sobre mi manta; su rostro pegado al mío; sus lágrimas humedecían mis mejillas; suspiraba y decíame con voz lastimera y entrecortada:

—Querida amiga, ¡ten compasión de mí!

—Querida madre, ¿qué tiene usted? ¿Se encuentra mal acaso? ¿Qué debo hacer?

—Estoy temblando, tirito; un frío mortal se ha apoderado de mí.

—¿Quiere que me levante y le ceda mi cama?

—No —replicóme—, no habría necesidad de que te levantas; aparta solamente un poco la manta para que pueda acercarme a ti, me caliente y cure.

—¡Querida madre! Pero esto está prohibido. ¿Qué dirían si se supiese? He visto

castigar a religiosas por cosas mucho menos graves. En el convento de Santa María una vez una religiosa fue una noche a la celda de otra, buena amiga suya, y no podría decirle todo lo mal que pensaron. El director me ha preguntado alguna vez si alguien me había propuesto dormir a mi lado, y me recomendó seriamente que no lo consintiera. Hábléle incluso de las caricias que usted me hace; yo las encuentro muy inocentes, pero él no piensa así. No sé cómo he olvidado sus consejos, hábame propuesto hablarle a usted de ello.

—Querida amiga —me dijo—, todo duerme en torno nuestro, nadie lo sabrá. Soy yo quien recompensa o castiga, y diga lo que diga el director, no veo qué mal hay en que una amiga reciba a su lado a otra amiga sobrecogida de inquietud, que se ha despertado y ha venido durante la noche, pese al rigor de la estación, a ver si su bien amada corría algún peligro. Susana, ¿nunca compartiste en casa de tus padres el mismo lecho con una de tus hermanas?

—No, nunca.

—Y si se hubiera presentado la ocasión, ¿no lo habrías hecho sin escrúpulos? Si tu hermana, alarmada y transida de frío, hubiera venido a pedirte un sitio a tu lado, ¿hubieses rehusado?

—Creo que no.

—Y yo, ¿no soy acaso tu querida madre?

—Sí lo es, pero está prohibido.

—Soy yo quien lo prohíbe a las otras y quien te lo permite y pide. Deja que me caliente un poco y luego me iré. Dame la mano...

Se la di.

—Ten —me dijo—, palpa, mira; tiemblo, tiritó, estoy como un trozo de mármol...

Y era cierto. ¡Oh, la querida madre!, dije, va a ponerse enferma. Aguarde, voy a apartarme hacia el borde y usted se pondrá en el sitio caliente. Coloquéme de lado, levanté la manta y ella se puso en mi sitio. ¡Oh!, ¡qué enferma estaba! Tenía un temblor general en todos los miembros; quería hablarme, aproximarse a mí; no podía articular palabra, no podía moverse. Me decía en voz baja: «Susana, amiga mía, acércate un poco...» Extendía los brazos; yo le daba la espalda; cogióme suavemente y me atrajo hacia sí, pasó el brazo derecho por debajo de mi cuerpo y el otro por encima y me dijo: «Estoy helada, tengo tanto frío que temo tocarte por no causarte daño.»

—Querida madre, no tema nada.

Inmediatamente puso una de sus manos sobre mi pecho y la otra alrededor de mi cintura; sus pies estaban debajo de los míos, y yo apretábalos para calentarlos. La

querida madre me decía: «¡Ay!, querida amiga, mira cómo mis pies se han calentado rápidamente porque nada los separa de los tuyos.»

—Pero —repliqué—, ¿qué impide que se caliente por todas partes de la misma manera?

—Nada, si tú quieres.

Yo habíame vuelto, ella había levantado su camisa y yo iba a levantar la mía cuando alguien dio de repente dos golpes violentos en la puerta. Asustada, me arrojé fuera de la cama por un lado, y la superiora por el otro; escuchamos y oímos que alguien ganaba, de puntillas, la celda vecina. ¡Ah!, le dije, es mi hermana Santa Teresa; le habrá visto pasar por el corredor y entrar en mi celda; nos habrá escuchado y sorprendido nuestra conversación. ¿Qué dirá?... Yo estaba más muerta que viva.

—Sí, es ella —dijo la superiora con tono irritado—, no lo dudo; pero espero que se acuerde mucho tiempo de su temeridad.

—¡Ah!, querida madre —le dije— no le haga nada.

—Susana —replicóme—, adiós, buenas noches ¡vuelve a acostarte, duerme bien, te dispenso de la oración. Voy a la celda de esta atolondrada. Dame la mano...

Se la tendí de un lado a otro de la cama; ella levantó la manga que me cubría el brazo, lo besó, suspirando en toda su longitud, desde la punta de los dedos hasta la espalda. Salió afirmando que la temeraria que había osado molestarla se acordaría de ella. En seguida me adelanté rápidamente hacia el otro lado de la cama junto a la puerta, y escuché. Ella entró en la celda de sor Teresa. Estuve tentada de levantarme y de ir a interponerme entre ella y la superiora, en caso de que la escena resultara violenta; pero estaba tan turbada, tan incómoda, que preferí quedarme en la cama, pero no dormí. Pensé que iba a convertirme en la comidilla de la casa; que aquella aventura, en realidad tan simple, sería narrada con los comentarios más desfavorables; que aquí sería aún peor que en Longchamp donde fui acusada de no sé qué; que nuestra falta llegaría a conocimiento de nuestros superiores, que nuestra madre sería depuesta, y que seríamos ambas severamente castigadas. No obstante, seguía al acecho, esperaba con impaciencia que nuestra madre saliese de la celda de sor Teresa; el asunto fue al parecer difícil de arreglar, pues pasó allí casi toda la noche. ¡Cómo la compadecía!, estaba en camisa, completamente desnuda y transida de cólera y de frío.

Por la mañana, tenía muchas ganas de aprovechar el permiso que me había dado y quedarme acostada; no obstante, pensé que no debía hacer uso de él. Vestíme rápidamente y fui la primera en llegar al coro, donde no aparecieron ni la superiora ni Santa Teresa, lo que procuróme un gran placer; en primer lugar, porque me hubiera

costado sostener la presencia de aquella hermana sin sonrojarme; en segundo término, el que hubiera conseguido el permiso para ausentarse del oficio, probaba que había obtenido, al parecer, de la superiora un perdón que ésta sólo habría concedido bajo condiciones que debían tranquilizarme. Y había adivinado.

Apenas acabado el oficio, la superiora envióme a buscar. Fui a verla, estaba todavía en la cama, parecía abatida y me dijo:

—He sufrido; no he dormido nada; Santa Teresa está loca; si esto se repite, la encerraré.

—¡Ah!, querida madre —le dije—, no la encierre usted.

—Esto dependerá de su conducta; me ha prometido que se portará mejor, y confío en ello. Y tú, querida Susana, ¿cómo estás?

—Bien, querida madre.

—¿Descansaste un poco?

—Bastante poco.

—Me han dicho que estuvo en el coro; ¿por qué no se quedó en cama?

—No hubiera estado a gusto, y, además, pensé que valía más...

—No, no había ningún inconveniente. Pero tengo ganas de reposar un poco; te aconsejo que hagas lo mismo en tu celda, a no ser que prefieras aceptar un sitio a mi lado.

—Querida madre, le quedo infinitamente obligada; estoy acostumbrada a dormir sola y no podría dormir con otra.

—Ve, pues. Yo no bajaré al refectorio a comer; me servirán aquí; tal vez no me levante ya en todo el día. Vendrá usted con algunas otras que he hecho llamar.

—¿Y sor Teresa, estará? —le pregunté.

—No —me respondió.

—En realidad no lo siento.

—Y ¿por qué?

—No sé, me parece que temo volver a encontrarla.

—Tranquilízate, hija mía; te aseguro que ella tiene más miedo de ti del que tú debes tener de ella.

La dejé, fui a descansar. Por la tarde fui a la habitación de la superiora, donde hallé una reunión bastante numerosa de religiosas, las más jóvenes y hermosas de la casa; las demás retiráronse después de visitarla. Le aseguro, señor marqués, a usted que entiende de pintura, que era un cuadro bastante agradable a la vista. Imagine una sala con diez o doce personas de las que la más joven podía tener quince años y la de más edad no

llegaba a los veintitrés; una superiora que rozaba la cuarentena, blanca, fresca, muy lozana, semiincorporada en su cama, con una doble barbilla que le quedaba bastante bien, los brazos redondos como si estuviesen torneados, los dedos en forma de huso, sembrados por todas partes de hoyuelos; los ojos negros, grandes, vivos y tiernos, casi nunca abiertos por entero, semicerrados, como si su dueña experimentara alguna fatiga al abrirlos; los labios rojos como una rosa, los dientes blancos como leche, las más hermosas mejillas, una cabeza muy agradable, hundida en una almohada profunda y muelle; los brazos extendidos con abandono a ambos lados, con pequeños almohadones debajo de los codos para sostenerlos. Yo estaba sentada en el borde de su cama sin hacer nada; otra en un sillón, con una pequeña labor de bordado sobre sus rodillas; otras junto a las ventanas, hacían encajes; las había sentadas en el suelo sobre almohadones que habían quitado de las sillas, bordando, cosiendo, deshilando o hilando en un pequeño torno. Unas eran rubias, otras morenas; ninguna se parecía, aunque todas fuesen hermosas. Sus caracteres eran tan variados como sus fisonomías; éstas serenas, aquéllas alegres, las otras serias, melancólicas o tristes. Todas trabajaban, excepto yo, como ya le he dicho. No era difícil discernir las amigas de las indiferentes o enemigas; las amigas se habían colocado unas al lado de las otras, o frente a frente, y sin dejar de trabajar charlaban, se daban consejos, cambiaban miradas furtivas, se apretaban los dedos con el pretexto de darse un alfiler, una aguja, unas tijeras. La superiora seguía las con la vista; reprochaba a una su aplicación, a otra su ociosidad, a ésta su indiferencia, a la de más allá su tristeza; hacía que le llevaran la labor, alababa o reñía, reajustaba el velo a una... «Este velo está demasiado hacia adelante... Esta tela le cubre demasiado la cara, no se ven bastante las mejillas... Estos pliegues están mal...» Distribuía a cada una pequeños reproches o pequeñas caricias.

Mientras estábamos así ocupadas, oí golpear la puerta y fui allá. La superiora me dijo:

—Santa Susana volverá usted...

—Sí, querida madre.

—No falte, tengo que comunicarle algo importante.

—Volveré...

Era la pobre Santa Teresa. Permaneció un momento en silencio, yo también; luego le dije:

—¿Querida hermana, me busca a mí?

—Sí.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Se lo diré. He caído en desgracia de nuestra querida madre; creía que me había perdonado y tenía algún motivo para pensarlo; sin embargo, están todas ustedes reunidas en su celda y yo no, y tengo orden de permanecer en la mía.

—¿Desearía entrar?

—Sí.

—¿Y quiere que yo solicite la autorización?

—Sí.

—Espere, querida amiga, voy a hacerlo.

—¿De veras le hablará en mi favor?

—Sin duda; ¿y por qué no iba a prometérselo, y por qué no iba a cumplirlo después de haberlo prometido?

—¡Ay! —me dijo, mirándome tiernamente—, le perdono, le perdono la inclinación que siente hacia usted, porque posee todos los atractivos, el alma más bella y el más hermoso cuerpo.

Estaba encantada de poder hacerle aquel pequeño servicio. Volví a entrar. Durante mi ausencia, otra había ocupado mi puesto al borde de la cama de la superiora, estaba inclinada hacia ella con el codo apoyado entre sus dos muslos, enseñándole su labor; la superiora, con los ojos casi cerrados, le decía sí y no, sin mirarla apenas, y yo estaba de pie a su lado sin que se hubiese dado cuenta. Sin embargo, no tardó en volver en sí de esta ligera distracción. La que se había apoderado de mi sitio me lo devolvió; volví a sentarme; después, inclinándome dulcemente hacia la superiora, que se había incorporado un poco sobre sus almohadas, callé, pero la miré como si tuviera que pedirle un favor.

—Bien, ¿qué hay?, habla, ¿qué quieres?, ¿puedo acaso rehusarte algo?

—La hermana Santa Teresa...

—Entiendo. Estoy muy disgustada con ella; pero Santa Susana intercede en su favor y la perdono; ve a decirle que puede entrar.

Corrí a hacerlo. La pobre hermanita esperaba en la puerta; le dije que entrara: estremeciósese, tenía los ojos bajos; un largo trozo de muselina que tenía fijo sobre un patrón cayóle de las manos al primer paso; yo lo recogí, la tomé de un brazo y la llevé a la superiora. Arrojóse de rodillas, tomó una de sus manos, que besó lanzando algunos suspiros y derramando una lágrima; luego apoderóse de una de las mías, que juntó a la de la superiora y besólas a ambas. La superiora le hizo seña de levantarse y de que se colocara donde quisiese; ella obedeció. Sirvieron una colación. La superiora se levantó; no se sentó con nosotras, pero se paseaba alrededor de la mesa, poniendo la mano

sobre la cabeza de una, atrayéndola dulcemente hacia atrás y besándola en la frente, alzando a otra la toca en el cuello para colocar debajo su mano y quedar así apoyada en la espalda del sillón; pasaba a una tercera, dejaba caer sobre ella una de sus manos o la ponía en su boca; probaba con el borde de los labios lo que habían servido y lo distribuía a una y a otra. Después de haber circulado así un momento, detúvose frente a mí, contemplándome con ojos muy afectuosos y tiernos; entretanto, las otras los habían bajado, como si temieran contrariarla o distraerla, en particular Santa Teresa. Acabada la colación, púseme al clavecín y acompañé a dos hermanas que cantaron sin método, con gusto, precisión y voz; las demás escuchaban en pie sin hacer nada o habían vuelto a sus labores. Fue una tarde deliciosa. Acabado esto, todas se retiraron.

Yo salía con las otras; pero la superiora me detuvo:

—¿Qué hora es? —me dijo.

—Pronto serán las seis.

—Van a entrar algunas de nuestras consejeras. He reflexionado sobre lo que me dijo de su salida de Longchamp; les he comunicado mis ideas; las han aprobado y tenemos que hacerle una propuesta. Es imposible que no tengamos éxito, y si lo tenemos esto reportará un pequeño bienestar a la casa y alguna ventaja para usted.

A las seis entraron las asesoras; las asesoras de las casas religiosas son siempre bastante viejas y decrépidas. Levánteme, ellas se sentaron y la superiora me dijo:

—Santa Susana, ¿no sabe que debe a la bondad del señor Manouri la dote que han depositado aquí para usted?

—Sí, querida madre.

—No me he engañado, pues. ¿Y las hermanas de Longchamp se han quedado con la dote que usted les dio al entrar en su convento?

—Sí, querida madre.

—¿Y no le han devuelto nada?

—No, querida madre.

—¿Ni le pasan una pensión?

—No, querida madre.

—Esto no es justo y lo he comunicado a mis asesoras; ellas piensan, como yo, que usted tiene derecho a demandarlas y exigirles que le sea restituida la dote o que le paguen una renta por ella. Lo que usted tiene gracias al interés que el señor Manouri mostró por su suerte, nada tiene que ver con lo que le deben las hermanas de Longchamp; no la dotó a expensas de ella.

—No lo creo; pero para estar seguras lo más rápido es escribirle.

—Sin duda; pero en caso de que su respuesta sea la que esperamos, he aquí las propuestas que queremos hacerle; nosotras pleitearemos en su nombre contra la casa de Longchamp; la nuestra pagará los gastos, que no serán considerables, pues parece que el señor Manouri no rehusará encargarse de este asunto. Si ganamos, la casa partirá con usted, mitad por mitad, el fondo, o la renta. ¿Qué le parece? No responda, medite.

—Pienso que estas hermanas de Longchamp me han hecho mucho daño y que me desesperaría que creyeran en una venganza.

—No se trata de vengarse; se trata de exigir lo que le deben.

—¡Convertirse una vez más en espectáculo!

—Esto no tiene importancia; usted casi no tendrá nada que ver. Y, además, nuestra comunidad es pobre y la de Longchamp rica. Será usted nuestra bienhechora, al menos mientras viva. No tenemos necesidad de esta circunstancia para preocuparnos por usted, todas la amamos...

Todas las asesoras exclamáronse a la vez: «¿Y quién no la amaría? Es perfecta.»

—Yo puedo dejar de vivir de un momento a otro. Otra superiora no tendría tal vez hacia usted los mismos sentimientos que yo tengo; ¡ay!, no, seguro que no los tendría. Puede padecer pequeñas indisposiciones, tener pequeñas necesidades; es muy agradable poseer una pequeña cantidad de la que poder disponer para alivio de sí misma o para servir a las demás.

—Queridas madres —les dije— estas consideraciones no son para desdeñar, pues tienen ustedes la bondad de hacerlas; hay otras que me preocupan más, pero estoy dispuesta a sacrificar, por ustedes, cualquier inquietud. La única gracia que quiero pedirle, querida madre, es que no emprenda nada sin antes haberlo discutido en mi presencia con el señor Manouri.

—Nada más conveniente. ¿Quiere escribirle usted misma?

—Querida madre, como desee.

—Escríbale, y para no volver a lo mismo, pues no me gustan esta clase de asuntos que me causan un enfado de muerte, escriba en seguida.

Me dieron pluma, tinta y papel, y allí mismo rogué al señor Manouri que tuviera a bien trasladarse a Arpajon tan pronto como sus ocupaciones se lo permitiesen; que tenía una vez más necesidad de él en un asunto de alguna importancia, etc. El concilio reunido leyó la carta, aprobóla y fue enviada.

El señor Manouri vino unos días después. La superiora expúsole de qué se trataba; él no dudó un momento en aceptar la proposición de ésta; calificaron de ridículos mis escrúpulos, y acordaron que las religiosas de Long-champ serían requeridas al día

siguiente. Lo fueron. Y he aquí que, muy a pesar mío, mi nombre volvió a aparecer en memorias y memoriales en la Audiencia, y esto con detalles, suposiciones, mentiras y todas las atrocidades que pueden enajenar a una criatura el favor de sus jueces y hacerla odiosa a los ojos del público. Pero, señor marqués, ¿es que está permitido a los abogados calumniar tanto como se les antoje? ¿Es que no hay justicia contra ellos? Si hubiese podido prever todas las amarguras que implicaría este pleito, le aseguro que jamás hubiese consentido que se entablara. Alguien tuvo la atención de enviar a varias religiosas de nuestra casa los cargos que fueron presentados contra mí. En todo momento, venían a preguntarme detalles de sucesos terribles que no tenían sombra de verdad. Cuanta más ignorancia mostraba, más culpable me creían; porque no explicaba nada, no confesaba nada, lo negaba todo, creían que todo era cierto; sonreíanse, decíanme palabras confusas pero muy injuriosas; se encogían de hombros respecto a mi inocencia. Yo lloraba, estaba desolada.

Una pena no viene nunca sola. Llegó el tiempo de ir a confesarme. Yo me había acusado ya de las primeras caricias que mi superiora me había hecho; el director habíame prohibido expresamente que siguiera prestándome a ellas. Pero ¿cuál es el medio de rehusar hacer cosas que producen gran placer a otra de la que una depende enteramente, y en las que una misma no ve ningún mal?

Como este director debe jugar un gran papel en mis memorias, creo conveniente que usted lo conozca.

Es un franciscano; se llama Lemoine; no tiene más de cuarenta y cinco años. Es una de las fisonomías más hermosas que pueden verse: dulce, serena, abierta, riante, agradable cuando no se preocupa por serlo; cuando lo procura, su frente se arruga, frúncense sus cejas, sus ojos se bajan y su continente tórnase austero. No conozco dos hombres más diferentes que el padre Lemoine en el altar y el padre Lemoine en el locutorio, solo o en compañía. Por lo demás, todas las personas religiosas son así; yo misma me he sorprendido varias veces en el momento de ir a la reja, brevemente detenida, reajustando mi velo, mi banda, componiéndome el rostro, los ojos, la boca, mis manos, mis brazos, mi continente, mi manera de andar, creando un aspecto y una modestia prestadas que duraban más o menos según las personas con las que debía hablar. El padre Lemoine es alto, bien hecho, alegre, muy amable cuando no se fija; habla de maravilla; en su convento tiene reputación de gran teólogo, y muy instruido, con una infinidad de conocimientos ajenos a su estado: tiene una voz muy hermosa, sabe música, historia y lenguas; es doctor por la Sorbona. Aunque joven, ha pasado por las principales dignidades de su Orden. Lo creo libre de intrigas y de ambición; es querido de sus

hermanos en religión. Había solicitado ser prior del convento de Etampes, como un puesto tranquilo donde poder dedicarse sin distracciones a algunos estudios que tenía empezados, y se lo habían concedido. La elección de confesor es asunto de gran importancia para una casa religiosa: es preciso ser dirigida por un hombre importante y de prestigio. Hízose todo lo posible para conseguir al padre Lemoine, y lo consiguieron, al menos como confesor extraordinario.

Las vísperas de las grandes fiestas le enviaban el coche de la casa, y venía. Era de ver la agitación que su espera producía en toda la comunidad; ¡cuán contentas estaban, cómo acudían al locutorio, cómo eran minuciosas en la confesión, cómo se disponían a tenerlo ocupado el mayor tiempo posible!

Era la vigilia de Pentecostés. Lo esperaban. Yo estaba inquieta, la superiora lo notó y hablóme de ello. No le oculté el motivo de mi preocupación; ella parecióme aún más alarmada todavía que yo, aunque procuró ocultarlo. Trató al padre Lemoine de hombre ridículo, burlóse de mis escrúpulos, preguntóme si el padre Lemoine sabía más sobre la inocencia de sus sentimientos y de los míos que nuestra conciencia, y si la mía reprochábame algo. Le respondí que no. «¡Pues bien! —me dijo—, yo soy su superiora, me debe usted obediencia, y yo le ordeno que no le hable de estas tonterías. Es inútil que vaya a confesarse si sólo tiene que contarle bagatelas.»

Mientras tanto, llegó el padre Lemoine; yo disponíame para la confesión mientras otras más apresuradas lo tenían ocupado. Se aproximaba mi turno, cuando la superiora vino a mí, atrájome a un lugar apartado y me dijo:

—Santa Susana, he pensado en lo que me ha dicho; vuelva a su celda, no quiero que hoy vaya a confesarse.

—Y ¿por qué, querida madre? Mañana es un gran día, es día de comunión general; ¿Qué quiere que piensen si soy la única que no me acerco a la santa mesa?

—No importa, dirán todo lo que quieran, pero no irá a confesarse.

—Querida madre, si es verdad que me ama, no me cause esta mortificación, se lo pido como favor.

—No, no, no es posible; usted me provocaría algún incidente desagradable con este hombre, y yo no quiero tenerlo.

—No, querida madre, ¡no le provocaré ninguno!

—Prométame, pues... Es inútil, vendrá mañana por la mañana a mi habitación, se confesará ante mí. No ha cometido ninguna falta de la que yo no pueda tranquilizarla y absolverla, y comulgará con las demás. Márchese.

Me retiré, pues, y estaba en mi celda, triste, inquieta, meditabunda, no sabiendo

qué partido tomar: si iría al padre Lemoine, pese a mi superiora; si me sometería a la absolución de ésta al día siguiente y haría mis devociones con el resto de la casa, o si me alejaría de los sacramentos, dijeran lo que dijeren, cuando ella entró. Se había confesado, y el padre Lemoine le había preguntado por qué no me había visto, si yo estaba enferma; no sé qué le había respondido, pero de resultas de esto, él me esperaba en el confesonario. «Vaya, pues, me dijo ella, ya que es preciso, pero asegúreme que se callará.» Yo dudaba, ella insistía. «¡Eh!, loca, me decía, ¿qué mal quieres que haya en callar lo que no hubo ningún mal en hacer?»

—Y ¿qué mal hay en decirlo?

—Ninguno, pero hay inconvenientes. ¿Qué sé yo la importancia que este hombre puede darle? Asegúreme, pues...

Yo dudé aún, pero al fin prometí no decir nada si él no me preguntaba, y fui.

Me confesé y callé; pero el director me interrogó y yo no disimulé nada. Me hizo mil preguntas singulares, de las que nada comprendo aún, ahora que las recuerdo. Tratóme con indulgencia; pero expresóse acerca de la superiora con términos que me hicieron temblar; la llamó indigna, libertina, mala religiosa, mujer perniciosa, alma corrompida, y me exhortó, bajo pena de pecado mortal, a no encontrarme nunca sola con ella ni soportar ninguna de sus caricias.

—Pero, padre mío —le dije—, es mi superiora; puede entrar en mi celda, llamarme a la suya cuando le plazca.

—Lo sé, lo sé, y estoy desolado por ello. Querida hija, ¡alabado sea Dios que la ha preservado a usted hasta ahora! Sin atreverme a ser más explícito con usted, por miedo a convertirme yo mismo en cómplice de su indigna superiora, y marchitar, con el hálito envenenado que saldría de mis labios, mal de mi grado, una flor delicada que no suele guardarse fresca y sin mancha hasta su edad más que por una protección especial de la Providencia, le ordeno huir de su superiora, rechazar lejos sus caricias, no entrar nunca sola en su celda, cerrarle su puerta, sobre todo de noche, salir de la cama si ella entra en su celda contra la voluntad de usted, salir al corredor, llamar si hace falta, descender completamente desnuda hasta el pie de los altares, llenar la casa con sus gritos y hacer todo lo que el amor de Dios, el temor al crimen, la santidad de su estado y el interés de su salvación le inspirarían, si Satán, en persona, se presentara ante usted y la persiguiese. Sí, hija mía, Satán. Bajo este aspecto me veo obligado a mostrarle a su superiora; está hundida en el abismo del crimen y busca sumirla a usted en él, y estaría tal vez en él si su misma inocencia no la hubiese llenado de terror y la hubiese detenido.

Luego, levantando los ojos al cielo exclamó: «¡Dios mío! continúa protegiendo a

esta niña... Diga conmigo: *Satana, vade retro, apage, Satana*. Si esta desgraciada le interroga, dígaselo todo, repítale mis palabras; dígale que valdría más que no hubiese nacido, o que se precipitara sola a los infiernos por medio de una muerte violenta.»

—Pero, padre mío —le repliqué yo—, ¡a acaba usted de escuchar ahora mismo.

No me respondió nada; pero arrojando un profundo suspiro llevó sus brazos contra una de las paredes del confesonario, y apoyó encima su cabeza como un hombre transido de dolor; permaneció algún tiempo en este estado. Yo no sabía qué pensar; las rodillas me temblaban; estaba turbada, en una confusión inconcebible, lo mismo que un viajero que anduviera en las tinieblas entre dos precipicios que él no viese, y que fuera avisado por todos lados por voces subterráneas que le gritaran: «¡Estás perdido!»

El padre Lemoine, mirándome en seguida con aire tranquilo, pero conmovido me dijo:

—¿Tiene usted salud?

—Sí, padre mío.

—¿No le incomodaría mucho pasar una noche sin dormir?

—No, padre.

—¡Bien! —me dijo—, no se acueste esta noche; inmediatamente después de la colación irá a la iglesia, se prosternará al pie del altar, y pasará allí la noche en oración. No sabe el peligro que ha corrido; dará gracias a Dios de haberla protegido, y mañana se acercará a la santa mesa con las demás religiosas. No le doy otra penitencia que el mantenerse lejos de su superiora y rechazar sus caricias emponzoñadas. Márchese, yo voy por mi parte a unir mis plegarias a las suyas. ¡Cuántas inquietudes me va a causar! Siento todas las consecuencias del consejo que le doy; se lo debo a usted y me lo debo a mí mismo. Dios es el Señor, y sólo tenemos una ley.

No recuerdo, señor, más que de manera muy imperfecta, todo lo que me dijo. Ahora que cotejo su discurso, tal como acabo de repetirlo, con la impresión terrible que me produjo, no puedo compararlo con nada, pero ello es debido a que lo conservo como fragmentado, a que le faltan muchas cosas que no he retenido por no relacionarlas con ninguna idea inteligible y a que no daba y no doy todavía ninguna importancia a cosas sobre las que él se refería con la mayor violencia. Por ejemplo: ¿qué es lo que encontraba de extraño en la escena del clavecín? ¿No hay acaso personas en las que la música produce la reacción más violenta? Me han dicho, a mí misma, que ciertas tonadas, ciertas modulaciones cambiaban enteramente mi fisonomía: en ese momento, de hecho, yo estaba fuera de mí, ni sabía acaso en qué me convertía; no creo que fuese entonces menos inocente. ¿Por qué no hubo de suceder lo mismo con mi superiora, que era,

ciertamente, pese a todas sus locuras y desigualdades, una de las mujeres más sensibles que ha habido en el mundo? No podía escuchar una narración un tanto emocionante sin fundirse en lágrimas; cuando le conté mi historia, la puse en un estado que daba lástima. ¿Acaso el padre Lemoine no hacía también un crimen de su conmiseración? Y la escena de la noche, cuyas consecuencias le infundían un terror mortal... Ciertamente, este hombre es demasiado severo.

Sea como sea, ejecuté puntualmente lo que me había prescrito, de lo que había sin duda previsto las consecuencias inmediatas. Tan pronto como salí del confesonario, fui a prosternarme al pie del altar; tenía la cabeza turbada de espanto; permanecí allí hasta la hora de la cena. La superiora, inquieta por lo que habría sido de mí, me había hecho llamar. Le dijeron que estaba rezando. Mostróse varias veces a la puerta del coro; pero yo hice como si no la hubiese visto. Llegó la hora de cenar; fui al refectorio; cené en una exhalación y, acabada la cena, regresé inmediatamente a la iglesia; no hice acto de presencia en el recreo de la noche; a la hora de retirarse y acostarse, no subí. La superiora no ignoraba dónde estaba. Era bien avanzada la noche; todo estaba en silencio en la casa, cuando acudió a mi lado. La imagen bajo la cual el director me la había mostrado reprodujose en mi imaginación; cogíome un temblor y no osaba mirarla; pensé verla con una cara horrorosa, completamente rodeada de llamas y decía en mi interior: *Satana, vade retro, apage, Satana*. Dios mío, protégame, aparta de mí este demonio.

Ella arrodillóse, y después de haber rezado algún tiempo, me dijo:

—Santa Susana, ¿qué hace aquí?

—Señora, ya lo ve usted.

—¿Sabe qué hora es?

—Sí, señora.

—¿Por qué no se ha retirado a la habitación a la hora de silencio?

—Es que me preparaba para celebrar mañana el gran día.

—¿Su intención es, pues, pasar aquí la noche?

—Sí, señora.

—¿Y quién le ha dado permiso?

—El director me lo ordenó.

—El director no tiene que ordenar nada contra la regla de la casa, y yo le ordeno que vaya a acostarse.

—Señora, es la penitencia que me ha impuesto.

—La sustituirá usted por otras obras.

—Yo no puedo escoger.

—Vamos —me dijo— hija mía, ven. El frescor de la iglesia en la noche te sentará mal; rezarás en tu celda.

Después de esto quiso cogirme de la mano; pero yo me alejé con rapidez. «Huye de mí», me dijo.

—Sí, señora, huyo de usted.

Alentada por la santidad del lugar, por la presencia de la Divinidad, por la inocencia de mi corazón, me atreví a alzar los ojos hacia ella; pero apenas la hube visto, lancé un gran grito y me puse a correr como una insensata por el coro, gritando: ¡Lejos de mí, Satanás!...

Ella no me seguía, había quedado en su sitio y me decía, tendiendo hacia mí dulcemente sus dos brazos, y con la voz más conmovedora y más suave: «¿Qué tienes? ¿A qué viene este espanto? Detente. No soy Satanás, soy tu superiora y tu amiga.»

Me detuve, volví aún la cabeza hacia ella, y vi que había sido espantada por una rara aparición que había formado mi imaginación. Debido a la lámpara de la iglesia, que estaba colocada de manera que sólo su rostro y la extremidad de sus manos quedaban iluminados, el resto permanecía en la sombra, lo que le daba un aspecto particular. Vuelta un poco a mí misma, arrójeme en una silla del coro. Acercóse. Iba a sentarse en la silla vecina, cuando me levanté y me coloqué en la silla de debajo. Viajé así de silla en silla, y ella también, hasta la última; allí detúveme y la conjuré a dejar al menos un sitio vacío entre ella y yo.

«Con mucho gusto», me contestó.

Nos sentamos las dos; nos separaba un asiento; entonces, la superiora, tomando la palabra, me dijo:

—¿Podría saber, Santa Susana, de dónde viene el horror que le causa mi persona?

—Querida madre —le dije—, perdóneme, no soy yo, es el padre Lemoine. Me ha pintado la ternura que tiene usted conmigo, las caricias que me hace, en las que le confieso que yo no veo ningún mal, con los colores más terribles. Me ha ordenado huir de usted, no entrar más sola en su habitación, salir de mi celda si usted viene a ella; pintóla ante mi espíritu como el demonio. ¿Qué sé yo lo que me ha dicho allá abajo?

—Entonces, ¿hablóle usted?

—No, querida madre, pero no he podido evitar contestarle.

—¿Soy, pues, tan horrible a tus ojos?

—No, querida madre, no podría evitar amarla, apreciar debidamente sus bondades, rogar que continúe otorgándomelas; pero obedeceré a mi director.

—¿Ya no vendrás, pues, a verme?

—No, querida madre.

—¿Ni me recibirás en tu celda?

—No, querida madre.

—¿Rechazarás mis caricias?

—Me costará mucho, porque soy afectuosa por naturaleza y me gusta que me acaricien, pero será necesario; lo he prometido a mi director, y lo he jurado al pie del altar. ¡Si pudiera reproducirle la manera cómo se explica! Es un hombre piadoso, un hombre ilustrado; ¿Qué interés puede tener en señalarme un peligro donde no lo hay? ¿En apartar el corazón de una religiosa del de su superiora? Pero tal vez reconoce, en acciones muy inocentes de parte de usted y mía, un germen de corrupción secreta que él cree completamente desarrollada en usted y teme que usted desarrolle en mí. No le ocultaré que al recordar las impresiones que a veces sentí... ¿De qué viene, querida madre, que después de estar a su lado, al salir y volver a mi celda estaba inquieta, meditabunda? ¿De qué viene que no pudiese rezar ni estar ocupada? ¿De dónde una especie de fastidio que nunca había experimentado? ¿Por qué yo, que nunca he dormido de día, sentíame dominada por el sueño? Creía que esto era en usted una enfermedad contagiosa, cuyo efecto comenzaba a operarse en mí; pero el padre Lemoine ve esto de manera bien distinta.

—Y ¿cómo lo ve?

—Ve en ello todas las negruras del crimen, consumada su perdición y dispuesta la mía. ¡Qué sé yo!

—Vaya, su padre Lemoine es un visionario; ya no es el primer enredo de este tipo que me hace. Basta que yo me una a alguien con una amistad tierna, para que se ocupe en trastornarle el cerebro; poco faltó para que no me hiciera volver loca a esta pobre Santa Teresa. Esto empieza a molestarme y voy a deshacerme de este hombre; además, vive a diez leguas de aquí. Es un engorro hacerle venir; nunca lo tenemos cuando queremos, pero ya hablaremos de esto con más tranquilidad. ¿No quiere, entonces, subir?

—No, querida madre, le pido como gracia que me permita pasar aquí la noche. Si faltara a este deber, mañana no me atrevería a acercarme a los sacramentos con el resto de la comunidad. ¿Pero usted, querida madre, comulgará?

—Sin duda.

—¿Pero el padre Lemoine, no le ha dicho nada?

—No.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Porque no ha tenido ocasión de hablarme. Sólo se va al confesor para acusarse de los pecados, y yo no veo ninguno en amar tiernamente a una chica tan amable como Santa Susana. Si hubiese en ello alguna falta, sería la de acumular sólo sobre ella un sentimiento que debiera extenderse por igual sobre todas las que componen la comunidad; pero esto no depende de mí; no podría evitar distinguir el mérito, donde lo hay, y sentirme atraída hacia él por un sentimiento de preferencia. Pido por ello perdón a Dios, y no concibo cómo el padre Lemoine ve sellada mi condenación por una parcialidad tan natural, de la que es tan difícil salvaguardarse. Yo intento conseguir la felicidad de todas, pero las hay a quienes aprecio y amo más que a las otras, porque son más amables y dignas de amar. He aquí todo mi crimen con usted; Santa Susana, ¿lo encuentra tan grande?

—No, querida madre.

—Vamos, querida hija, recemos aún cada una una pequeña plegaria y retirémonos.

Yo le supliqué otra vez que me permitiese pasar la noche en la iglesia; consintió con la condición de que aquello no volviera a suceder, y se retiró.

Recordé lo que me había dicho; pedí a Dios que me iluminara; reflexioné y saqué la conclusión, una vez considerado bien todo, que aunque las personas fuesen de un mismo sexo, podía al menos haber cierta indecencia en la manera con que se testimoniaban su amistad; que el padre Lemoine, hombre austero, había tal vez exagerado las cosas, pero que el consejo de evitar la extrema familiaridad de mi superiora era bueno, y me prometí seguirlo.

Por la mañana, cuando las religiosas vinieron al coro, encontráronme en mi sitio; acercáronse todas a la santa mesa, y la superiora a la cabeza, lo que acabó de persuadirme de su inocencia, sin desligarme de la decisión que había tomado. Además, faltaba mucho para que yo sintiera por ella toda la atracción que ella sentía hacia mí. No podía evitar compararla con mi primera superiora: ¡qué diferencia! No se trataba de la misma piedad, la misma gravedad, la misma dignidad, el mismo fervor, el mismo espíritu ni el mismo gusto por el orden.

En el intervalo de unos pocos días ocurrieron dos grandes acontecimientos: uno, que gané el pleito contra las religiosas de Longchamp; fueron condenadas a pagar a la casa de Santa Eutropia, donde yo estaba, una pensión proporcionada a mi dote; el otro, el cambio de director. Fue la superiora en persona quien me informó de este último.

Mientras tanto, no iba a su celda más que acompañada; ella no venía sola a la mía.

Me buscaba siempre, pero yo la evitaba y me hacía reproches por ello. No sé lo que pasaba en su alma, pero debía ser algo extraordinario. Se levantaba por la noche y se paseaba por los corredores, sobre todo por el mío; yo la oí pasar y volver a pasar; detenerse en mi puerta, lamentarse, suspirar; yo temblaba y hundíame en mi lecho. De día, si yo estaba en el paseo, en la sala de trabajo o en el recreo, se pasaba horas enteras mirándome de manera que yo no pudiese percatarme de ella; espiaba todos mis pasos; si bajaba, la encontraba al final de la escalera; me esperaba arriba cuando subía. Un día me detuvo, púsose a mirarme sin decir una palabra; las lágrimas fluían abundantemente de sus ojos, luego, de repente, arrojándose a tierra y estrechándome una rodilla con sus dos manos, me dijo: «Hermana cruel, pídemela la vida, te la daré, pero no te me ocultes; no podría vivir sin ti...» Su estado me dio lástima, tenía los ojos exangües; había perdido su lozanía y sus buenos colores. Era mi superiora, estaba a mis pies, la cabeza apoyada contra mi rodilla, que tenía abrazada; le tendí las manos, las cogió con ardor, besólas, y luego seguía mirándome. La levanté. Se tambaleaba, apenas podía andar; la conduje a su celda. Cuando su puerta estuvo abierta, toméme de la mano y tiró dulcemente para hacerme entrar, pero sin hablar ni mirarme.

—No —le dije— querida madre, no; me lo he prometido; es lo mejor para usted y para mí; ocupo demasiado sitio en su alma, perdido para Dios, a quien le debe usted todo.

—¿Y es usted quien debe reprochármelo?...

Mientras le hablaba, intentaba liberar mi mano de la suya.

—¿No quiere, entonces, entrar?

—No, querida madre, no.

—¿No lo quiere, Santa Susana? No sabes lo que puede suceder, no, no lo sabes: me harás morir...

Estas últimas palabras me inspiraron un sentimiento totalmente contrario al que ella se proponía; retiré mi mano con presteza y me escapé. Ella volvióse, me miró andar algunos pasos, luego, entrando en su celda cuya puerta quedó abierta, comenzó a lanzar las más agudas quejas. Yo las oí, me impresionaron. Dudé un momento si continuar alejándome o si retroceder; no obstante, no sé por qué sentimiento de aversión, me alejé, pero no fue sin sufrir por el estado en que la dejaba; soy compasiva por naturaleza. Encerréme en mi habitación, donde me encontraba incómoda; no sabía en qué ocuparme; di algunas vueltas a lo largo y a lo ancho, distraída y turbada; salí y entré; por fin, fui a golpear a la puerta de sor Santa Teresa, mi vecina. Estaba en íntima conversación con otra joven religiosa amiga suya. Le dije: querida hermana, siento interrumpirla, pero le

ruego que me escuche un momento, tengo que decirle unas palabras... Siguióme a mi celda, díjele: No sé lo que tiene nuestra madre superiora, está desolada; si usted fuera a verla, tal vez pudiera consolarla... No me respondió; dejó a la amiga en su habitación, cerró la puerta y corrió a la de nuestra superiora.

No obstante, el mal de aquella mujer empeoró de día a día; volvióse melancólica y seria; la alegría que desde mi llegada a la casa no había cesado un momento desapareció de repente; todo retornó al orden más austero; los oficios celebráronse con la debida dignidad, los extraños fueron casi totalmente excluidos del locutorio; prohibióse a las religiosas frecuentar las habitaciones de las otras; los ejercicios cumpliéronse con la más escrupulosa exactitud; nada de reuniones en la celda de la superiora, nada de colación; las faltas más ligeras fueron severamente castigadas; dirigiéronse todavía a mí algunas veces para obtener el perdón, pero yo rehusaba absolutamente pedirlo. La causa de esta revolución no fue ignorada por nadie; a las viejas no les molestaba, pero las jóvenes desesperábamos; mirábanme con malos ojos; en cuanto a mí, tranquila de mi conducta, no hacía caso de su humor ni de sus reproches.

Esta superiora, que yo no podía aliviar ni dejar de compadecer, pasó sucesivamente de la melancolía a la piedad, y de la piedad al delirio. No la seguiré en el curso de estas distintas evoluciones; le diré tan sólo que en su primer período tan pronto me buscaba como me evitaba; tratábanos, a veces a mí y a las otras, con su dulzura acostumbrada; a veces también pasaba súbitamente al más desmesurado rigor; nos llamaba y nos despedía; daba recreo y revocaba su orden un momento después; nos hacía convocar en el coro, y cuando todo estaba en movimiento para obedecerla, un segundo golpe de campana recluía de nuevo a la comunidad. Es difícil imaginar lo inquieto de la vida que llevábamos; pasábamos el día saliendo y entrando en la celda, tomando y dejando el breviario, subiendo y bajando, poniéndonos el velo y volviéndonos a descubrir. La noche era casi tan intranquila como el día.

Algunas religiosas, dirigiéronse a mí e intentaron hacerme comprender que con un poco más de complacencia y deferencias hacia la superiora todo volvería al orden, hubieran debido decir al desorden, acostumbrado. Yo les respondía tristemente: La compadezco, pero, díganme, qué debo hacer... Unas se marchaban bajando la cabeza y sin responderme; otras dábanme consejos imposibles de armonizar con los de nuestro director, hablo del que había sido depuesto, pues a su sucesor aún no lo habíamos visto.

La superiora ya no salía de noche, pasaba semanas enteras sin mostrarse ni en el oficio, ni en el coro, ni en el refectorio, ni en el recreo; permanecía encerrada en su habitación; erraba por los corredores o bajaba a la iglesia; iba a golpear las puertas de las

religiosas y les decía con voz lastimera: «Sor tal, ruegue por mí, ruegue por mí; sor tal, ruegue por mí...» Extendióse el rumor de que se preparaba para hacer confesión general.

Un día que bajé la primera a la iglesia, vi un papel fijado al velo de la reja, acerquéme y leí: «Queridas hermanas, quedan invitadas a implorar la misericordia de Dios para una religiosa que ha reconocido sus extravíos; son grandes...» Otro día era otra invitación que decía: «Queridas hermanas, se les ruega pidan a Dios aleje de la desesperación a una religiosa que ha perdido toda la confianza en la misericordia divina...»

Todas estas invitaciones, en las que se pintaban las crueles vicisitudes de aquella alma en pena, me entristecían profundamente. Una vez quedéme como un poste frente a uno de estos letreros; habíame preguntado a mí misma cuáles eran estos extravíos que se reprochaba; de dónde venían las zozobras de aquella mujer; qué crímenes podía reprocharse; repetíame las exclamaciones del director, acordábame de sus expresiones, buscaba un sentido, no encontraba ninguno y permanecía como absorta. Algunas religiosas que me miraban hablaban entre ellas, y, si no me equivoco, me consideraban incesantemente amenazada de los mismos terrores.

Esta pobre superiora mostrábase sólo con el velo puesto; ya no se mezclaba en los asuntos de la casa; no hablaba a nadie; tenía frecuentes conferencias con el nuevo director que nos habían dado. Era un joven benedictino. No sé si él le había impuesto todas las mortificaciones que practicaba; ayunaba tres días a la semana; lacerábase; atendía el oficio desde los sillones de abajo. Era preciso pasar por delante de su puerta para ir a la iglesia; encontrábase allí, prosternada, el rostro contra el suelo, y no se levantaba hasta que no había nadie. Por la noche, bajaba en camisa con los pies descalzos; si Santa Teresa o yo topábamos con ella por casualidad, volvíase y pegaba el rostro a la pared. Un día que salía de mi celda, encontréla prosternada, con los brazos extendidos y la cara contra el suelo, y me dijo: «Avance, ande, atropélleme con los pies; no merezco otro tratamiento.»

Durante los meses enteros que duró esta enfermedad, el resto de la comunidad tuvo tiempo de sufrir y tomarme aversión. No volveré al tema de las contrariedades que sufre una religiosa a quien odian en su convento, usted debe ahora estar informado de ello. Sentí renacer poco a poco el disgusto hacia mi estado. Confié este disgusto y mis penas al nuevo director; se llama Dora Morel; es un hombre de un carácter ardiente; toca los cuarenta. Pareció escucharme con atención y con interés; deseó conocer los sucesos de mi vida; me hizo entrar en detalles muy minuciosos sobre mi familia, mis inclinaciones, mi carácter, las casas en que había estado, sobre lo que había pasado entre la superiora

y yo. No le oculté nada. No me pareció que diera a la conducta de la superiora conmigo la misma importancia que el padre Lemoine; apenas dignóse dirigirme algunas palabras al respecto; consideró este asunto como terminado; lo que más le impresionaba eran mis disposiciones secretas hacia la vida religiosa. A medida que yo me abría, su confianza hacía los mismos progresos; si yo me confesaba con él, él se me confiaba a mí; lo que me decía de sus penas tenía la más perfecta conformidad con las mías; había entrado en vida de religión contra su voluntad; soportaba su estado con el mismo disgusto. En realidad, no era menos digno de compasión que yo.

«Pero, querida hermana, añadió, ¿qué hacer ante esto? No hay más que un remedio, que es hacer nuestra condición lo menos penosa posible. Así —añadía— no evita uno las tristezas, solamente se resuelve a soportarlas. Los religiosos no son felices hasta tanto que convierten sus cruces en mérito ante Dios; entonces se alegran de ellas, buscan las mortificaciones; cuanto más amargas y frecuentes son éstas, más se felicitan por ello; es un trueque que hacen de su dicha presente por la felicidad venidera; asegúranse ésta por el sacrificio voluntario de aquélla. Cuando han sufrido mucho, dicen a Dios: *Amplius, Domine*, más aún, Señor... y es una oración que Dios casi nunca deja de escuchar. Pero, aunque estas penalidades son tan comunes a usted y a mí como a ellos, no obstante, nosotros no podemos prometernos la misma recompensa, nosotros no tenemos lo único que les daría valor, la resignación. Es triste. ¡Ay! ¿Cómo podría inspirarle la virtud que le falta y que yo no tengo? Sin embargo, sin esto nos exponemos a perdernos en la otra vida, después de haber sido bien desgraciados en ésta. En medio de penitencias nos condenamos casi tan ciertamente como las gentes del mundo en medio de placeres; sufrimos privaciones, ellos gozan. Y después de esta vida nos esperan los mismos suplicios. ¡Cuan penosa es la condición de un religioso, de una religiosa que no han sido llamados! Es, con todo, la nuestra y no podemos cambiarla. Nos han cargado de pesadas cadenas que estamos condenados a sacudir incesantemente sin ninguna esperanza de romper; tratemos, querida hermana, de arrastrarlas. Marche usted, ya volveré a verla.»

Volvió unos días después; vile en el locutorio, lo examiné más de cerca. Acabó de confiarme una infinidad de circunstancias de su vida, y yo a él de la mía, que eran otros tantos puntos de contacto y de parecido entre ambos. El había soportado casi idénticas persecuciones domésticas y religiosas. No me daba cuenta que la pintura de su hastío era poco propicia a disipar el mío; no obstante, producía en mí este efecto, y creo que la descripción de mi disgusto producía el mismo efecto en él. De esta manera, uniéndose a la semejanza de caracteres la de los sucesos, cuanto más nos veíamos más nos

queríamos; la historia de sus momentos, era la de los míos; la historia de sus sentimientos, la de mis sentimientos; la historia de su alma, la de mi alma.

Cuando ya habíamos charlado bastante de nosotros, hablábamos también de las otras y sobre todo, de la superiora. Su condición de director espiritual hacía que se mostrara muy reservado; no obstante, deduje por sus palabras que la actual situación de aquella mujer no duraría; que luchaba contra sí misma, pero en vano. Y que sucedería una de estas dos cosas: o que volvería inevitablemente a sus primeras inclinaciones, o que perdería la cabeza. Tenía una enorme curiosidad por saber más detalles; hubiese podido hacerme luz sobre preguntas que yo me había hecho y a las que nunca había sido capaz de responder; pero no me atreví a interrogarle; me aventuré solamente a preguntarle si conocía al padre Lemoine.

—Sí, lo conozco, es un hombre de mérito, de mucho mérito.

—Hemos dejado de tenerle de repente.

—Es cierto.

—¿No podría decirme cómo ha sido eso?

—Me molestaría que trascendiese.

—Puede contar con mi discreción.

—Creo que escribieron contra él, al arzobispado.

—¿Y qué pudieron decir?

—Que vivía demasiado lejos del convento; que no podían disponer de él cuando querían; que era de una moral demasiado austera; que tenían alguna razón para sospechar en él sentimientos innovadores; que sembraba la división en la casa, y que alejaba el espíritu de las religiosas del de la superiora.

—¿Y de qué fuente sabe eso?

—De él mismo.

—¿Le ve, entonces?

—Sí, le veo; me ha hablado de usted algunas veces.

—¿Qué le dijo?

—Que era usted bien digna de compasión; que no concebía cómo había podido resistir todas las penalidades que ha sufrido; que, aunque él no había tenido ocasión de hablar con usted más que una o dos veces, no creía que usted pudiera acomodarse nunca a la vida religiosa; que tenía en su espíritu...

Aquí detúvose de repente; yo añadí:

—¿Qué tenía en mi espíritu?

Dom Morel respondió:

—Esto es un asunto reservado, demasiado particular para que me sea permitido acabar...

No insistí, agregué solamente que en realidad, fue el padre Lemoine quien me indicó que me apartara de la superiora.

—Hizo bien.

—¿Y por qué?

—Hermana mía —me respondió tomando un aire grave—, siga sus consejos, y trate mientras viva de ignorar la razón de los mismos.

—Pero me parece que si yo conociese el peligro, sería mucho más cuidadosa en evitarlo.

—Tal vez también sucedería lo contrario.

—Es preciso que tenga usted muy mala opinión de mí.

—Tengo de sus costumbres y de su inocencia la opinión que debo tener; pero crea que hay conocimientos malsanos que no podría adquirir sin perjudicarse. Es su misma inocencia lo que impresionó a su superiora; más instruida, la hubiera respetado menos.

—No le comprendo.

—Tanto mejor.

—Mas, ¿qué pueden la familiaridad y las caricias de una mujer tener de peligroso para otra mujer?

Ninguna respuesta por parte de Dom Morel.

—¿No soy acaso la misma que era al entrar aquí?

Ninguna respuesta por parte de Dom Morel.

—¿No hubiese continuado siendo la misma? ¿Dónde está, pues, el mal, en amarse, decirlo, y testimoniario? ¡Es algo tan dulce!...

—Es cierto —dijo Dom Morel alzando hacia mí los ojos, que había tenido todo el tiempo bajos mientras que yo hablaba.

—¿Y esto es, pues, tan general en las casas religiosas? ¡Mi pobre superiora, en qué estado ha caído!

—Es penoso, y temo mucho que empeore. No estaba hecha para su estado. Y he aquí lo que ocurre tarde o temprano cuando se opone uno a la inclinación general de la naturaleza; esta sujeción la vuelve hacia afectos desordenados, que son tanto más violentos cuanto peor fundados; es una especie de locura.

—¿Está loca?

—Sí, lo está, y aún lo estará más.

—¿Y cree usted que ésta es la suerte que aguarda a los que están comprometidos

en un estado al que no han sido llamados?

—No, no a todos; los hay que mueren antes; hay otros cuyo carácter flexible se adapta a la larga; otros a quienes esperanzas vagas sostienen algún tiempo.

—¿Qué esperanzas para una religiosa?

—¿Cuáles? De momento la de hacer anular sus votos.

—¿Y cuando ya no tiene ésta?

—La de que encontrará las puertas abiertas, un día; la de que los hombres volverán en sí del desatino de encerrar en sepulcros a jóvenes criaturas llenas de vida, y que los conventos serán abolidos; la de que el fuego incendiará la casa; que caerán los muros de la clausura; que alguien le socorrerá. Todas estas imaginaciones ruedan por la cabeza de la religiosa; habla de ellas; al pasear por el jardín, sin premeditación fija la atención en la altura de los muros; si está en la celda, agarra los barrotes de la reja y distraídamente los sacude con suavidad; si su ventana da a la calle, contempla ésta; si pasa alguien, su corazón palpita, suspira sordamente por un libertador; si escucha algún tumulto espera algo grato de él; confía en alguna enfermedad que le acercará a un hombre o que le hará recomendar ir a los baños...

—Es verdad, es verdad —exclamaba yo—; lee usted en el fondo de mi corazón; me he hecho, me hago aún estas ilusiones.

—Y cuando al reflexionar sobre ellas las pierde, ya que los saludables alientos que el corazón envía a la razón se disipan por momentos, entonces ve la magnitud de su miseria; detéstase a sí misma, detesta a las demás, lloran, gimen, gritan, sienten acercarse la desesperación. Entonces unas corren a arrojarse a las rodillas de su superiora, y buscan allí consuelo; otras prostérnanse en sus celdas o al pie de los altares e imploran el auxilio del cielo; otras desgarran sus vestidos y se arrancan los cabellos; otras buscan un pozo profundo, ventanas bien altas, una cuerda para ahorcarse, y a veces la encuentran; otras, después de haberse atormentado mucho tiempo, caen en una especie de embrutecimiento y tórnase como bobas; otras, débiles y delicadas, consúmense de languidez; las hay que sufren perturbaciones del organismo y enloquecen. Las más felices son aquéllas en las que renacen las ilusiones consoladoras que las mecen casi hasta la tumba, cuyas vidas transcurren entre la alternativa del error y desesperación.

—Y las más desdichadas —añadí, lanzando un profundo suspiro— son, al parecer, las que experimentan sucesivamente todos estos estados... ¡Ay! ¡padre mío, cuánto lamento haberle escuchado!

—¿Por qué?

—No me conocía; ahora me conozco; mis ilusiones durarán menos. En los momentos...

Iba a continuar, cuando entró otra religiosa, luego otra, y después una tercera; luego una cuarta, cinco, seis, no sé cuántas. La conversación generalizóse; unas contemplaban al director; otras le escuchaban en silencio con los ojos bajos; le interrogaban varias a la vez; exclamábanse todas de la sabiduría de sus respuestas; mientras tanto, me había retirado a un rincón, donde me abandoné a una profunda meditación. En medio de esta conversación en la que cada una buscaba hacerse valer y fijar la atención del santo varón por el lado más atractivo, oyóse llegar alguien con pasos lentos, detenerse a intervalos y lanzar suspiros; escuchamos; alguien dijo en voz baja: «Es ella, es nuestra superiora»; en seguida se callaron y sentáronse en círculo. Era ella, en efecto. Entró. El velo colgábale hasta la cintura; tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. Fui la primera a quien vio; inmediatamente sacó de debajo del velo una de sus manos con la que se cubrió los ojos, y volviéndose un poco a un lado, con la otra mano nos hizo seña a todas de que saliéramos; salimos en silencio y ella quedó sola con Dom Morel.

Preveo, señor marqués, que va usted a tener una mala opinión de mí; pero ya que no tuve vergüenza al hacerlo ¿por qué ruborizarme al confesarlo? Además, ¿cómo suprimir de este relato un suceso que no ha dejado de tener consecuencias? Digamos, pues, que tuve una ocurrencia bastante singular. Cuando las cosas pueden excitar su estima de aumentar su conmiseración, escribo, bien o mal, pero con una rapidez y una facilidad increíbles; mi alma está alegre, la expresión surge sin dificultad, corren dulcemente mis lágrimas, me parece que está usted presente, que le veo y que me escucha. Si, al contrario, me veo forzada a mostrarme a sus ojos bajo un aspecto desfavorable, pienso con dificultad, la expresión es reacia, la pluma escribe mal, resiéntese incluso el carácter de mi escritura, y sólo continúo porque me digo secretamente que usted no leerá tales fragmentos. He aquí uno de ellos.

Cuando todas nuestras hermanas se hubieron retirado...

—¡Y bien!, ¿qué hizo usted? —se preguntará, sin duda.

¿No lo adivina? No, usted es demasiado honrado para esto. Bajé de puntillas, y fui a colocarme quedamente a la puerta del locutorio, a escuchar lo que allí hablaban. Esto está muy mal, dirá usted. ¡Oh! sí, está muy mal; me lo dije a mí misma, y mi turbación, las precauciones que tomé para no ser descubierta, las veces que me detuve, la voz de mi conciencia que a cada paso me impulsaba a detenerme, no me permitían dudarle; no obstante, la curiosidad fue más fuerte, y fui. Pero si está mal sorprender la conversación

de dos personas que se creían solas, ¿no es aún peor reproducir sus palabras? He aquí uno de los fragmentos, que escribo porque adivino que no lo leerá usted; no es cierto, pero es preciso que me persuada de ello.

La primera palabra que oí después de un silencio bastante largo, me hizo estremecer; fue:

«Padre mío, estoy condenada...»

Tranquilicéme. Escuché; el velo que hasta entonces habíame ocultado el peligro que había corrido desgarrábase cuando me llamaron; tuve que ir, salí, pues; pero, ¡ay!, había oído más que lo suficiente. ¡Qué mujer, señor marqués, qué abominable mujer!...

*Se interrumpen las memorias de sor Susana; lo que sigue no son más que resúmenes que ella proponíase, al parecer, emplear en el resto de su narración. Parece que su superiora se volvió loca y que es preciso relacionar con su lamentable estado los fragmentos que voy a transcribir.*

Después de esta confesión, tuvimos algunos días de serenidad.

La alegría retorna a la comunidad, y con este motivo me hacen cumplimientos que rechazo con indignación.

Ya no me huía; me miraba; pero mi presencia ya no parecía turbarla. Yo me ocupaba en ocultar el horror que me inspiraba, después que por una feliz o fatal curiosidad llegué a conocerla mejor.

De repente se ha vuelto taciturna; no dice más que sí o no; se pasea sola; rehúsa los alimentos; su sangre se enciende, la fiebre apodérase de ella y el delirio sucede a la fiebre.

Sola en su lecho, me ve, me habla, me invita a acercarme, me dirige las palabras más tiernas. Si oye andar cerca de su celda, exclama: «Es ella que pasa; es su paso, lo reconozco. Que la llamen... No, no, que la dejen.»

Cosa singular es que nunca ocurrió que se equivocara y confundiera a otra conmigo.

Reía a carcajadas; un momento después fundíase en lágrimas. Nuestras hermanas rodeábanla en silencio, y algunas lloraban con ella.

De repente decía: «No he estado en la iglesia, no he rezado a Dios... Quiero salir de esta cama; quiero vestirme; que me vistan...» Si se oponían, añadía: «Dadme al menos mi breviario...» Se lo daban; lo abría, giraba las hojas con el dedo, y continuaba girándolas, incluso cuando no quedaba ya ninguna; mientras tanto, tenía una mirada alucinada.

Una noche bajó sola a la iglesia; algunas de nuestras hermanas la siguieron; prosternóse sobre los peldaños del altar, púsose a gemir, a suspirar, a rezar en voz alta; salió, volvió a entrar; dijo: «Que vayan a buscarla, ¡es un alma tan pura!, ¡es una criatura tan inocente!, ¡si uniera sus plegarias a las mías!...» Luego dirigiéndose a toda la comunidad y volviéndose hacia las sillas del coro que estaban vacías, gritaba: «Salid, salid todas, que quede sola conmigo. No sois dignas de acercaros a ella; si vuestras voces se mezclan con la suya, vuestro incienso profano corromperá ante Dios la suavidad del suyo. Alejaos, alejaos...» Luego me exhortaba a pedir al cielo ayuda y perdón. Veía a Dios; el cielo le parecía surcado de rayos, entreabrirse y retumbar sobre su cabeza; los ángeles descendían encolerizados; las miradas de la Divinidad le hacían temblar; corría hacia todos lados, hundíase en los rincones oscuros de la iglesia, pedía misericordia,

pegaba el rostro a tierra, y se adormecía... El frescor húmedo del lugar habíase apoderado de ella, la llevaban a su celda como muerta.

Al día siguiente, ignoraba esta terrible escena de la noche anterior. Decía: «¿Dónde están nuestras hermanas?, ya no veo a nadie, he quedado sola en esta casa; me han abandonado todas y Santa Teresa también; ha hecho bien. Ya que Santa Susana no está ya, puedo salir, no la volveré a encontrar... ¡Ay! ¡Si la volviera a encontrar!, pero ya no está, ¿no es así?, ¿no es verdad que ya no está?... ¡Feliz el convento que la posee! Lo contará todo a su nueva superiora; ¿qué pensará ésta de mí?... ¿Ha muerto acaso Santa Teresa? Toda la noche he oído tocar a muerto... ¡Pobre muchacha!, está perdida para siempre; ¡y soy yo!, ¡soy yo! Un día tendré que presentarme ante ella, ¿qué le diré?, ¿qué le responderé?... ¡ Desdichada de ella!, ¡desdichada de mí!»

En otro momento decía: «¿Han vuelto nuestras hermanas? Decidles que estoy muy enferma... levantad mi almohada... Desatadme... Siento allí algo que me oprime... La cabeza me arde, quitadme mis cofias... Quiero lavarme... Traedme agua; verted, verted, todavía... Son blancas, son blancas, pero ha quedado la mancha del alma... Quisiera estar muerta, quisiera no haber nacido, no la habría visto.»

Una mañana la encontraron con los pies descalzos, en camisa, desmelenada, aullando, escupiendo espumarajos y corriendo alrededor de la celda, las manos encima de las orejas, los ojos cerrados y el cuerpo apretado contra la pared... «Apartad de mí este abismo; ¿oís estos gritos? Es el infierno; se levanta de este abismo profundo de fuego que veo; de entre las llamas oigo voces confusas que me llaman... ¡Dios mío, ten piedad de mí!... Id rápido, tocad, reunid a la comunidad; decid que rueguen por mí, yo rezaré también... Pero apenas es de día, nuestras hermanas duermen... Yo no he cerrado un ojo en toda la noche; quisiera dormir y no podría. »

Una de nuestras hermanas le decía: «Señora, tiene usted alguna pena; confíemela, tal vez esto la aliviará.»

—Sor Ágata, escuche, acérquese a mí... más cerca... más cerca aún... no es conveniente que nos oigan. Voy a revelarlo todo, todo; pero guárdeme el secreto... ¿La ha visto usted?

—¿A quién, señora?

—¿No es cierto que nadie tiene la misma dulzura? ¡Cómo camina! ¡Qué compostura!, ¡qué nobleza!, ¡qué modestia!... Vaya a ella; dígale... ¡Eh!, no, no diga nada, no vaya... No podría acercarse a ella; los ángeles del cielo la guardan, velan a su alrededor; los he visto, los vería usted y se espantaría como yo. Quédese... Si fuera usted, ¿qué le diría? Invéntese algo que no la hiciera sonrojar...

—Pero, señora, si consultara a su director...

—Sí, pero si... No, no, sé lo que me dirá; le he oído tantas veces... ¿De qué podría hablarle?... ¡Si pudiese perder la memoria...! ¡Si pudiera entrar en la nada, o renacer!... No llame al director. Preferiría que alguien me leyese la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Lea... Comienzo a respirar... Basta una gota de esta sangre para purificarme... Ved cómo brota a borbotones de su costado... Inclínad esta sagrada llaga sobre mi cabeza... Su sangre se desliza sobre mí sin adherirse... ¡Estoy perdida!... Apartad este Cristo... Devolvédme...

Se lo devolvían; lo estrechaba entre sus brazos, lo besaba por todas partes y añadía después: «Estos son sus ojos, su boca; ¿cuándo la volveré a ver? Sor Ágata, dígame que la quiero; píntele bien mi estado; dígame que muero.»

La sangraron; tomó baños; pero su enfermedad parecía aumentar con los remedios. No me atrevo a describir todas las indecencias que hizo, ni repetirle todas las palabras deshonestas que se le escaparon durante el delirio. En todo momento se llevaba la mano a la frente, como para apartar ideas inoportunas, imágenes, ¡qué sé yo qué imágenes! Hundía la cabeza en el lecho, cubríase el rostro con las sábanas. «¡Es el tentador, decía, es él! ¡Qué forma tan extraña ha tomado! Tomad agua bendita; arrojad sobre mí agua bendita... Cesen, cesen; ya no está.»

No tardaron en recluirla; pero su celda no estuvo tan bien custodiada que no consiguiese escapar un día.

Había destrozado sus vestidos, recorría los corredores totalmente desnuda, sólo dos extremos de una cuerda rota colgaban de sus brazos; gritaba: «Soy vuestra superiora, todas lo habéis jurado; obedecedme. ¡Me habéis encarcelado, desgraciadas!, ¡he ahí, pues, la recompensa a mis bondades!, me ofendéis porque soy demasiado buena; no lo seré más... ¡Fuego!... ¡al asesino!... ¡al ladrón!... ¡socorro!... A mí, sor Teresa... A mí, sor Susana...» Entretanto, la cogieron y la condujeron de nuevo a su celda; gritaba: «Tenéis razón, tenéis razón, ¡ay!, me he vuelto loca, lo noto.»

A veces parecía obsesionada ante el espectáculo de diferentes suplicios; veía mujeres con una cuerda al cuello o las manos atadas a la espalda; veía otras con antorchas en las manos; uníase a las que cantaban la palinodia; creía que la conducían a la muerte; decía al verdugo: «He merecido mi suerte, la he merecido; al menos, si este tormento fuera el último; ¡pero una eternidad!, ¡una eternidad de fuego!...»

No digo aquí nada que no sea cierto, y no recuerdo todo lo que debería decir aún, o me sonrojaría de ensuciar con ello estas cuartillas.

Murió después de haber vivido varios meses en este deplorable estado. ¡Qué

muerte, señor marqués! La vi, vi en su última hora la terrible imagen de la desesperación y del crimen; creíase rodeada de espíritus infernales; esperaban su alma para apoderarse de ella; decía con voz sofocada: «¡Helos allí!, ¡allí!...», y enfrentándoles de derecha a izquierda un crucifijo que tenía en la mano, aullaba, gritaba: «¡Dios mío!... ¡Dios mío!...» Sor Teresa siguióla poco después; y tuvimos otra superiora, vieja, enferma y supersticiosa.

Me acusan a ella de haber hechizado a su predecesora; lo cree y renuévanse mis sufrimientos. El nuevo director es igualmente perseguido por sus superiores y me persuade a que me escape de la casa.

Mi fuga está planeada. Voy al jardín entre las once y las doce de la noche. Me arrojan cuerdas, sujetólas alrededor de mi cuerpo; se rompen y caigo; tengo las piernas desolladas y una violenta contusión en los riñones. Una segunda, una tercera tentativas me elevan a lo alto del muro; desciendo. ¡Cuál es mi sorpresa!: en lugar de una silla de posta en que esperaba ser recibida, hallo un mal coche público. Heme camino de París con un joven benedictino.

Percibo, por el tono indecente que adopta y las libertades que se permite, que no cumple conmigo ninguna de las condiciones estipuladas; entonces echo de menos mi celda y noto todo el horror de mi situación.

Aquí describiría mi escena en el coche de punto. ¡Qué escena! ¡Qué hombre! Grito; el cochero viene en mi socorro. Riña violenta entre el cochero y el monje.

Llego a París, el coche se detiene en una pequeña calle, ante una puerta estrecha abierta y un pasadizo oscuro y sucio. La dueña de la casa se presenta ante mí y me instala en el piso más alto, en una pequeña habitación donde encuentro más o menos los muebles necesarios. Recibo visitas de la mujer que ocupa el primer piso. «Es usted joven, debe aburrirse, señorita. Baje a mi casa, donde encontrará buena compañía de hombres y mujeres, no todos tan amables pero casi tan jóvenes como usted. Charlamos, jugamos, cantamos, bailamos: toda clase de diversiones. Si hace usted perder la cabeza a todos nuestros caballeros, le juro que nuestras damas no estarán celosas ni molestas. Venga, señorita...» La que así me habla es de cierta edad, tiene la mirada tierna, la voz dulce y la palabra muy insinuante.

Paso unos quince días en esta casa, expuesta a todas las insistencias de mi pérfido raptor, y a todas las escenas tumultuosas de un lugar sospechoso, buscando a cada momento la ocasión de escapar.

Por fin, un día la encontré; era noche avanzada. Si hubiera estado cerca de mi convento hubiera vuelto a él. Corro sin saber a dónde voy. Los hombres me detienen, el

terror se apodera de mí. Caigo desmayada de fatiga en el umbral de la tienda de un candelero; me socorren; al recobrar me encuentro tendida en un camastro, rodeada de varias personas. Me preguntan quién soy; no sé qué respondo. Me dan a la criada de la casa para que me acompañe; cojo su brazo, salimos. Hemos caminado buen trecho cuando aquella muchacha me dice:

—Señorita, ¿sabe a dónde vamos?

—No, hija; al hospital, creo.

—¿Al hospital? ¿Es que está usted fuera de casa?

—¡Ay! Sí.

—¡Qué ha hecho para ser arrojada fuera a estas horas! Pero he aquí la puerta de Santa Catalina; veremos si conseguimos que nos abran; en todo caso, no tema, no se quedará usted en la calle, dormiré conmigo.

Vuelvo a casa del candelero. Horror de la criada cuando ve mis piernas desolladas por la caída al salir del convento. Paso allí la noche. Al día siguiente por la noche vuelvo a Santa Catalina; permanezco allí tres días, al cabo de los cuales me anuncian que debo trasladarme al hospital o tomar el primer empleo que se presente.

En Santa Catalina corrí peligro, por parte de hombres y mujeres, ya que es allí, según me han dicho después, donde los libertinos y las matronas de la ciudad van a proveerse. La perspectiva de miseria no prestó ninguna fuerza a las seducciones groseras a las que estuve expuesta. Vendí mis vestidos y escogí otros más conformes a mi situación.

Entré al servicio de una lavandera, en cuya casa estoy actualmente. Recibo la ropa y la repaso; mi jornada es pesada; estoy mal alimentada, mal alojada, duermo mal, pero en cambio me tratan con humanidad. El marido es cochero de oficio; su mujer es un poco brusca, pero buena por lo demás. Estaría bastante contenta con mi suerte, si pudiera esperar gozarla apaciblemente.

Me he enterado de que la policía ha capturado a mi raptor, y lo ha puesto en manos de sus superiores. ¡Pobre hombre!, es más digno de lástima que yo. Su atentado ha causado sensación, y no sabe usted con qué crueldad castigan los religiosos las faltas ruidosas: un calabozo será su morada durante el resto de su vida, y es también la suerte que me espera si me apresan; pero él vivirá mucho más que yo.

El dolor de mi caída se hace sentir; mis piernas están hinchadas, y no podría dar un paso: trabajo sentada porque apenas podría mantenerme en pie. Mientras tanto, temo el momento de mi curación: ¿qué pretexto tendré entonces para no salir? ¿Y a qué peligro no me expondré mostrándome en público? Pero felizmente tengo aún tiempo por

delante. Mis parientes, que no pueden dudar que estoy en París, hacen seguramente todas las pesquisas imaginables. Había decidido llamar al señor Manouri a mi buhardilla, tomar y seguir sus consejos, pero ya no estaba.

Vivo en continuas alarmas; al menor ruido que oigo en la casa, en la escalera, en la calle, el terror se apodera de mí, tiemblo como una hoja, las rodillas rehúsan sostenerme y el trabajo me cae de las manos. Paso casi todas las noches sin pegar un ojo; si duermo, es un sueño interrumpido; hablo, llamo, grito; no comprendo cómo los que me rodean no me han descubierto todavía.

Parece que mi evasión es del dominio público; lo esperaba. Una de mis compañeras hablome ayer de ella añadiendo circunstancias odiosas y las reflexiones más desconsoladoras. Por fortuna, estaba extendiendo en las cuerdas la ropa mojada, con la espalda vuelta a la lámpara y mi turbación no podía ser percibida; sin embargo, la dueña al notar que lloraba, me dijo:

—María, ¿qué tienes?

—Nada —le respondí.

—¿Qué? —añadió —, ¿serías acaso tan bestia de compadecerte de una mala religiosa sin costumbres, sin religión, que se encapricha de un monje villano con el que se escapa del convento? Sería preciso que tuvieras mucha compasión de sobras. No tenía nada que hacer más que beber, comer, rezar a Dios y dormir; estaba bien donde estaba, ¿por qué no se quedó allí? Si hubiese ido solamente dos o tres veces al río con el tiempo que hace, esto la hubiera reconciliado con su estado...

A lo que yo le dije que cada cual conoce sólo sus propios sufrimientos; hubiera hecho mejor en callar, pues ella no me hubiese replicado: «¡Lo que es, es una tunanta a la que Dios castigará...!» Al oír estas palabras me incliné sobre la mesa permaneciendo así hasta que la dueña me dijo: «Pero María, ¿en qué sueñas? Mientras tú duermes aquí, el trabajo no adelanta.»

Nunca tuve espíritu religioso, mi decisión lo prueba suficientemente; pero me he acostumbrado en religión a ciertas prácticas que repito maquinalmente; por ejemplo, ¿que una campana acaba de tocar?, hago la señal de la cruz, o me arrodillo. ¿Llaman a la puerta?, digo Ave. ¿Me interrogan?, mi respuesta acaba siempre con un sí o no, querida madre o hermana mía. Si aparece un extraño, mis brazos van a cruzarse sobre el pecho y me inclino en lugar de hacer una reverencia. Mis compañeras se ponen a reír y creen que me divierto remedando a una religiosa; pero es imposible que su error dure; mis atolondramientos me descubrirán y estaré perdida.

Señor, apresúrese a socorrerme. Me dirá usted, sin duda: Muéstreme qué puedo

yo hacer por usted. Helo aquí, mi ambición no es grande: necesitaría un puesto de camarera o de ama de llaves, o incluso de simple doméstica, con tal de que viviese ignorada en el campo, en el interior de una provincia, en casa de gentes honestas que no reciban muchas visitas. No importan las condiciones: seguridad, reposo, pan y agua. Puede estar bien seguro de que quedarán satisfechos de mis servicios. He aprendido a trabajar en casa de mi padre, y en el convento a obedecer; soy joven, tengo un carácter muy dulce; cuando mis piernas estén curadas, tendré más fuerza que la necesaria para hacer frente a mi ocupación. Sé coser, hilar, bordar, y lavar; cuando estaba en el siglo, yo misma componía mis encajes y en poco tiempo podría hacerlo de nuevo; no soy desmañada en nada, y sabría rebajarme a todo. Tengo voz, sé música, y toco bastante bien el clavecín para entretener a alguna madre a quien le gustara, y podría incluso dar lecciones a sus hijos; pero temería ser traicionada por estos signos de una educación refinada. Si fuera preciso aprender a peinar, tengo gusto, tomaría un maestro y no tardaría en procurarme esta sencilla habilidad. Señor, un empleo soportable, si es posible, o un empleo como éstos, es todo cuanto necesito, no deseo nada más. Puede usted responder de mis costumbres; pese a las apariencias, las tengo buenas; soy incluso piadosa. ¡Ay!, señor, todos mis males habrían terminado y no tendría ya nada que temer de los hombres, si Dios no me hubiera detenido; aquel pozo profundo situado en un extremo del jardín del convento, ¡cuántas veces lo visité! Si no me precipité en él, es porque me dejaban en completa libertad para hacerlo. Ignoro cuál es el destino que me está reservado; pero si un día debo volver a entrar en un convento, sea el que sea, no respondo de nada; hay pozos en todas partes. Señor, tenga compasión de mí y no se procure usted mismo largos pesares.

*P. S.* - Estoy agobiada de fatigas, rodéame el terror, huye de mí el sosiego. Acabo de releer tranquilamente estas memorias que escribí con premura, y me he dado cuenta de que sin procurarlo lo más mínimo, me he mostrado en cada línea tan desgraciada como soy en realidad, pero mucho más amable. ¿Será porque creemos a los hombres menos sensibles a la pintura de nuestras penas que a la imagen de nuestros encantos? ¿Nos prometemos acaso más ventajas seduciéndolos que emocionándolos? Los conozco demasiado poco y no me he estudiado a mí misma lo suficiente como para saberlo. No obstante, si el señor marqués, a quien todos le conceden el tacto más delicado, viniera a persuadirse que no me dirijo a su bondad, sino a su vicio, ¿qué pensaría de mí? Esta reflexión me inquieta. En realidad, haría muy mal en imputarme a mí personalmente un instinto propio de todo mi sexo. Soy mujer, un poco coqueta tal vez, ¿qué sé yo? Pero con naturalidad y sin artificio.

